JULIO ARDILES GRAY

DELIRIOS Y QUIMERAS

TEATRO - 1979-1992

CORREGIDOR

DELIRIOS Y QUIMERAS

TEATRO
1979-1992

DELIRIOS Y QUIMERAS

TEATRO 1979-1992

DELIRIOS
Y
QUIMERAS

TEATRO
1979-1992

JULIO ARDILES GRAY

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
U.N.T.

DELIRIOS Y QUIMERAS

TEATRO 1979-1992

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA "EMILIO CARILLA"
REGISTRO Nº 107225
C. D. .....

EL CORRECIDOR

Diseño de Tapa:
DANIEL VILLALBA

© Ediciones Corregidor, 1993
Rodríguez Peña 452 (1020) Bs. As.
I.S.B.N.: 950-05-0744-7
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

LA SOMBRA DEL PADRE

Pesadilla en un acto

Buenos Aires
1979

Para Kuki y Daniel Divinsky

El living comedor de un departamento amueblado con cierto lujo barato, ostentoso y de mal gusto moderno. A la izquierda, la puerta de entrada. A la derecha y al foro, otra puerta que lleva a las habitaciones interiores. En las paredes reproducciones de cuadros famosos pero muy conocidos, repisas con bibelots, muñequitos y juguetes. Sobre las sillas hay muñecas de paño lenci, osos de felpa, payasos de material plástico y otras chucherías. Es el típico ambiente de una prostituta de clase baja que ha logrado escalar posiciones.

Al levantarse el telón, el escenario está iluminado en forma difusa, mediante cenitales que le dan una atmósfera de ensueño y irrealidad.

En una silla, a la izquierda, está sentado un anciano, muy pálido, vestido humildemente con ropas de hace más de 30 años, es decir pasadas de moda. A su lado se encuentra una valija de mano. El personaje se mantiene ausente, con los ojos fijos en un punto distante. Hay una extraña melancolía y ternura que se desprende de su persona.

Después de un minuto de haberse levantado el telón se escuchan voces y risas del otro lado de la puerta de entrada. Luego, el ruido de una llave en la cerradura. La puerta se abre. En la habitación penetra una mujer madura, en el límite de los 40 años, vestida con un lujo grosero y chillón y muy pintada. Trata de cerrar la puerta pero no puede: alguien se lo impide del otro lado. El personaje invisible

lucha por entrar. La mujer empuja con fuerza, riéndose primero. Luego con angustia creciente.

LA MUJER — *(Haciendo fuerzas.)* ¡Basta, Sebastián! ¡Estás muy borracho! En ese estado no te voy a dejar entrar. Andá a dormir. Mañana hablame. Estoy muy cansada. *(Trata de forzar la puerta pero no puede.)* ¡Sacá el pie de la puerta! ¡Sacá el pie! *(Se escuchan voces confusas.)* ¡Más bajo! ¡Hablá más bajo! ¡Nos pueden oír los vecinos! Sobre todo, la vieja del departamento de al lado. Ya estuvo hablando con el encargado. Le dijo que iba a denunciarme a la policía por los ruidos que se hacen en mi departamento. No quiero que me echen a la calle. Ya sabés que no hay muchos departamentos disponibles para alquilar y éste está con el alquiler congelado. *(Hace un nuevo esfuerzo.)* ¡Te lo ruego, Sebastián! ¡Andate! ¡Son más de las cuatro! ¡Me muero de sueño! *(Con voz melosa y falsa ternura.)* ¡Sé buenito! ¡Mañana te hablo! ... Sí. ...Te hablo... ¿Cuándo te he mentido? Ahora dejame dormir... No... No quiero que entrés... Vas a hacer lío... Estás muy borracho... No... No te doy un beso... Vas a aprovechar para entrar y después no te vas a querer ir... No... No espero a nadie... *(Con fastidio.)* Ya sabés que en mi casa no recibo a ningún amigo... Sí... Una vez hice una excepción contigo... *(Cambiando de tono y ya rabiosa.)* ¡Andate, te digo! ¡O llamo a la policía y que se arme el escándalo!... ¿Cómo? No me insultes ¿querés?... Has visto que estás muy borracho... ¡Si no te vas, no salgo más con vos por nada del mundo!... ¡No!... Ni aunque me comprés ese vestido de la calle Santa Fe... ¿Querés irte de una vez?... ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Mañana te llamo!... No... A tu casa, no... A tu oficina... Diez minutos antes de que salgas... Sí... Iremos a comer... Sí... *(Hace un nuevo esfuerzo, esta vez más violento que los otros y logra cerrar la puerta. El timbre comienza a sonar.)* ¡Sebastián, por Dios! ¡Los vecinos! ¡Dejá

ese timbre!... ¡Me vas a hacer echar!... ¡Te juro que por lo que más quieras que mañana te hablo!... *(Silencio. La Mujer pega la oreja a la puerta luego de unos instantes. Se escuchan voces del otro lado.)* ¡Sí!... mañana vamos a salir!... ¡Sí!... ¡Voy a ser tuya!... ¡No!... ¡No tengo ningún otro compromiso!... *(El timbre vuelve a sonar.)*. ¡Sebastián, por el amor de Dios! ¡Te lo prometo! ¡Ya te he dicho que no tengo ningún otro compromiso! *(El timbre deja de sonar. Se hace un silencio prolongado. La Mujer pega la oreja nuevamente y se queda un largo rato tratando de captar el menor sonido. Luego de unos instantes se apoya en la puerta, se relaja y lanza un suspiro de alivio. Comienza a caminar hacia la puerta que lleva al dormitorio. Está borracha. De pronto advierte al anciano que está sentado y sofoca un grito. Se repone y con severidad se dirige al intruso.)* ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué es lo que quiere a estas horas? ¡Salga inmediatamente!... ¿Quién lo ha dejado entrar? *(El Viejo se incorpora lentamente y abre los brazos con un gesto de afecto.)* ¡Salga, le he dicho! ¡O llamo a la policía! *(El Viejo, angustiado, hace señas que no con la cabeza. Trata de avanzar hacia ella.)* Pero, ¿quién es usted? ¿Qué hace aquí, a estas horas? *(Con rabia contenida.)* ¡Esta chinita de mierda! ¡Mañana la voy a echar a patadas!... *(El Viejo suplica con la mirada y hace señas que no con la cabeza. Hay una expresión de angustia en sus ojos. Trata de avanzar. La Mujer retrocede.)* ¡No me toque! ¡O grito! ¿Váyase! ¿Quiere irse? *(Llamando.)* ¡Manuela! ¡Manuela!... ¡Seguro que la infeliz está dormida como un tronco!... ¿Por qué has dejado entrar a este viejo? *(El Viejo le hace señas que se calle poniendo un índice sobre los labios. Luego vuelve a abrir los brazos. Trata de que la mujer lo reconozca. Avanza hacia ella. La curiosidad comienza a desarmar a La Mujer.)* ... Pero... ¿quién es usted?... Me parece cara conocida... Yo lo he visto en alguna parte... *(El viejo deja caer los brazos, desa-*

lentado.) ¿Ha trabajado de portero en algún bar nocturno?... *(El Viejo sonríe dulcemente. Luego, niega.)* ¿No?... ¿No?... *(La curiosidad termina por desarmar a La Mujer.)* ¿Necesita algo?... Si necesita unos pesos, se los voy a dar... pero váyase... Es muy tarde... *(Busca en la cartera y saca unos billetes apuñados. Cuando se los extiende, El Viejo se los rechaza.)* Pero... pero... *(Con un repentino tono de alegría y miedo a la vez.)* Yo a usted lo conozco... ¡Sí, lo conozco!... Lo he conocido hace mucho tiempo... *(Muy angustiada.)* Pero, ¿qué quiere de mí?... *(Tratando de reponerse.)* ¡No!... ¡No puede ser!... *(El Viejo mueve la cabeza tristemente y deja caer los brazos en señal de desaliento.)* ¿Usted es de mi pueblo? *(Con curiosidad creciente La Mujer se le acerca.)* ¿Usted es de mi pueblo? *(El Viejo sonríe y asiente con la cabeza.)* ¡Sí... sí...! ¡Usted es de mi ciudad! *(Nostálgica.)* ¡Hace tanto tiempo que falto! Desde que me fui, hace más de 25 años. *(El Viejo le sonríe dulcemente.)* ¡No!... ¡No! No he vuelto nunca ¿Para qué? *(curiosa.)* Pero, déjeme ver... Déjeme ver... Porque a usted yo lo conozco... *(El Viejo busca algo en el bolsillo de su ropa y saca algo. Es una fotografía. Se la extiende. La Mujer la toma con aprensión. Luego sofoca un grito. Con un hilo de voz:)* ¡No!... ¡No puede ser! ¡Esta soy yo!... ¡Y este otro es mi padre!... ¡Sí!... ¡Esta soy yo cuando tenía diez años. Y este es... *(Levanta la vista de la foto y mira al Viejo que sonríe casi con picardía.)* ¿Usted?... ¿Usted?... *(Pasándose la mano por la cara y restregándose los ojos.)* ¡No! ¡No puede ser!... ¡Estoy borracha!... ¡No puede ser!... ¡Hace más de 25 años que no tengo noticias suyas... *(Vacilando, con desconfianza.)* Usted se parece a mi padre, pero mi padre no tenía la cabeza tan blanca como la suya... *(Se detiene.)* Quiero decir, que entonces mi padre no tenía la cabeza tan blanca como la suya ... Pero ahora debe tenerla *(Vacila.)* ... Es posible... *(La Mujer se acerca con desconfianza. El Viejo se arremanga y*

le muestra algo que tiene en el antebrazo. La mujer, luego de mirar, lanza un grito:) ¿Usted?... ¿Usted? *(Retrocede como espantada y deslumbrada.)* ¡No puede ser! ... ¡No puede ser, Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Hace tanto tiempo que se fue! ¡Nunca nos escribió!... ¡Hasta llegué a pensar que se había muerto... ¡O que estaba preso!... ¡O que había viajado lejos, muy lejos... al extranjero! *(Se acerca temblando.)* ¿Es usted? *(Se echa en sus brazos, hunde la cara en el hombro de El Viejo y comienza a sollozar. Éste le acaricia la cabeza. Luego de un momento La Mujer se levanta, sacude su melena rubia, se seca las lágrimas con la manga del vestido, con un gesto infantil y pone distancia.)* ¿Por qué ha tardado tanto?... *(Se detiene. Con curiosidad y ternura.)* ¡Está temblando!... ¿Quiere un té caliente? ¿No?... ¿Un poco de coñac?... Antes le solía gustar el coñac en invierno. *(El Viejo dice que no con la cabeza.)* ¿Por qué ha tardado tanto? ... ¿Dónde estuvo?... ¿Qué ha hecho todo este tiempo?... ¡Hable!... ¡Dígame algo!... ¡Tenía tantas ganas de verlo, de hablar con usted, de que me explicara tantas cosas, como cuando era chica! *(El Viejo se levanta, la toma de la mano y la arrastra hacia un sillón. Toma asiento. Ella se sienta a sus pies y reclina su cabeza en sus rodillas.)* ¡Sí, tiene que explicarme muchas cosas!... ¡Y yo le voy a contar todo lo que me pasó! Quién sabe si usted no se hubiera ido no me habrían pasado todas estas cosas. Pero ahora está de vuelta. Vamos a ser felices como cuando vivíamos en nuestra ciudad... ¡Cómo lo he extrañado!, sobre todo en los primeros años, después que se fue de casa... Por la noche me despertaba y me parecía que usted estaba sentado al borde de mi cama. Como lo hacía cuando llegaba tarde y yo estaba dormida... O cuando no me quería dormir... Para que mi madre no me castigara, usted me contaba historias mientras me tenía la mano entre las suyas... Con su mano en mi mano, yo me sentía segura y me abandonaba al sueño... ¡Cómo lo he

extrañado! *(Se ríe con una risa forzada.)* ¿Se acuerda de los celos que nos tenía mi vieja?... Cuando por la noche, usted me llevaba a la cama de ustedes y me hacía andar a caballo en su panza, ella comenzaba a protestar: "¡Marcelo, la estás malcriando!". Lo quería para ella sola. Pero yo era la única para usted. ¿No es cierto? *(El Viejo sonríe dulcemente y asiente con la cabeza. La Mujer salta de contento y aplaude con un gesto infantil.)* ¡Yo sabía!... ¡Yo sabía!... ¡Yo siempre he sido la única para usted! ¡Cómo me gustaba andar a caballo en su panza!... Usted me gritaba: "¡Ahora vamos a cruzar un río!" Y hacía un movimiento brusco y yo saltaba. Luego me decía: "¡A todo galope!". Y yo saltaba y saltaba. Viajaba por un paisaje de árboles y lagos. Lleno de nubes, o de cielos azules, de cielos llenos de grandes pájaros que viajaban hacia otros países. Usted lo veía y yo también los veía. Y el caballo galopaba, galopaba y yo sentía una sensación extraña, un placer delicioso... un goce tibio que me subía por las piernas y que me llenaba el cuerpo, sobre todo en las noches de invierno... Usted me gritaba: "¡Ahora pasamos por la orilla de un lago!... ¡Hay patos!"... Y yo veía a los patos nadando en el agua. Muchos patos. Todos en fila india. Y les gritaba: "¡Patos! ¡Patos!" Y los patos levantaban vuelo... ¿Se acuerda?... *(El Viejo asiente dulcemente y con melancolía.)* Otra vez viajábamos por entre los indios y usted me protegía de las flechas con su cuerpo... ¡Qué tibio era su cuerpo! ¡Qué tibio! ¡Cómo me gustaba sentirlo contra el mío, hasta que me quedaba dormida!... Pero ella no podía soportar que yo me durmiera en su cama, acostada a su lado, buscando su calor *(A El Viejo.)* Un día, ¿se acuerda?, ella le dijo: "Lucila ya está grande para que la sigas tratando como a una nena"... *(Furiosa.)* ¡Lo que pasaba era que ella lo quería para ella sola!... Pero usted no era de nadie... *(Con tristeza.)* ni siquiera mío... Me hacía creer que yo era suya... *(Con rabia contenida.)* ¡Me hacía creer!... ¡Me hizo creer! ¡Si

hubiera sido suya, no se habría ido! *(El Viejo mueve la cabeza apesadumbrado.)* ¡No!... ¡No!... ¡No se lo digo para que se aflija!... ¡Ahora estamos juntos otra vez, para siempre! ¡Y vamos a ser muy felices! ¡Como cuando vivíamos en nuestra ciudad!... ¿Se acuerda? *(El Viejo asiente.)* ¿Se acuerda del barrio? Usted tenía un garaje, arreglaba coches y mi madre estaba todos los días en casa conmigo. Me llevaba y me traía de la escuela. No me dejaba sola... Una vez me vine sola. Había nevado. ¡Yo era tan chica! ¡Tenía siete años! A nosotros no nos dejaban salir de la escuela si no venían a buscarnos. Yo me fui con otra compañera y su mamá. En la esquina me separé y me puse a jugar con los chicos en la nieve. Nos tirábamos bolas de nieve... Ella vino al colegio y preguntó por mí. Le dijeron: "¡No, no, si la chica estaba acá pero vinieron a buscarla!" Ella se desesperó y decía: "¿Pero con quién? ¿Dónde se habrá ido? ¿No estará en algún baño, en algún patio, jugando?" Se fue hasta la esquina y vio que yo estaba en el grupo de chicos, tirando nieve. ¡Me llevó de los pelos a la casa! *(Lanza una carcajada falsa.)* ¿Se acuerda? *(Pausa. El Viejo está con la vista fija en un punto distante.)* ¿Se acuerda cómo a mi me gustaba disfrazarme de mujer? Me ponía esos zapatos de tacos altos, esas polleras anchas que se usaban por entonces. Tendría unos ocho años. Me ponía toda la ropa de ella. Esos zapatos con tacos "agujas" que por esos años se usaban y de los cuales me caía. También esos aros redondos, grandes, colgantes. ¿Se acuerda? *(El Viejo mueve la cabeza con gravedad.)*. Una vez ella me llevaba a la escuela. Íbamos por la Avenida, caminando. Ella siempre me arreglaba el pelo, me pasaba la mano por la cara antes de entrar a la escuela. De repente se da cuenta: yo iba pintada los labios, con los aros grandotes y muy de delantal *(Se ríe. Pausa.)* ¡Cómo eramos de felices! ¿Se acuerda? A usted le iba muy bien en sus negocios. Agrandó el taller. Cambió el coche. Yo había cumplido

diez años. Me daba cuenta de todo. Usted llegaba tarde, a las cuatro o cinco de la madrugada. Y ella se enfurecía ¡Cómo me divertían las peleas! A veces usted no se animaba llegar solo, tan tarde, a casa. Primero se iba a casa de un amigo, se lo traía y llegaba con él diciendo: "Estuvimos con Fulano. El coche se nos quedó y tuve que hacerlo remolcar". Cuando llegaba con un amigo no pasaba nada. Pero si llegaba solo, ella agarraba un palo y le quería pegar y usted corría por toda la casa. Al final hacían las paces y se encerraban en la pieza (*El Viejo sonríe tristemente.*) Todas las noches llegaba tarde. A veces, a la hora de comer, decía: "¡Ah!, tengo un llamado". Siempre tenía un pretexto para salir. O llegaba Oscar, su amigo. Estaba lo más bien, tranquilo. Sonaba el timbre y era Oscar. Usted le decía: "¡Que tal Oscar!" Y el amigo: "¿Por qué no me acompañás?. Tengo el coche roto". O si no tenía un compadre en la comisaría, un policia que venía a pedirle que lo acompañara porque esa noche andaba de ronda. Y se iban en su coche y luego usted volvía a las cinco de la madrugada. Y ahí se armaba la podrida. O si no, directamente no llegaba a casa al otro día. Se iba a abrir el negocio y con un empleado mandaba plata a casa. Ella se iba al negocio, furiosa y usted se escondía en un bar. Ella era terrible. Pero nunca pudimos sorprenderlo con una mujer (*Pausa. Con gravedad.*) ... Después, vinieron los años malos. Usted era muy farrista. Se farreó toda la plata con mujeres. No. No era jugador. Era mujeriego y tomador ¿Se acuerda? (*Algo agresiva.*) Vendió el auto. Liquidó el negocio. Nos quedamos pobres. Yo había cumplido los quince años. Usted no quería que conversara con ningún muchacho. Me celaba y yo me peleaba con usted. Al frente de casa vivía un chico, dos años mayor que yo. Comenzamos a salir. Me leía poesías. Me prestaba libros, Gustavo, se llamaba. Un día, luego del almuerzo, vino a traerme un libro. Usted llegó de improviso y le gritó: "A casa no tiene que

venir nadie a traer libros." Y lo echó. ¿Me hizo sufrir mucho? Pero, ¡que extraño! En el fondo era feliz. Y lo seguí viendo a Gustavo, a escondidas. Sabía que a usted le iban a dar unos celos tremendos. Me moría de miedo y de gusto. Con Gustavo no pasó nada, no se aflija (*El Viejo lanza un suspiro de alivio.)* Lo había idealizado: tenía unos ojos grandes, negros. Era muy alto, con el pelo renegrido. No. Después lo volví a ver. En realidad era petiso y gordo y negro. Cuando lo vi me dije: "¡Cómo, a mí, me pudo haber gustado este muchacho!" (*Insidiosa.*) Yo creo que él me siguió queriendo toda la vida. Siempre tuvo atenciones conmigo, hasta que me fui de mi ciudad (*Se ríe y cambia de tono como para tranquilizar al Viejo.)* Después se casó. Pero yo sé que me admiró mucho (*Bruscamente.)* Recuerda cuando chocó con un poste en la esquina de casa. Era de madrugada. El timbre sonaba y sonaba: era la policía. Vieron el auto chocado, siguieron el rastro de sangre y llegaron a casa. Usted se había venido caminando desde la esquina que chocó. Tenía unos cortes en las piernas. El labio lo tenía todo roto. Venía muy tomado. Dio vuelta pero dio vuelta antes de la esquina, se subió a la vereda y se metió con el coche en un poste de la luz. Yo estaba muy impresionada. Nunca lo había visto así. Tenía unos chichones en la cabeza. Un ojo amoratado y se había incrustado unos dientes postizos en el paladar. Cuando llegaron los policías usted estaba en el baño, mirándose al espejo y sacándose los dientes rotos. Al otro día lo llevamos al Hospital y le cosieron el labio partido. Pero volvió a las andadas. Siguieron las peleas con ella. ¿Por qué era tan mujeriego? (*El Viejo levanta los hombros y sonríe dulcemente.)* Ella vivía al acecho. Me decía: "Vamos a buscarlo a tu padre. Seguro que está con una mujer". Y partíamos por las calles. Íbamos de bar en bar hasta que encontrábamos su coche estacionado. Pero nunca pudimos sorprenderlo con una mujer. Siempre estaba con amigos, riéndose y

bebiendo. Yo me moría de risa al verle la cara a ella ¡Sabía hacer las cosas, papá! *(El Viejo sonríe con un dejo de orgullo.)*

(Pausa.) ¡Los años malos! Ella y usted se peleaban cada vez más. No podía soportarlos. Yo había dejado de estudiar y trabajaba como boletera en un teatro. Entonces, un día usted desapareció. "¿Viste?", me dijo ella. "Se ha ido con una mujer". Ella cosía para afuera. Siempre protestando y maldiciéndolo a usted y a la mujer con la cual se había ido *(Angustiada.)* ¿Pero usted no se fue con una mujer? ¡Dígame que no! ¿Usted se fue como me fui yo porque no podía soportarla a ella? ¡Dígame!... *(El Viejo asiente lentamente con la cabeza.)* ¡Yo sabía que era así! ¡Yo sabía que era así! *(Pausa. Con temor La Mujer dice:)* Me fui de casa con un hombre. Era mucho mayor. Yo tenía 20 años y él, 38. Él había alquilado un departamento. Me fui con lo puesto. Me hice la caradura y un día le pregunté: "¿Me puedo quedar?". "Si... sí" me dijo. Era comerciante. Estaba casado en Buenos Aires. Ahora vivía en nuestra ciudad. No me acuerdo cómo lo conocí *(Insidiosa, al Viejo:)* ¿No siente celos? *(El Viejo la mira tristemente.)* Yo sabía que iba a ponerse celoso. Pero ya era grande, papá. Además estaba cansada de ser pobre. No tiene nada que reprocharme. Usted se tiró toda la plata en sus farras y con sus mujeres y después se fue. *(Amenazadora.)* ¡No tiene nada que reprocharme! *(Pausa. La Mujer se tranquiliza.)* ¡No sé cómo lo conocí! ¡Me lo presentó una amiga! No... No... Estaba enamorada... Y aún hoy sigo enamorada... Fue como una tormenta... Volví a ser feliz como fui con usted... Trabajaba bien. Tenía mucha plata. Me daba todo lo que yo quería, todo lo que usted me había quitado. Me compró departamento en el centro de la ciudad... Tenía una sirvienta, ropa, joyas. Pero era como usted, mujeriego. *(Como si respondiera a una pregunta de El Viejo.)* No... no bebía... Pero era muy jugador. Lo segundo no me importaba.

Me importaba lo primero. Comencé a perseguirlo. Lo salí a buscar, como mi madre salía a buscarlo a usted por todos los bares... Llamaba un radio-taxi y le decía al chofer: "¿Sabe, ando buscando un coche Ford color borra de vino con chapa de Buenos Aires". El chofer tomaba el micrófono y hablaba: "La pasajera que llevo necesita ubicar un coche, patente de Buenos Aires número 19.876.543". Me recorría toda la ciudad. Iba por el centro, por todas las boites. Pero nunca lo encontraba. Y cuando lo encontraba estaba como usted riéndose y tomando con sus amigos... Porque también le gustaba el trago como a usted *(Como si respondiera a una pregunta de El Viejo.)* ¿Que cómo me enteraba que andaba con mujeres? Intuición. Yo sabía pero no sé cómo. Le revisaba los bolsillos. Lo espiaba cuando lo llamaban por teléfono. Un día le encontré un número. Llamé. Me atendió una mujer. Le dije que era la secretaria de él, que lo esperara a las 7 en tal bar. La mujer se indignó. Me dijo que no lo conocía. Esa noche me fui al bar antes de las siete y estuve hasta cerca de la medianoche. No llegó ni el uno ni el otro. Otra vez le encontré un papel con un nombre, pero estaba escrito al revés y un número de teléfono. Hablé. También terminaron colgándome el tubo. Nunca tuve oportunidad de sorprenderlo. Cuando lo encontraba con los amigos, éstos se le burlaban y le decían: "¡Mirá, tu mujer te manda!" Y yo clamaba: "¡No... no... no...! ¡Permítanme, muchachos, yo me voy! ¡Buenas noches!". Él me seguía y cuando llegábamos a casa le gritaba, le hacía escenas, como ella le hacía a usted. No me podía contener. Le tiraba lo que tenía en la mano. O lo rasguñaba. Quería marcarlo. Ponerle una marca en la cara, un sello de mi propiedad. Una señal que dijera a gritos: "¡Este hombre es mío! ¡Eh, putas, este hombre es mío!" Pero él nunca me levantó la mano, como usted nunca le levantó la mano a ella *(Solloza y se tira a los pies del sillón. El Viejo le acaricia la cabeza dulcemente.)*.

(Pausa.) Un día decidí engañarlo. Creo que lo hice para vengarme. Económicamente las cosas comenzaron a andar mal. Decidí emplearme. Trabajaba como secretaria de una fábrica textil. El dueño era muy gentil conmigo. Siempre venía a verme para encargarme algo: "Mire, Leticia, hágame esto... Se puede ir con el coche... Yo la llevo hasta el banco... Por favor, vaya hasta mi casa que mi mujer le va a firmar tal cosa". En esos momentos se estaba separando de su mujer. Y entre idas y venidas comenzó todo. Un día fuimos a comer. Después me llevó a un hotel. Yo estaba como drogada. Pensaba que si él se enteraba iba a sufrir mucho, como yo sufría. Pero tenía mucho miedo de perderlo. El hotel era muy lujoso. Me pidió que me desvistiera. Lo hice. Tuve vergüenza. Cerré los ojos. Le pedí que apagara la luz. Me dijo que no. Alcé la vista y vi que había en la habitación muchos espejos. Pensé que quien se reflejaba en esos espejos no era yo. Que a quien la acariciaban salvajemente no era yo. Que a quien la besaban en todo el cuerpo no era yo. Era una desconocida a quien yo estaba mirando como la besaban y la acariciaban y como sufría y a quien yo le tenía lástima. *(Gritando.)* ¡Era otra persona y no yo! ¡Y yo podía verla! *(En un acceso de llanto la mujer vuelve a arrojarse a los pies del Viejo quien la acaricia suavemente.)*

(Pausa) Mi marido nunca supo. Una vez, tan solo, sospechó. Me dijo: "Mirá que un amigo mío te vio en el coche de tu patrón". ¿Ah, sí? —le dije—, seguramente debo haber ido al banco a firmar algunas cosas. Luego yo me volví a la fábrica y él se fue para otro lugar". Pero yo sentía que la duda lo mordía. Sobre todo porque el dueño de la fábrica redobló las atenciones para conmigo: venía a casa a dejarme flores, a dejarme regalos, a dejarme plata. Me traía el sueldo a casa. El sueldo y más plata. Una vez me aparecí en casa con un anillo de oro que tenía una perla. Le dije que me lo había encontrado. Antes de llevarlo a casa lo enterré. Lo

enterré en una plaza. le puse mucha tierra encima. Cuando llegué a casa le dije: ¡Mirá lo que me he encontrado!". Me preguntó, dónde. Le dije que por ahí. Vi que algo brillaba en el suelo. Me agaché. Era el anillo. ¡Qué suerte! Pero ese anillo fue otra duda. Y también me trajo mala suerte. Desde que lo encontré las peleas se redoblaron. Al final lo vendí. Me dieron 20 mil pesos. En esa época era un dineral. "Mirá —le dije—, vendí el anillo. Me trae puros problemas. Esa perla tiene mala suerte". "¡Cómo —gritó— has vendido el anillo y no me has consultado!"

Las cosas fueron yendo de mal en peor. Tuvimos que vender todo a causa de varios negocios que no salieron. Vendimos el departamento y nos vinimos para Buenos Aires. Acá trató de levantarse. Inútil. Perdió la poca plata que le quedaba y el coche. Nos quedamos sin nada. Para comer comenzó a vender relojes y telas. Bebía cada día más. Yo lo ayudaba. Salía a vender telas. Un día conocí a una señora. Ella me presentó un muchacho. Me dijo: "No vas a tener ningún problema y te va a pagar bien." *(Pausa. La Mujer lo mira a El Viejo largamente. Como respondiendo a una pregunta.)* ¡No! Él nunca se ha enterado. Salgo a escondidas. Le digo que la plata es de las lencerías. Le digo que gano muchas comisiones. Si vuelvo con mucha plata le digo que es dinero acumulado, que me pagaron con cheques. Pero no puedo dormir. Me da mucho miedo. No tengo miedo que me pegue. Tengo miedo a que me deje, que se vaya. *(Gritando.)* ¡Tengo miedo de perderlo, de no volverlo a ver nunca más! *(El Viejo sonríe.)* Pero también tengo miedo de que cuando se entere me diga: "Está bien: vamos mitad y mitad". Y que luego me mire como a la peor basura del mundo. (*Llorando.*) Y eso yo no quiero, ¿entendés papá? Si vos no te hubieras ido, no me habrían pasado todas estas cosas... Me siento sucia... Me siento como la primera vez... Fui a casa del muchacho... me sentía muerta de miedo... No sé... Me

parecía que no era yo la que estaba haciendo eso. Trataba de pensar en otra cosa. En el departamento no había ningún espejo pero para poder sobrevivir me imaginé que había muchos. En todas las paredes había espejos. Y yo me reflejaba en todos ellos. La mujer que yo miraba no era yo. Era otra persona. Yo sé que era la única forma. Si no hubiera pensado en los espejos, si no me hubiera visto reflejada en ellos como otra persona, me habría tirado por la ventana. Cuando él acabó, yo seguía en el aire. Me preguntó algo. Yo le contesté cualquier cosa. No sabía lo que le decía. *(Como contestando.)* ¿Que si me he acostumbrado?... ¡No! ¡Nunca! siempre es como el primer día. Muy duro. Siempre tengo que pensar en los espejos... me siento como una máquina que camina hasta que le dicen, ¡basta! Cuando se termina todo me quedo tranquila. Porque no soy yo quien hizo eso. Cuando el cliente se va, me quedo tranquila. Para mí no son cinco minutos, cinco minutos que tengo su peso encima; para mí son siglos que no terminan de pasar nunca. Y cuando el cliente se deja caer, respiro. Es como si volviera de un sueño. Entonces siento por mí una lástima terrible y no lloro para no asustarlo al que tengo a mi lado. *(Solloza. El Viejo se levanta va hacia ella y le de un beso en la frente. Pausa.)* ¿En verdad que no quiere tomar nada? No me diga que ya no bebe. Afuera hace mucho frío *(El Viejo la toma de la mano y la arrastra hacia un sillón. Él se sienta. La Mujer se sienta a su lado y reclina su cabeza en el hombro del Viejo. Pausa.)* Nunca he podido saber por qué se fue de casa... ¿Por qué me abandonó? Es verdad que las cosas no andaban bien con mi madre... se peleaban todos los días... Ella era muy celosa y usted era un hombre libre. No podía estar atado a nada y mucho menos a una mujer. Me acuerdo que me llevaba a pasear los domingos. Me llevaba al circo y me compraba caramelos... Usted quería viajar, ver mundo, irse lejos, muy lejos. Se sentía morir yendo todos los días al garaje.

Escuchando los mismos reproches de ella todos los días. Me hablaba de una isla que quedaba muy lejos, donde las mujeres eran hermosas, donde nunca hacía frío... Me nombraba nombres de frutas de sabores raros... Me describía cómo eras los pájaros, unos pájaros hermosos, de grandes plumas doradas. Cantaban al anochecer. Esos eran unos. Había otros con plumas rojas y verdes que cantaban al amanecer. Ese pájaro se llamaba el "ave parasol" porque desplegaba una cola inmensa como un gran abanico... Y yo creía que usted me iba a llevar cuando se fuera... ¡Pero usted se fue sin decirme nada, sin darme un beso!... ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¡Lo estuve esperando tanto tiempo!... Toda mi vida. *(Acosándolo.)*. ¿Dónde estuvo?... ¿Estuvo en las islas?... ¿Eran así como me la describía?...¿Las mujeres, eran hermosas?... ¿Había pájaros tan hermosos?... Escuchó cantar al pájaro "parasol"?... ¿Comió las frutas de sabores extraños en los atardeceres tibios? *(Ante el silencio obstinado se encrespa.)* ¿Cómo era el mar? *(Se queda mirándolo.)* ¿Dónde estuvo todo este tiempo?... ¡No!... ¡No me diga que no fue nada! *(Gritando.)* ¡No llegó a las islas!... ¡No llegó a las islas!... ¡Seguro que se quedó por ahí, borracho en un pueblo miserable! *(Mutación. Con insidia.)* ¡No!... ¡Ya sé!... ¡Estuvo preso! *(El Viejo la mira con dureza.)* ¿Es cierto?... *(Triunfal.)* ¡Estuvo preso!... ¡Lo he descubierto!... ¿Robó?... ¿Cuánto robó? *(El Viejo niega.)* ¡Sí!... ¡Robó!... ¿Cuánto?... ¿Dónde?... ¡No tenía dinero para viajar y entonces le pareció que lo más sencillo era robar!... Pero no supo hacer las cosas y lo agarraron!... ¿Cuánto robó?... ¿Dónde?... *(El Viejo la mira con dureza y niega fríamente. Pausa. La Mujer desarmada.)*... ¡Usted quiere negar, pero no llegó a las islas!... ¡Estuvo treinta años preso!... *(Se detiene y reflexiona.)* Pero, no... por robar, un hombre no puede estar tantos años preso... *(Feroz.)* ¡Ya sé: cometió un crimen!...

(Acosándolo.) ¡Mató a un hombre! *(El Viejo la mira fríamente.)* ¡No! ¡Fue a una mujer!... ¡Sí!, a una mujer! ¡Cómo me alegro!... ¡Cómo me alegro!... ¡Cómo me alegro!... ¡Le tenía que pasar por mujeriego... por putañero!... ¡Sí... por putañero!... ¡Mi madre tenía razón! Usted siempre andaba enredado entre polleras... Por eso discutían todo el tiempo... Usted se gastaba toda la plata en mujeres y la pobre vieja se deslomaba trabajando para hacer rendir los pocos pesos que podía confiscarle... *(Insidiosa.)* Pero también hacía otros trabajos afuera, a escondidas de usted... Usted no se enteró nunca... *(Más insidiosa y feroz.)* ¿O con qué cree usted que comíamos en los últimos tiempos, antes de que usted se fuera? *(Pausa. Aumentando la dosis de insidia.)* Cuando usted se fue, ella respiró... Volvió a vivir... Rejuveneció unos veinte años... Me lo decía siempre que lo hacía para hacerme sufrir porque sabía cómo lo quería yo a usted... Todo el tiempo se vengaba de usted en mí... Me dejaba sola durante días y días, con la vieja, con la cocinera... Por eso dejé la escuela... Por eso no quise estudiar... le duele ¿no? *(El Viejo ha endurecido al máximo su rostro.)* ... Pero hay más... Un día me dijo: "Sabés, hay un señor de plata que te quiere conocer"... Y después viajábamos a Buenos Aires cada tres meses. Nos quedábamos un mes... Ella salía conmigo... Ibamos a las confiterías... Me decía: "Mirá ese tipo... te está mirando... Por la pinta debe tener plata". Por la noche me sacaba lo que había hecho... Me dejaba unos pesos... *(El Viejo esconde la cara entre las manos.)* Le duele ¿no? ¿Le duele? a mi me dolió cuando me dejó, cuando no vino a llevarme a las islas. Más de veinte años lo estuve esperando *(Pausa. la mujer se calma. El Viejo sigue con la cara entre las manos. La Mujer, afligida:)* ¡No!... ¡No!... ¡Todas fueron mentiras! ¡Lo hice para hacerlo sufrir!... Como yo, ella siempre lo esperó... Sabía que iba a volver... pero no sabía que usted iba a volver tan tarde... Ahora está enterrada

aquí, en esta ciudad *(Gritando.)* ¡Usted tiene la culpa! ¿Por qué ha llegado tan tarde?... ¿Por qué?... Ahora ya no me podrá llevar a las islas... Está viejo... En cualquier momento se puede morir... Usted ha vuelto para que yo lo cuide, porque se siente viejo y enfermo... ha vuelto para morirse... ¡No viajaremos! ¿Por qué ha vuelto tan tarde?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...¿Por qué? *(El Viejo levanta la cara y la mira con una tristeza profunda, serenamente. La Mujer, desarmada, se arroja a sus pies y llora sobre sus rodillas como una niña. Pausa.)* No... todas son mentiras... la vieja se murió esperándolo como yo... Se murió pensando en usted... ¿Se da cuenta lo que hizo?... Ella nunca se enteró que la plata que yo traía era una plata sucia... Siempre creyó que yo vendía telas... que yo vendía cosas... Al principio nos vinimos con una amiga a Buenos Aires... Mi amiga sabía donde levantar hombres... tenía amigos... Sus amigos me presentaron a sus amigos... Todo fue fácil... Cuando tuve unos pesos le mentí que me habían dado un puesto en Buenos Aires. Alquilé un departamento... después la traje a ella... ¡He sufrido mucho en estos años, pero ni ella ni yo dejamos de esperarlo! ¿Por qué no vino? *(La Mujer lo mira al Viejo largamente. Éste ha endurecido su rostro y lentamente hace señas que no.)* ¡Y ahora me reprocha! ¡Qué sabe usted lo que yo tuve que pasar! ¡Ahora se quiere hacer el moralista! ¡Ahora me va a censurar porque tuve que hacer lo que hice! ¡Si hay algún culpable de todo esto, no soy yo sino usted! ¡Usted es el único culpable! *(Se acerca al Viejo amenazadora.)* Dígame una palabra y le lleno la cara de dedos. ¡Lo araño! ¡Como solía arañarlo mi madre! ¿A ver? Dígame una palabra *(Levanta la mano para pegarle. El Viejo se pone de pie. La mira furioso. La Mujer deja caer el brazo, desarmada, se da vuelta y estalla en una carcajada.)* No. Usted no es mi padre... ¡Todo lo que le conté son mentiras... Usted quiere hacerme creer que es mi padre... Pero no es mi

padre... *(Se abalanza amenazadora sobre El Viejo.)* Dígame, ¿quién lo mandó? ¿Qué quiere de mí? ¿Lo mandó Manuel? ¡Yo le voy a enseñar a ese cornudo!... ¿Cuánto le pagó para que se prestara a esta broma sangrienta? *(El Viejo niega.)* Si no lo mandó Manuel, ¿cómo averiguó mi dirección? ¿Quién se la dio? ¿El doctor Méndez? ¿El ingeniero Sierra? ¿Cuál de todos mis clientes? ¡Son todos unos hijos de puta! ¡Uno de ellos quiere enloquecerme! ¡Un guacho hijo de puta! ¡Usted no es mi padre! ¡No podía saber mi dirección! Hace más de 25 años que se fue de casa y nunca me escribió *(El Viejo le tiende la fotografía.)* ¡Ah, si: la foto!... Esa foto estaba en mi álbum! Alguno de ellos la pudo haber robado y se la dio a usted. Pero, ¿cuál de todos ellos es? Hay un guacho que quiere enloquecerme *(Lo mira a El Viejo con rabia.)* ¿Por qué no hablás, viejo de mierda? *(Se acerca amenazadora.)* ¿Cuál de todos es? Decíme... Yo te los voy a ir nombrando uno por uno... Vos me vas a decir que sí o que no con la cabeza ¿Es Manuel? *(El Viejo no le contesta.)... (Para sí.)* No... No es Manuel... Si ese baboso no tiene imaginación para hacerme una cosa así... *(A El Viejo, de nuevo.)* ¿Es el doctor Méndez? *(El Viejo niega.)* No, si también es un infeliz con plata... Es un calzonudo.... Le tiene terror a la mujer... *(Triunfal.)* ¡ Ya sé: el ingeniero Sierra! *(El Viejo mueve lentamente la cabeza. Luego se golpea el pecho.)* No. No. Vos no podés ser mi padre. No sigás la farsa, abuelo. Usted se está ganando unos pesos. *(El Viejo insiste.)* Le digo que no, abuelo. Y le voy a contar por qué no puede ser usted mi padre, aunque me haya mostrado esa foto robada, aunque me haya mostrado el lunar del brazo. ¿Quién le dice que yo no le haya contado lo del lunar a uno de mis clientes? Quédese tranquilo, abuelo. Usted no puede ser mi padre. Yo le voy a contar por qué. *(Arrima una silla y se sienta frente al Viejo.)* ¡Yo no tuve padre! *(Pausa. Luego lanza una carcajada.)* ¿Le sorprende, abuelo? Yo nunca

conocí a mi padre. Cuando tenía seis años mi abuela me inscribió en la escuela. En esa época vivía con mi abuela. Tenia como vecinos de casa a gente muy bien, a la gente más rica del pueblo. Yo era amiga de sus hijos. De repente mi madre, que no vivía conmigo, comenzó a venir de visita con un tipo. Me dijo que iba a ser mi futuro padre. Yo sabía que no tenía padre. Las chicas con las que jugaba, todas tenían padre. Siempre me preguntaban: "¿Y tu papá?" No. No tenía padre. Yo sabía que no tenía padre. Yo tenía madre nada más. Cuando mi abuela me inscribió en la escuela, la maestra que estaba a cargo de la matrícula, le preguntó por mi nombre. Se lo dijo: "Leticia Ramírez". Luego le preguntó el nombre de mi padre. "La chica no tiene padre", dijo mi abuela. En seguida le preguntó el nombre de mi vieja. "Celina Ramírez", dijo la abuela. La maestra dijo: "¡Ah!" y la miró a mi abuela. Después me miró a mí, con lástima. Yo me di cuenta de que me miraba con lástima. Mi abuela se puso toda colorada y balbuceó: "El padre de la nena ha muerto". La maestra dijo: "Comprendo", bajó la cabeza y siguió escribiendo. Yo me di cuenta de que entre la maestra y mi abuela no había secretos. El secreto existía entre mi abuela y yo. Cuando regresamos le volví a preguntar a mi abuela: "¿Y mi papá?" Me volvió a contar la historia de siempre: mi padre se había muerto en un accidente al poco tiempo de nacer yo. Insistí. Quería saber cómo era. La abuela cambió de conversación. Seguí insistiendo hasta llegar a casa. La abuela se defendía. Pero yo sabía que me ocultaba algo. ¡Quería saber!... ¡Quería saber!... ¡Quería saber!... ¡Quería saber!... ¡Quería saber cómo había sido el accidente, cómo era mi padre! Cada vez que se lo preguntaba, la abuela me decía: "Un accidente, como todos los accidentes". Y se mordía los labios. Una vez me contó que se había caído de una escalera muy alta. Comencé a acosarla: ¿dónde? ¿cómo? ¿cuándo? Todas las veces se equivocaba de día o de lugar. Y

hasta de accidente. Dos años más tarde, en la escuela, tuve una pelea con una de las compañeras, por una pavada. le dije "piojosa". La chica me miró con odio y me contestó: "¿Piojosa? Yo al menos sé quiénes son mi papá y mi mamá. Vivo con ellos. Mi papá tiene un apellido y mi mamá tiene otro. No como algunas que sólo llevan el apellido de la madre y no viven con ella". Esa noche, mientras le ayudaba a la abuela a lavar los platos y a secarlos le dije de improviso: "¿Por qué hay chicos que llevan el apellido del padre y otros que llevan el de la madre?" Me soltó un bofetón. No me dolió. Por el contrario. Me llenó de alegría. Sabía que había logrado atraparla en lo que más le dolía. Me mandó a la cama. Me quedé despierta hasta tarde. Al no escuchar a la abuela en su cuarto, me dejé caer de la cama. Salí al patio. Pasé frente a la pieza de costura. La luz estaba prendida. La abuela y mi tía remendaban ropa. Las dos lloraban en silencio. Las odié. Ahora sabía que me ocultaban algo. Las dos sabían quién era mi padre. Un día que vino mi tía Matilde, que vivía casada en el campo, comencé a preguntarle. Primero, le pregunté si era hermana de mi padre o de mi madre. "¿No ves que me llamo Ramírez como tu mamá?"Me mordí los labios. De pronto le dije: "¿Y cómo era el apellido de mi padre?" Se puso colorada. Comenzó a tartamudear. Yo insistí: "¿Cómo se llamaba mi viejo? ¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿Por qué no lo veía nunca?" Se puso pálida y me dijo con voz temblorosa: "Cuando seas más grande lo vas a saber". No veía las horas de crecer ¡Me imaginé a mi viejo de tantas maneras!: hermoso como un artista de cine. ¡Rico!... No, rico no podía ser. ¿Si era rico, por qué nosotros eramos tan pobres? Imaginé que le pasaba algo. Cuando iba al cine pensaba que los actores buenos, a los que les pasaban cosas maravillosas, tenían que ser como mi viejo. Mi abuela se fue haciendo más hosca, más muda. Me rehuía. Y yo la acosaba. Cuando iba por la calle me

fijaba en todos los hombres. Me parecía que mi padre iba a aparecer a la vuelta de la esquina. Elegía a los hombres más hermosos para sonreírles. Algunos me devolvían la sonrisa y yo me ponía loca de contenta. ¡Por fin lo había encontrado! Si frecuentaba el barrio me dedicaba a espiarlo, a esperarlo, a examinarlo. Al almacén de la esquina siempre venía un señor. Era un viajante. Tenía auto. Todos los fines de mes visitaba el almacén para levantar los pedidos. Era alto, moreno. Era un poco mayor que mi madre. Comenzaba a encanecer. Tenía las sienes blancas. Usaba unas patillas largas. Siempre iba correctamente vestido. Apenas llegaba fin de mes, yo me levantaba temprano, me ponía mi mejor vestido, me peinaba y me iba al almacén. Me demoraba todo lo que podía. Para que el dueño del almacén no sospechara comencé a ayudarlo. Cuando "él" llegaba no podía quitarle los ojos de encima. Un día, toda colorada, le pregunté: "Señor ¿cuándo va a volver por los pedidos?". "A fin de mes", me contestó. Me miró largamente. Yo creí que me iba a morir. Sudaba frío. "¿Para qué querés saber?", me preguntó. No pude contestarle. Me acarició la cabeza. Antes de irse me regaló un peso. Ahora estaba segura: era él. Si hubiera podido hubiera saltado a su cuello y lo hubiera cubierto de besos. Ya tenía doce años. Mi abuela me repetía: "Ya vas a ser una mujer. Tenés que cambiar. No tenés que tener modales tan bruscos". Ese mes, fue el mes más largo para mí. Dos o tres días antes que finalizara me fui al almacén. Una cuadra antes de llegar, otro hombre me detiene. Era alto, moreno. Vestía como un obrero de los talleres. El hombre me dijo: "¿Vos sos Leticia?" Le dije que sí. "Yo soy Fulano de Tal", me contestó. Ahora ni el nombre recuerdo. Luego agregó: "¿Sabés que yo soy tu papá". Lo quedé mirando, espantada. Me parecía que las casas se iban a derrumbar. "Sí... sí... mucho gusto", balbucée. Y corrí espantada. *(Gritándole a El Viejo.)* ¡Ese hombre no podía ser

mi padre! ¿Entiende? ¡Ese hombre no podía ser mi padre! ¡Mi padre era el viajante! ¡Mi padre era lindo! ¡Mi padre era rico! *(Se repone.)* Llegué a la casa de mi abuela, la vieja y una de mis tías me habían estado observando. Se reían. Ellas lo sabían. ¿Me sentí desesperada. Me sentí menospreciada. Sentí que era menos que ellos. Ellos tenían una familia. Yo no. Mi prima también se reía. Corrí a esconderme y lloré *(Se derrumba en una silla. El Viejo se levanta y va hacia ella. Le acaricia la cabeza. Pausa. La Mujer levanta la cabeza.)* ¡Yo fui criada en un hogar decente! ¡Mi abuelo era un hombre importante en el pueblo! ¡Hay una calle que lleva su nombre! *(El Viejo asiente.)* ¡Tiene que creerme! *(Mutación.)* Pero mi abuelo era un hijo de puta. Cuando mi madre le confesó que estaba embarazada, la peló y la echó de la casa. Le dijo que no volviera nunca más. Era la deshonra de la familia. Después, cuando nací yo, la perdonaron. Pero mi madre me dejó con ellos *(Pausa. La mujer se incorpora, se seca las lágrimas.)* Cuando había cumplido los catorce años, mi madre vino un día. Vino con un hombre. Era mi futuro padrastro. Él me quería adoptar. Mis abuelos se opusieron. Decían que mi madre no podía caer en manos de ese hombre. Era un obrero, como mi verdadero padre. Trabajaba en el ferrocarril. Ellos aspiraban algo más para la nena. No tenía que repetir lo que había hecho *(Gritando.)* ¡Hipócritas! ¡Hijos de puta! *(Mutación. A El Viejo.)* Porque yo fui criada en un hogar decente y de posición. Mi tía era maestra. Mis abuelos tenían un nombre. ¡Yo, no! Por eso me fui de la casa. Por eso era tan salvaje. Por eso los odiaba a los hijos de mi tía. Por eso ellos me despreciaban. Un día me dijeron: "Tenés que irte con tu madre, ahora que está casada". Me entregaron. La primera y segunda semana fueron buenas. Un mes después, la casa era un infierno. Mi padrastro bebía. Y yo, como en la casa de mis abuelos, tenía que ser su sirvienta. Mi madre trabajaba para un taller de costura y me puso en la

casa de su patrona para que ayudara *(Como respondiendo a una pregunta del Viejo.)* ¿Como sirvienta? No. No era precisamente mucama. Una chica de 14 años no puede ser mucama. Yo ayudaba a las otras sirvientas... colaboraba... les daba ordenes. La señora me decía a mí lo que tenían que hacer las sirvientas... Era yo quien mandaba, quien les ordenaba. La señora me pagaba los estudios. Iba a una academia, de noche. La señora me trataba como a una hija... Me hicieron aprender inglés... "I'am the pupil... You are the teacher"... Ese era el pago... Con ellos estuve tres años. Después, la hija mayor se casó y se vino a Buenos Aires. Nunca más supe de mi madre. Ella vivía en una punta del pueblo y yo en la otra. Jamás nos hablamos. Yo no me vine a Buenos Aires como sirvienta ¡Qué esperanza! La hija de la señora me trajo como... digamos... como dama de compañía... Era la que ordenaba a la muchacha principal... me trataba como a una hija... Era gente muy relacionada... con decirle que hasta el presidente de la República fue una noche a comer... Yo no servía la mesa... Yo estuve sentada a la mesa. Los hijos de la señora eran como mis hermanos... hasta el día de hoy... A esa casa venía siempre un señor muy distinguido... Un diplomático... Yo tenía 17 años... Él era todo un hombre... pasaba los cincuenta años. Era muy bueno, muy generoso conmigo... Un día mis patrones... *(Se corrige.)* Un día mi familia se fue a Europa... Me dejaron cuidando la casa. Me tenían mucha confianza... Siempre me quedaba sola con la casa, hasta tres meses... Una noche, este señor vino a visitarme. Me trajo un obsequio. Se quedó a comer. Después nos sentamos en un sofá a tomar café. Comenzó a acariciarme las manos, los hombros, las piernas... Me abrazó. Yo me resistí. Sentí en ese momento que podía hacer con él lo que quisiera... Esa noche no pasó nada... Comenzó a ayudarme. Me daba dinero, mucho dinero. Me compró un departamento... Me costaba dejar la

casa donde estaba... donde me trataban como a una hija... El señor no se podía casar conmigo... Estaba casado y en este país no hay divorcio. Si lo hubiera habido, estoy segura de que él se habría casado conmigo... Estaba muy caliente... Comencé a manejarlo...Me fui de la casa... Me fui a vivir al departamentito. Me puso sirvienta. Me compró un coche. Yo lo manejaba. Aprendí a manejar el coche y a manejarlo al viejo. Sólo lo dejaba que se acostara conmigo después que me daba lo que le pedía: un viaje a Bariloche, una cena en el Plaza, un vestido carísimo... Terminó largando a la mujer... Yo experimentaba cosas nuevas cada día... Pero lo dejé. Comencé a sentirlo como a un padre. Comencé a sentir lo mismo que sentía cuando llegaba fin de mes y el viajante de comercio estaba por llegar al almacén de mi pueblo. Sentía que él iba a dominarme. Y nadie tenía que dominarme. Yo tenía que dominar a los otros. Los tenía que hacer sentir que yo era la señora *(Gritando.)*¡Sí! ¡Yo soy la señora! ¡Todos los demás tienen que estar a mis pies! *(Mutación.)* Cuando lo dejé al viejo, se arrastró, lloró, suplicó. Me decía: "Aunque yo no te vea, aunque no seas mía yo quiero seguir ayudándote. Te quiero ayudar para que no vayas por el mal camino" *(Con insolencia.)* ¡El mal camino! Yo le despilfarraba su dinero. Siempre tuve la suerte de tener muchos tipos de guita. Y hasta el día de hoy los tengo. No soy una tirada. No soy una vieja *(Al Viejo.)* Dígame: ¿soy o no soy una vieja? *(El Viejo niega.)* ¡Siempre voy a ser hermosa! ¡Nunca seré vieja! ¡Los años no pasan! ¡Siempre voy a tener hombres a mis pies! Siempre voy a tener mucho dinero. Tengo todos los hombres que quiero en mis manos. Puedo obligarlos a hacer lo que yo quiera. Esto lo aprendí y bien. Una sola vez me olvidé. Yo venía de La Lucila a Buenos Aires. Tomé el subterráneo para llegar a casa. Al salir, el sol me ciega y tropiezo con un muchacho mucho más joven que yo. ¡Qué hermoso era! Me dio su tarjeta. No le dije nada al viejo que

me mantenía. No podía dejar de pensar en el muchacho. Al otro día lo llamé. Era un muchacho alemán, muy culto. Me deslumbraba con todo lo que sabía. Estaba recién casado. Tenía una bebita. Comencé a ayudarlo. Sentía necesidad de verlo. Muchas veces tuve que darle hasta para el colectivo. Trabajaba como corredor y por quedarse conmigo perdía el día. Hasta lo vestí y le compré ropa para la mujer y el niño. Cuando lo dejé al viejo comencé a salir con hombres para ayudarlo. No sé cómo el viejo comenzó a sospechar. Un día me dijo: "¿Sabés una cosa Leticia? Te doy un mes para que terminés esa relación que tenés". Pasó el mes y yo me fui. Vendí el departamento. Casi toda la plata se la llevó el muchacho. Un día dije: "¡basta!" Conocí a la mujer del muchacho. La conocí para joderla. La conocí para hacerle la vida imposible. Le tenía que demostrar que yo era más que ella. Que yo era la dueña. Que él y ella dependían de mi. ¡Cómo he gozado! Le dije que se viniera a vivir conmigo. Me dijo: "Leticia, no puedo". Amenacé con no darle más plata. Me repetía: "No puedo, no puedo". Yo chocaba contra una pared hasta entonces desconocida. Me fui. Nunca repetí la experiencia. Estaba enamorada. *(Reflexionando.)* No... No estaba enamorada... Era un capricho... Me había encaprichado... Él no podía dominarme a mí. Yo tenía que dominarlo... pero no pude... ¡Esa mujer!... ¡Ese niño!... Los mandé al carajo... ¡Entonces supe que para ser libre no hay que tener sentimientos! *(Al viejo.)* ¿Sabés, viejo? ¡Para ser libre no hay que tener sentimientos! *(Gritando.)* ¡Hay que vigilarse! ¡En cuanto aflojás, estás listo, los otros te dominan!. En el ambiente esa es la ley. En el ambiente no hay chica que no tenga su "fiolo", su macho. Están enamoradas, el sexo las carcome... Por eso se dejan pegar, maltratar. Por eso los tipos las obligan a hacer cosas imposibles, a que les den toda la plata del día. O están enamoradas o tienen miedo. Para ser libre, viejo, no hay que tener miedo ni

estar enamorada. Una de las pibas era un trapo en manos del "fiolo". Decía que nadie la había cogido como él. La obligaba a hacer la calle, la mandaba a "yirar". Ella iba y se rompía toda. Juntaba la plata y se la llevaba. Mientras tanto, el tipo estaba con otra mujer a la que realmente quería. También le trabajaba para él, pero en otro horario, por la noche. La primera piba sufría muchísimo. Él la había hecho a su manera. Hacia el doble de dinero que cualquier otra chica. El macho le quitaba toda la plata. Le decía: "Si no me das toda la plata, el sábado no me acuesto con vos". Y trabajaba toda la semana pensando en el sábado. La otra mina, no lo quería al "fiolo". Le tenía miedo porque siempre le pegaba. Ni mi amiga ni la otra tipa se podían separar del tipo. Otra piba, una chilena, lo siguió a su macho hasta Buenos Aires. Comenzó a salir con hombres a escondidas para ayudarlo porque estaban en la mala. El tipo no sabía nada. Un día la descubrió. Le dio una paliza soberana. Pero después se dio cuenta que con su mujer podía hacer lo que quisiera. Y la mandó a hacer la calle. Ella se las rebuscaba por todos los medios y le rendía cuenta todas las noches. Él le decía: "Mirá, si no me traes tanto por semana, no me acuesto con vos"... *(La Mujer se detiene. El Viejo la mira con tristeza y mueve la cabeza apesadumbrado.)* Y a vos ¿quién te mandó?... ¿Manuel? ¿El doctor Fernández? No. Ese calzonudo no tiene imaginación *(Se pasea rabiosa. De golpe se vuelve.)* ¡Ya sé! ¡Te mandó Aranián, ese armenio del Once! *(El Viejo no contesta. La mira largamente.)* ¡Tenía que habérmelo imaginado!... ¡Sí, te mandó el armenio! ¡El infeliz está metido! ¡Me quiere para él solo! ¡Hasta me propuso matrimonio el muy baboso!... ¡No quería que trabajara! ¡¡Me regaló este departamento!!... ¡Casi lo enloquecí!... ¡Le hice la vida imposible!... ¡Que pajero! ¡A los 36 años nunca había conocido una mujer! ¡Tan religioso! ¡Y también, tan feo! ¡Con esa narizota que sólo un armenio

puede tener! ¡Me daba plata! ¡Me llenó de vestidos! ¡Tengo todo un placard lleno de vestidos! ¡Casi lo fundo! *(Se ríe a carcajadas.)* ¡Si no me lo quitan de las manos, lo fundo! Vino un hermano. Me dijo que lo dejara. Me ofreció plata para que lo dejara. Me le reí en la cara. Me amenazó. Me dijo que me iba a matar si lo fundía a su hermano. ¡Pobre infeliz! Los que amenazan son incapaces de hacer nada. Se lo dije. Me contestó que no conocía cómo eran los armenios. Cuando vino el otro, esa noche, lo hice sufrir como nunca. Primero lo hice esperar una hora. Nos citamos en una confitería. Yo me escondí en un negocio de enfrente. Por el vidrio veía como se fumaba cigarrillo tras cigarrillo... Se tomó como diez café... Cuando estaba pagando para irse, me apresuré y llegué... me pidió explicaciones. Estaba a punto de llorar. Fuimos al departamento. Comenzó a acariciarme... Le dije que no nos veríamos más. Le conté lo del hermano. Se puso pálido. Comenzó a desvestirme. Me dijo que era la última vez... Me acariciaba... Me rogaba. Volvió a insistir: quería casarse conmigo... No le importaba mi pasado. *(Se ríe a carcajadas.)* Me dijo que yo era la única mujer que lo había hecho feliz en su vida... ¡Hasta llegó a prometerme que me iba a permitir que siguiera haciendo de mi vida lo que hasta ahora había hecho con tal de que me casara con él! *(Gritando.)* ¡Infeliz! Trató de arrastrarme hasta la cama... me resistí... Se puso furioso... Me quiso pegar... me empujó... le grité: "¡Cornudo! ¡Cornudo! ¡Cornudo!" Tomó una silla... Corrí hacia el baño y me encerré... ¡Gritaba! ¡El armenio gritaba como un loco! ¡Aullaba!... ¡De pronto se calló!... Esperé un rato... Cuando pensé que se había ido, salí... Estaba en la cocina, llorando. Me dijo que se iba a matar... Que esa noche iba a abrir el gas y se iba a dejar morir *(Triunfal.)* ¡Lo tenía en mis manos!... Comencé a acariciarlo sin decirle nada... Lo fui llevando hasta la cama... me suplicaba. Trató de poseerme. Lo rechacé... Se retorcía encima de mí pero no le abrí

las piernas... Me besaba los pechos... Sentía como le latía el corazón... En ese momento podía hacer lo que quisiera con él. Pedirle el sol y la luna que era capaz de traérmelos. *(Excitada y al borde del paroxismo.)* ¡Sí... Sí...! ¡Podía hacer lo que quisiera!... ¡Era libre! ¿Sabés, viejo lo que quiere decir esa palabra? ¡Li-bre! Sólo sos libre cuando podes dominar a otro!... Trató de morderme, tanta era la furia que tenía... Comencé a besarlo... me suplicó: quería descargarse... Me suplicó que le abriera las piernas... Yo seguí besándolo y acariciándolo... Trató de abrirme las piernas... Las apreté con fuerza sin dejar de acariciarlo... Comencé a morderle una oreja... De pronto sentí que se aflojaba... El muy infeliz se había ido en seco... Lloraba de rabia... Me levantó el puño... Corrí y me escondí esta vez en la cocina... Comenzó a patear la puerta... Tomé un cuchillo y abrí la puerta de golpe... Me miró con los ojos turbios por la rabia y la desesperación... Con toda tranquilidad le dije: "¡Vení... ¿No querés morir?... Vení...!" Retrocedió espantado. Abrió la puerta de entrada y huyó a la calle *(Se ríe a carcajadas.)* Hace una semana que no sé nada de él. En cualquier momento va a volver *(Deteniéndose y mirando al Viejo fijamente.)* ... O me va a mandar alguien como usted para hacerme sufrir... ¡Pobre infeliz! ¡Lo tengo en mis manos!... ¡Puedo hacer con él lo que quiero! ¿Sabe, abuelo, lo hermoso que es tener a un hombre en las manos? ¿Saber que una está segura de que no le pueden hacer nada, que una es dueña de su voluntad? ¿Que con sólo levantar un dedo ese hombre es capaz de arrastrarse?... ¡Muy pocos saben el placer que causa esto! *(Volviéndose furiosa.)* ¿Hable, cuánto le pagó ese piojoso para prestarse a este juego? Ese se cree que porque tiene una tienda miserable en el Once va a poder hacer conmigo lo que quiera. ¡Hable, abuelo! ¿Cuánto? *(El Viejo abre la boca y trata de decir algo, desesperado. Se señala la boca. La Mujer se detiene.)* ¿No podés hablar? ¿Qué te pasa?

¿Sos mudo? *(El Viejo asiente. Luego abre grande la boca. Sonríe con tristeza. Luego se señala la boca. Vuelve a abrirla. La Mujer se acerca con precaución. Mira dentro de la boca. Da un grito.)* ¡Dios mío! ¡Te han sacado la lengua! ¡No puedo creer! *(Retrocede espantada y se tapa la cara con las manos. Se repone. Luego avanza hacia El Viejo que la mira tristemente.)* ¡Hijos de puta! ¡Aprovecharse así de un pobre mudo! ¡Me las vas a pagar! *(El Viejo, desesperado, hace señas que no.)* ¿No?... ¿No? ¡Claro que me las vas a pagar! *(El Viejo saca la foto del bolsillo y se la enseña.)* No, abuelo, no... ¡Usted no es mi padre!... ¡Guarde la foto! *(El Viejo insiste. En sus rostro se advierte una gran desesperación. La Mujer se detiene como dudando.)* Dígame, ¿qué le ha pasado?... Un accidente *(El Viejo niega con la cabeza.)* ¿Estuvo enfermo? *(El viejo asiente.)* ¡Pobre! ¿Lo han operado? *(El viejo asiente.)* ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... *(Para sí, como dudando.)* ¿Y si fuera verdad?... ¡Tantos años! *(El Viejo se deja caer nuevamente en el sillón.)* ¿Cómo fue?... ¿Cómo fue? *(El Viejo hace una señal de impotencia. Se señala la boca y mueve la cabeza.)* ¡Ya sé, ya sé! *(Dudando.)* Ahora dígame; ¿a usted lo mandó el armenio, no es verdad? *(El Viejo niega. La Mujer se encoleriza.)* ¿Entones, cómo sabe que mi padre existía? Ya le he probado que mi padre no existe... Yo nunca tuve padre *(Aproximándose amenazadora.)* Te mandó el armenio, ¿sí o no? *(El Viejo la mira a los ojos, largamente. La Mujer luego de unos instantes se desarma.)* Pero, ¿quién es usted? ¡Por el amor de Dios! ¿Quién es usted...Quien? *(El Viejo vuelve a sacar la fotografía del bolsillo y se la extiende con un gesto sereno y firme. La Mujer lo mira a los ojos con firmeza.)* ¡No, abuelo! ¡No! ¡Usted no es mi padre! *(Gritando.)* ¡A usted lo ha mandado ese hijo de puta del armenio! ¿Cuánto le ha dado? Si me dice yo le voy a dar el doble. *(El Viejo dice que no con la cabeza. Hay mucha firmeza en el gesto.)* ¡El

triple! ¡No tenés que prestarte a las hijaputeses de ese tendero sucio! ¡Lo tengo en mis manos! ¡Ahora se quiere vengar! ¡Te doy cinco veces! *(Abre la cartera y saca un puñado de dinero.)* ¡Ahora te doy todo lo que hice durante el día! ¡Son varios mangos! ¡Después son más! *(Se acerca amenazadora. Lo toma al Viejo de las solapas y lo levanta. Lo sacude.)* ¿Entonces, quién te mandó? ¿Quién? *(Lo deja.)* ¡Ahora andá al armenio y decile que su broma no ha dado resultado! *(Le tira un puñado de dinero que ha sacado de la cartera.)* ¡Tomá para vos! ¡Comprate algo! ¡Pobre viejo! Y no te prestés a estas porquerías, por más que te paguen... Si necesitas plata, vení y me lo decís *(El Viejo la mira azorado como si no comprendiera. Lentamente le devuelve el dinero otra vez. La Mujer grita:)* Entonces, ¿qué querés, viejo de mierda? ¿Querés seguir jodiéndome? ¡Mirá que voy a llamar a la policía! *(Lo toma de un brazo y comienza a arrastrarlo hacia la puerta.)* ¡Andate! ¡Andate o te saco a patadas! *(En la puerta le da unos sacudones. El Viejo la mira con profunda tristeza. La Mujer se detiene.)* ¡Ah, es cierto! Tu valija de mierda. *(Vuelve hasta el lugar donde está la valija, la recoge y se la pone en la mano del Viejo. Éste la mira a los ojos y le da un beso en la frente. La Mujer se queda como paralizada. El Viejo abre la puerta, se vuelve, la mira largamente y le dice adiós con la mano libre. Sale y cierra la puerta suavemente. La Mujer sale del trance. Furiosa se precipita hacia una de las repisas, toma de ella un bibelot y lo estrella contra la puerta. Luego corre, abre la puerta y comienza a gritar hacia el pasillo.)* ¡Decile al armenio que se jodió! ¡Y no volvás nunca más, viejo de mierda! ¿Me has oído? ¡Si volvés te mato! *(Da un portazo. Se deja estar apoyada en la hoja de la puerta durante unos instantes. Luego reacciona, prende la luz. El cuarto se ilumina totalmente. Grita:)* ¡Manuela! ¡Manuela! ¡Manuela!... *(Para sí.)* ¡Esta chinita está dormida como un tronco! *(Gritando.)*

¡Manuela! ¡Manuela! *(Para sí.)* ¡Esta chinita de mierda! ¡Ya le voy a enseñar! *(Va hacia la puerta que da al interior del departamento y grita de nuevo:)* ¡Manuela! ¡Levantate, chinita de mierda! *(Se vuelve al centro de la escena.)* ¡Armenio, hijo de puta! ¡Yo te voy a enseñar que me quieras joder! ¡Si no tenés ni para empezar conmigo! ¡Mañana voy a tu negocio y te armo una carpintería de la puta madre! *(La Muchacha aparece en el marco de la puerta que da al interior. Viste un batón humilde y viejo. Tiene el pelo atado con tiritas de género.).*

LA SIRVIENTA — ¿Me llamó la señora?

LA MUJER — ¡Claro que te he llamado!... ¡Estabas dormida como un tronco!

LA SIRVIENTA —*(Defendiéndose.)* ¡Pero, señora, es muy tarde! ¡Pronto va a amanecer!

LA MUJER — *(Furiosa.)* ¡Decime, chinita de porquería, ¿no te tengo dicho que no dejés entrar a nadie a mi departamento?

LA SIRVIENTA — ¡Pero, señora!...

LA MUJER — ¡Qué señora ni qué señora! ¡Acabo de echar a un intruso, a un viejo!... Decime, ¿por qué has dejado entrar a ese viejo de mierda que siempre viene a joderme?

LA SIRVIENTA — *(Espantada al ver la cara de La Mujer.)* ¡Pero, señora: aquí no ha entrado nadie! ¡Le juro que aquí no ha entrado ninguna persona. A las diez terminé de lavar los platos y me fui a dormir. Le juro que no entró nadie y mucho menos un viejo...

LA MUJER — *(Mirándola fija primero, luego vacilando.).* ¿Estás segura? *(Desarmada.)* ¿Estás segura?

LA SIRVIENTA — ¡Se lo juro, señora! ¡Por la salud de mi madre!

LA MUJER — *(Apoyándose en el borde de la mesa para no caer.)* ¡Dios mío!

LA SIRVIENTA — Sentí que usted hablaba a solas, como habla todas las noches. Pero no sentí que me llamaba...

LA MUJER — ¡Dios mío! ¡Dios mío!

LA SIRVIENTA — *(Acudiendo en ayuda de la mujer.)* ¿Se siente mal, señora? ¿Se siente mal?

LA MUJER — *(Se arrastra hasta sentarse en una silla.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío! *(De pronto esconde la cara entre las manos y solloza.)*

TELÓN

LOS GEMELOS
LES JUMEAUX

Pesadilla en un acto y en tres idiomas
Cauchemar en un acte et trois langues

Buenos Aires
1989

LOS GEMELOS
LES JUMEAUX

Pesadilla en un acto y en tres idiomas
Cauchemar en un acte et trois langues

Buenos Aires
1959

Para María Josefina Lefèbvre, quien me contó la historia verdadera.

Para Ricardo Casterán, Dominique Lieutet y Bertrand Douet

—Así que no lo soñé, después de todo —se dijo—. A menos... A menos que todos formáramos parte de un mismo sueño. ¡Sólo espero que sea *mi* sueño, y no el sueño del Rey Rojo! No me gusta pertenecer al sueño de otra persona —y continuó quejumbrosa—: ¡Tengo ganas de ir a despertarlo, para ver qué pasa! (...)

(...) Mira, Kitty, *debemos* haber sido yo o el Rey Rojo. Él era parte de mi sueño, por supuesto... pero por otra parte yo era parte de su sueño, también. (...)

LEWIS CARROLL: *Through the looking-glass and what Alice found there.*

PRIMERA PARTE

Sala de espera de una estación de ferrocarril. En un banco está sentado un hombre maduro. A su lado tiene una valija. El reloj, colgado de una de las paredes, marca la una de la madrugada. Por los vidrios de las ventanas, que dan al andén, se ve que es noche cerrada. El resplandor de una lámpara trata dificultosamente de penetrar en la oscuridad y la niebla que reinan en el exterior. Ruido de un tren que llega y se detiene. Luego de unas campanadas y de un silbato, vuelve a partir. El hombre que está sentado en el banco se incorpora, va hacia una de las ventanas y escudriña hacia el exterior durante unos instantes. Luego regresa, hace un gesto de desencanto y vuelve a tomar asiento. Pausa. De pronto se abre la puerta y penetra en la sala otro hombre. Tiene rasgos idénticos al que está sentado. Viste de la misma manera y lleva en la mano una valija similar a la que tiene a su lado el hombre que espera en el banco. Al ver al recién llegado, éste se pone de pie y avanza. Por la puerta que el viajero acaba de cerrar se cuela una bocanada de una niebla pesada que invade lentamente la sala de espera. El recién llegado cierra la puerta.

PEDRO — *(Titubeando.)* ¿Pierre?
PIERRE — Oui. C'est moi. Vous...?
PEDRO — Soy yo. Pedro. ¿Puedo darte un abrazo?

Pedro avanza hacia el recién llegado extendiéndole los brazos. Éste hace un gesto adusto de desconfianza y rechazo que desarma la efusividad de Pedro.

PEDRO — ¿Recibiste mi carta?

PIERRE — Malheureusement je ne parle pas l'espagnol.

PEDRO — ¡Español! ¡Eso!

PIERRE — Je vous dis que je ne parle pas l'espagnol.

PEDRO — *(Con tristeza.)* Yo no hablo francés. Pero un amigo que sabe francés me tradujo la carta que te mandé. Ya me parecía que no hablabas español. A mi amigo le fui dictando todo lo que quería decirte en la carta. Te contaba la historia de mi vida: cómo nos separaron cuando ambos teníamos un año, al poco tiempo de morir mi padre... Nuestra madre. A ti te llevaron de vuelta a Francia. Yo me quedé en América con mi padre quien se volvió a casar poco tiempo después. Mi madrastra era una criolla y, por consiguiente, no hablaba francés. Por esa razón yo no sé hablar francés. Me has comprendido...

PIERRE — Rien du tout...

PEDRO — Pero en la carta te explicaba todo. Te contaba mi niñez en el campo de La Magdalena, que mi padre, nuestro padre, compró con tanto sacrificio.

PIERRE — ¿La Magdalena?... ¿La Magdalena?... ¿La Magdalena?...

PEDRO — ¿Comprendés?

PIERRE — ¿La Magdalena?

PEDRO — Un campo en el Norte de la Argentina... De allí vengo...

PIERRE — ¿La Argentina?

PEDRO — De allí vengo... Allí hemos nacido los dos. Mi padre compró La Magdalena cuando llegó de Francia. La compró con parte de sus ahorros. Para trabajarla tuvo que gravarla con una hipoteca. Para levantar la hipoteca tuvo que trabajar duro. Fueron años muy duros. Pero antes de morir

pagó hasta el último centavo. Ahora La Magdalena es mía... es decir, es nuestra. Y vengo por eso. Para llevarte a América...

PIERRE — C'est bizarre, monsieur! Mais je crois, monsieur, que vous vous trompez. Je suis d'ici, d'Oloron-Sainte-Marie...

PEDRO — ¿Oloron-Sainte-Marie?... ¿Oloron-Sainte-Marie?... ¡Pero estamos en Oloron-Sainte-Marie. Y he venido a buscarte para llevarte a América...

PIERRE — Excusez-moi, monsieur, mais je ne vous comprends pas. Pas même un mot.

PEDRO — *(Con gesto de contrariedad.)* ¡Dios mío! He venido a buscarte para llevarte a América... A La Magdalena... Quiero darte la parte que te corresponde... la parte del campo que te corresponde... y también la parte de otros campos que yo he comprado con lo que produjo La Magdalena... También eso te corresponde...

PIERRE — Monsieur, je vous remercie beaucoup de vous être dérangé, mais je suis sûr que vous vous trompez. Je suis d'ici, d'Oloron-Sainte-Marie. J'ai perdu mes parents quand j'étais enfant. J' ai été élevé par ma grand-mère. Mais tout ça c'est une coincidence. Je m'appelle Pierre Dupont. Dans la région le nom Dupont est très commun...

PEDRO — *(Al escuchar el nombre "Dupont".)* ¡Eso!... ¡Eso!... Yo me llamo Pedro Dupont... Pedro... ¿En francés quiere decir Pierre?... Yo, Pedro... Tú Pierre... *(Triunfal.)* ¡Los dos, Dupont!

PIERRE — *(Meditando.)* Pierre... Pedro... Pierre... Pedro... C'est bizarre...

PEDRO — ¡Bizarre, no!... ¡Dupont! ...Nuestro padre se llamaba Alain Dupont.

PIERRE — Alain Dupont? Non, monsieur. Je m'appelle Pierre Dupont!

PEDRO — ¡No!... Alain Dupont se llamaba papá...

PIERRE — Papá? Père?... Excusez-moi, monsieur, mais je crois que vous vous trompez. Je n' ai pas connu mon père. Ma mère non plus. Je suis fils naturel. J'ai été élevé par ma grand-mère. Je dois vous avouer, monsieur, que je suis un bâtard. Peut-être la faute a été de ma mère... ou de mon père... Je ne sais pas... Mémère n'a pas voulu me raconter la véritable histoire de mes origines. Mais je suis inscrit dans les livres de la mairie et de la paroisse...

PEDRO — *(Desesperado.)* ¡No te comprendo!... ¡No te comprendo!... He venido para llevarte a América, para darte la parte de tu herencia... Te he buscado durante años... Yo sabía que vivías... Yo sabía que vivías en Oloron-Sainte-Marie...Mi padre me dijo que él había nacido aquí. También aquí había nacido mi madre... Aquí había nacido mi abuela. La abuela vino con mi padre y mi madre a América. Pero mi abuela odiaba a América y odiaba a La Magdalena. Sobre todo cuando murió mi madre. Entonces huyó de vuelta a Francia. Volvió llevándose a ti. Todo eso me lo contó mi padre antes de morir. Él hizo todo lo posible por descubrir a la abuela malvada. Escribió cartas a sus amigos, a sus parientes. Pero todo fue inútil. Nadie supo darle noticias del paradero ni de la abuela ni de ti. Mi pobre padre no podía viajar. Tenía que trabajar duro para levantar la hipoteca de La Magdalena. Por eso, antes de morir me encargó que te buscara para entregarte la parte de la herencia. Porque vos y yo somos los únicos dueños de La Magdalena. Mi padre no tuvo otros hijos con mi madrastra. Y ella también ha muerto. ¿Te das cuenta, Pierre, que somos los únicos dueños de La Magdalena?

PIERRE — Excusez-moi, monsieur. Je vous ai dit que je ne comprends pas un mot d'espagnol.

PEDRO — Todo lo que te estoy diciendo, ya te lo dije en mi carta. Hemos nacido juntos. Somos gemelos. Antes de que cumplieramos un año nuestra madre murió. Nuestra

abuela, que odiaba a mi padre y que jamás le perdonó que hubiera traído a mi madre y a ella a América, te robó y se volvió con vos a Francia.

PIERRE — Je vous dis pour la dernière fois, monsieur: je ne comprends pas vos histoires. Je veux vous répéter, monsieur. Je suis d'ici, d'Oloron-Sainte-Marie.

PEDRO — ¿Oloron-Sainte-Marie? Es aquí. Estamos en Oloron-Sainte-Marie. ¿Te acuerdas? En mi carta te decía que habríamos de encontrarnos en Oloron-Sainte-Marie, precisamente hoy, pasada la medianoche. Yo he llegado en el tren de las once y media. Hace más de una hora que te estoy esperando. Todo eso te lo decía en mi carta. Tienes que comprenderme...

PIERRE — *(Repitiendo.)* "¿Comprenderme?"

PEDRO — ¡Eso! Ya te lo dije en mi carta...

PIERRE — *(Repitiendo.)* "¿Mi carta?"

PEDRO — ¡Sí, mi carta! La que te escribí hará como hace seis meses...

PIERRE — *(Intrigado.)* Que veut dire "carta"?

PEDRO — *(Mimando, mediante gestos grotescos.)* Carta... correo... Escribir... yo... carta... Mandarla por correo... *(Hace más gestos como si Pierre fuera sordomudo.)* ...Papel ...Yo escribir con pluma ...Carta... Carta... *(Gritando.)* ¡Carta!

PIERRE — *(Frío y distante.)* Je vous en prie, monsieur. Ne criez pas... Je suis français, pas sourd. Je ne comprends pas, monsieur votre langue. Je suis désolé.

PEDRO — *(Desanimado.)* ¿Entonces, no recibiste mi carta? En ella te explicaba todo. Te contaba la historia de mi vida, de nuestras vidas. He pasado muchos años buscándote. No pude venir antes. *(Volviéndose y buscando por toda la sala de espera. Gritando.)* ¿Pero no hay nadie en este maldito lugar que hable francés y español?

Por la puerta penetra un hombre vestido como un inglés

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA "EMILIO CARILLA"
REGISTRO Nº 107225
C. D. .....

de la época victoriana. Dirigiéndose a Pedro y a Pierre.

EL INGLÉS — Please, sir. Have you seen my wife? I'm searching for my wife. I'lost my wife. *(Al ver que no le responden, saluda y vuelve a salir.)*

PIERRE — *(Retomando.)* Excusez-moi, monsieur. Je vous dis que je ne parle pas l'espagnol...

PEDRO — *(Entre furioso y abrumado.)* ¡Ya sé!... ¡Ya sé!... *(Desalentado.)* He viajado casi dos meses. Salí de La Magdalena, fui a Buenos Aires. Allí hice las gestiones en el consulado de Francia porque como no soy francés sino argentino, tuve que hacer los trámites de la visa. Después compré el pasaje y tuve que esperar dos semanas hasta que llegara el vapor. El vapor se llamaba "Louis Lumière". ¿Has oído nombrar al vapor "Louis Lumière"? Es el que hace la carrera entre Buenos Aires y Le Havre. Llegué a Le Havre. Fui a París. Tomé el tren para el Sudoeste de Francia y aquí me tienes, en Oloron-Sainte-Marie. ¿Comprendiste ahora?

PIERRE — Inutile... Tout ça c'est inutile.

PEDRO — ¿Inutile? ¿Inútil? ¿Quieres decir "inútil"? ¿Por qué "inútil"? ¿O "inutile", como vos decís?

PIERRE — Parce que je ne vous comprends pas. Je viens de vous le dire.

PEDRO — *(Vacilando un momento. Recorre con la vista la sala de espera y advierte que en una de las paredes hay un gran espejo biselado. Tomándolo de un brazo y arrastrándolo hacia el espejo.)* ¡Mirá!... ¡Mirá!... ¡Somos idénticos!... ¡Vos y yo somos idénticos!... ¡Somos hermanos!... ¡Hermanos gemelos!... ¡Somos mellizos!... Es una prueba, ¿no?

PIERRE — *(Luego de un momento de mirarse en el espejo y de mirar a Pedro.)* Quelle bizarre coïncidence!...

PEDRO — ¿Coincidencia?... Eso: "coincidencia". En español se dice "coincidencia"... ¿Ahora, me crees?

PIERRE — *(Luego de un momento.)* Non!

PEDRO — ¡No! ¡Dios mío! ¡Me tenés que creer! ¡Te estoy dando pruebas! ¡He viajado más de dos meses desde La Magdalena a Oloron-Sainte-Marie. Te he escrito una larga carta. Estoy seguro de que no la has leído. No te has tomado la molestia. Te vuelvo a repetir: he venido para llevarte a América y entregarte la parte de la herencia de nuestro padre. Yo podría haberme quedado con todo. Guardando silencio sobre tu existencia todo, La Magdalena y los otros bienes serían míos. Pero, no. Quería encontrarte. Sos el único pedazo de mi sangre que me queda. Todos ellos han muerto. Estoy solo. Necesitaba encontrarte. *(Tomándolo de los brazos y sacudiéndolo.)* ¿Me entendés ahora?

PIERRE — Non! Une fois de plus je veux vous dire, monsieur, que je ne comprends pas l'espagnol.

PEDRO — No comprendes el español. Ya sé. Pero yo te escribí una carta. Y vos no la has leído. La tiraste sin leerla. Estaba escrita en francés. La hice traducir por un amigo. Y en ella te decía todo esto que te estoy diciendo ahora. *(Pausa.)* No tengo hijos. *(Pausa.)* ¿Sos casado? ¿Tenés hijos?

PIERRE — Je ne comprends pas l'espagnol.

PEDRO — Si me muero no tengo a quién dejarle La Magdalena. Soy soltero. No tengo hijos. ¿Te das cuenta que mi padre y yo hemos trabajado durante años y años en vano, para que esa hermosa propiedad sea de nadie? Es por eso que vengo a buscarte. Quisiera saber si tenés familia...

PIERRE — *(repitiendo.)* ¿"Familia"?

PEDRO — ¡Sí! Familia: mujer... hijos... nietos... Porque ambos ya estamos en edad de tener nietos... Todas las propiedades quedarán para vos y para los tuyos.

PIERRE — *(Repitiendo.)* ¿"Familia?... Famille... Excusez-moi, monsieur, mais je suis célibataire.

PEDRO — No entiendo.

PIERRE — Je viens de vous dire que je suis célibataire.

PEDRO — ¿Celibataire?

PIERRE — Sans famille. Sans épouse. Sans enfants. Sans famille.

PEDRO — ¿Sin familia?

PIERRE — Sans famille. Oui.

PEDRO — ¡Dios mío! ¡Entonces!, todo ha sido inútil. Todo: los años de trabajo, el largo viaje... Inútil... Inútil... ¡Todo ha sido inútil!

PIERRE — Inutile!

Pedro se deja caer en uno de los asientos de la sala de espera y se cubre la cara con las manos. El Inglés, entra en la sala de espera de nuevo.

EL INGLÉS — Have you seen my wife? I'm searching for my wife. I've lost my wife. I must meet my wife. *(Pedro y Pierre lo miran con rabia contenida. El Inglés vuelve a salir.)*

PIERRE — Monsieur! *(Pedro se levanta.)* Monsieur: vous êtes un grand artiste. Je ne crois pas à tout ce que vous m'avez dit. Je veux vous avouer que je ne suis pas un bâtard. J'ai eu père et mère.

PEDRO — No te comprendo.

PIERRE — Vous dites que vous ne me comprenez pas. Mais je suis sûr que vous parlez le français couramment.

PEDRO — ¡Por el amor de Dios, no te comprendo!

PIERRE — Moi, je sais très bien qui vous êtes. Vous êtes un escroqueur, un aigrefin. Avec vos histoires de famille vous voulez me soutirer ma fortune. Parce que je suis un homme de fortune.

PEDRO — ¿Fortune?... Fortuna...

PIERRE — Vous m'avez dit que vous êtes d'Argentine...

PEDRO — ¿Argentina? ¿Argentina? Sí. Yo soy de la Argentina.

PIERRE — J'ai reçu une lettre de l'Argentine la semaine dernière. *(Le tiende una carta.)* Peut-être êtes-vous l'expéditeur.

PEDRO — *(Loco de alegría.)* ¡Sí! ¡Sí!... ¡Esa es mi carta! ¿La recibiste? ¿La leíste?

PIERRE — Je vous ai dit que je ne sais pas l'espagnol.

PEDRO — Pero no estaba escrita en español. Yo la hice traducir. *(Abriendo el sobre y leyendo apresuradamente. Luego de unos instantes.)* ¡Dios mío! Esta no es la carta. Esta es la carta que me envió la empresa cuando me despidieron del trabajo! ¡Me debí de haber equivocado! ¡Qué calamidad! *(A Pierre, desesperado.)* ¡Pero en la otra te decía todo lo que ya te dije.

PIERRE — Je vous répète, monsieur. Je ne parle pas l'espagnol.

PEDRO — ¡Ya sé!... ¡Ya sé!... ¡Vos no hablás español. Eso ya lo sé. Lo has dicho como cien veces. Pero, ¿cómo estás aquí? Porque en mi otra carta, la que dejé en casa por equivocación, te decía que teníamos que encontrarnos en la sala de espera de la estación de Oloron-Sainte-Marie, después de la medianoche del día 30 de febrero. Y hoy es treinta de febrero. ¿Cómo has hecho para estar aquí?

PIERRE — Je ne veux pas vous répondre, monsieur. Je ne vous comprends pas. C'est un dialogue de sourds.

PEDRO — *(Gritando.)* ¡Pero estás aquí! ¡Pero estás aquí!

EL INGLÉS — *(Entrando de nuevo.)* No news of my wife? I've lost my wife. I'm searching for my wife. Have-you seen my wife?

PEDRO — No hablo inglés, señor.

PIERRE — Moi non plus.

EL INGLÉS — Then, I'm going to search my wife. *(Sale apresuradamente.)*

PIERRE — Je vous disais, monsieur que j'ai une inmmense fortune. La moitié vient de l'héritage de mes parents. Mon père a été le fermier le plus riche des alentours. Il m'a laissé beaucoup de propriétes: un manoir dans la ville, une maison de campagne et des vignobles. Je suis riche,

monsieur. Mais, je suis célibataire, je n'ai pas de descendance et vous voulez ma fortune. Bien que nous ayons le même nom de famille, bien que nous nous ressemblons par une étrange coincidence, je vous dis tout net nous n'avons rien à voir l'un avec l'autre. Arrêtez, monsieur, vos manigances, vos magouilles ou j'irai chercher la police. Vous avez compris?

PEDRO — No puedo contestarte. No he comprendido ni una palabra de todo lo que has dicho. Te vuelvo a repetir: no hablo ni una palabra de francés. Pero todo lo que te he dicho es verdad. Ya te he contado que no aprendí francés porque mi padre se casó en segundas nupcias con una criolla que sólo sabía hablar español. Y como vivíamos lejos de las ciudades no me pudo enviar a un colegio donde me enseñaran francés. Pero todo lo que he dicho es verdad. Esperemos aquí hasta que sea de día. Iremos a Oloron-Sainte-Marie. Preguntaremos en la casa parroquial, en el registro civil si aquí nació Alain Dupont, si se casó con María Beaufrère. Si ambos partieron para América, para la República Argentina con la madre de María, llamada Florence Beaufrère, que era mi abuela. Si ella regresó a Oloron-Sainte-Marie y si murió aquí. Todo debe estar en los libros de la parroquia y del registro civil.

PIERRE — *(Despreciativo.)* Vos histoires, toujours vos histoires dont je ne comprends pas même un mot. Jusqu'à quand poursuivrez-vous avec vos litanies? Arrêtez, monsieur. Je ne vous connais pas. Et je vous previens: si vous continuez avec vos histoires, j'irai à la police pour vous dénoncer pour tentative d'escroquerie. Bientôt il fera jour. Je dois rentrer chez moi. C'est assez de passer une nuit blanche à écouter des sornettes que je ne comprends pas. Bonne nuit, monsieur. Ou bonjour!

Pierre hace ademán de dirigirse hacia la puerta. Pedro, da un salto, se interpone y lo toma de un brazo.

PEDRO — ¡Por favor! Por favor, no te vayas! ¡Todo lo que te he dicho es cierto! ¡No me abandones!

PIERRE — *(Desprendiéndose bruscamente del brazo de Pedro.)* Finissons avec cette histoire cauchemardesque. Allez-vous-en, monsieur. Laissez-moi tranquille ou j'irai à la police!

PEDRO — *(Desesperado.)* ¡Por favor, un segundo más! Podemos hablar tranquilamente. No sé qué habré dicho que te hice enojar. No ha sido mi intención. Sólo quería verte. ¡He soñado tanto con este momento que no te puedes dar una idea. Yo sabía que te parecías a mí porque eras mi hermano mellizo, pero no creí que lo fueras tanto. Me parece como si me estuviera viendo en un espejo. Esperá un poco. Ya será de día y vendrán otros pasajeros a tomar el tren que pasa a primera hora, según me han dicho. Alguien, seguramente, serán viejos vecinos de Oloron-Sainte-Marie. Quizás haya alguno que haya conocido a mi padre, a nuestros padres. Tal vez llegue un viejo o una vieja. Recuerda: La Magdalena te espera. Son dos mil quinientas hectáreas con ganado, trigo, maíz...

PIERRE — *(Iniciando de nuevo su partida.)* Une fois de plus, monsieur, et c'est la dernière: arrêtez-vous. Il faut sortir de ce cauchemar, tous les deux. J'ai beaucoup de choses à faire demain matin. Il faut sortir de ce cauchemar!

PEDRO — *(Implorando.)* ¡Por piedad! ¡He viajado mucho. Vengo de lejos! ¡He esperado mucho este momento!

PIERRE — Je crois, monsieur que vous êtes fou, fou à lier. Je n'ai rien à voir avec vous. Laissez-moi tranquille. Attention: si je me mets en rage, je ne suis pas responsable de mes actes! *(La actitud amenazante de Pierre detiene a Pedro.)*

PEDRO — *(Lastimoso.)* ¿Entonces, debo volver solo? ¿No vendrás conmigo a la Argentina?

PIERRE — Allez vous coucher, monsieur, Profitez-en

pour dormir. Il est trop tard. Ou trop tôt. Je n' ai pas compris un mot de tout ce que vous m'avez dit. Je vous le répète jusqu'à la fatigue. Adieu! *(Sale, dejando entreabierta la puerta de la sala de espera. Pedro se queda un momento como petrificado. Luego se lanza hacia la puerta y la abre de par en par gritando.)*

PEDRO — ¡Hermano! ¡Esperá, hermano! ¡Todavía tengo que decirte muchas cosas. Tengo que contarte muchas cosas más de nuestro padre! ¡Quiero contarte todos los proyectos que tengo para que hagamos juntos en La Magdalena!

Por la puerta, abierta de par en par, comienza a colarse una niebla espesa que invade la sala de espera y envuelve a Pedro lentamente. Éste regresa al medio de la escena como sonámbulo. Luego se deja caer en uno de los asientos. De pronto se incorpora y grita.

PEDRO — ¡Lo he visto! ¡Vive¡ ¡Ahora sé que vive! ¡Lo he visto aunque no haya sido sino por unos instantes! ¡Ahora tengo que salir de esta espantosa pesadilla!

EL INGLÉS — *(Entrando apresurado.)* Thank you, sir. I've already seen my wife. Thank you, sir. *(Sale.)*

Una voz impersonal que sale de un altoparlanete instalado en algún lugar indefinido de la sala de espera, anuncia:

VOZ DEL PARLANTE — Messieurs les passagers, approchez-vous du portillon numéro deux. Le prochain train pour l'Argentine partira dans cinq minutes. Messieurs dames, approchez-vous du portillon numéro deux. Le dernier train pour l'Argentine partira dans cinq minutes. Après, le service sera supprimé par manque de passagers, selon une disposition des autorités. Pressez-vous!... Pressez-vous... Pressez-vous!

La voz del altoparlante va disminuyendo lentamente hasta desaparecer. En su asiento, Pedro se ha quedado profundament dormido.

SEGUNDA PARTE

Al encenderse la luz de nuevo, Pierre está sentado en el banco que ocupaba Pedro. La puerta se abre y éste ingresa a la sala de espera. Pierre se levanta y va al encuentro de Pedro.

PIERRE — *(Titubeando.)* Pedro?

PEDRO — Sí, soy yo. ¿Usted...?

PIERRE — C'est moi. Est-ce que je peux te donner une accolade?

Pierre avanza hacia el recién llegado extendiéndole los brazos. Éste hace un gesto adusto de desconfianza y rechazo que desarma la efusión de Pierre.

PIERRE — Avez-vous reçu ma lettre?

PEDRO — Desgraciadamente no hablo francés.

PIERRE — Français! C'est ça!

PEDRO — ¡Le dije que no hablo francés!

PIERRE — *(Con tristeza.)* Je ne parle pas l'espagnol. Mais un ami qui sait l'espagnol a fait la traduction de la lettre que je t'ai envoyée. Je soupçonnais bien que tu ne parlais pas l'espagnol. J'ai dicté à mon ami tout ce que je voulais te dire dans la lettre. Je te racontais l' histoire de ma vie: de quelle façon ils nous ont separés quand tous les deux avions un an, peu de temps après la mort de notre mère. Toi, on t'a amené de retour en Argentine. Je suis resté en France, avec mon

père qui s'est remarié peu de temps après. Ma marâtre était française et pour cette raison ne parlait pas l'espagnol. Pour cette même raison je ne sais pas parler l'espagnol. Tu m'as compris.

PEDRO — En absoluto...

PIERRE — Mais, dans la lettre, je t'expliquais tout. Je te racontais mon enfance dans la ferme La Madeleine, que mon père..., notre père avait achetée avec tant de sacrifices.

PEDRO — ¿La Madeleine?... ¿La Madeleine?... ¿La Madeleine?

PIERRE — Avez vous compris?

PEDRO — ¿La Madeleine?

PIERRE — C'est une ferme au Sud du Béarn... D'où je viens...

PEDRO — ¿Le Sud du Bearn?

PIERRE — Oui... Je viens de là... Nous y sommes nés tous le deux. Mon père a acheté La Madeleine quand il est arrivé d'Argentine. Il l'a achetée avec une partie de ses économies. Pour pouvoir la travailler, il a dû l'hypothéquer... Pour payer l'hypothèque, il a travaillé très dur pendant de longues années. Mais, avant de mourir, il avait payé jusq'au dernier sou. Maintenant, La Madeleine est à moi, c'est à dire, à nous. Je viens pour cela. Pour t'amener en France.

PEDRO — Es extraño, señor, pero yo creo que usted se equivoca. Yo soy de aquí, de Monteros...

PIERRE — ¿Monteros?... ¿Monteros?... Mais nous sommes à Monteros. Et je suis venu te chercher. Je veux t'amener en France.

PEDRO — Perdóneme, señor, pero no lo comprendo. Ni siquiera una palabra.

PIERRE — *(Con gesto de contrariedad.)* Mon Dieu! Je suis venu te chercher. Je suis venu pour t'amener en France... A La Madeleine... Je veux te rendre la part de l'héritage... la part de la ferme qui te revient et aussi la part

des autres champs que j'ai achetée avec ce qu'a produit La Madeleine... Cela aussi te revient.

PEDRO — Señor, le agradezco mucho por haberse molestado, pero estoy seguro de que usted se equivoca. Yo soy de aquí, de Monteros. Perdí a mis padres cuando era niño. Fui criado por mi abuela. Pero todo eso es una coincidencia. Yo me llamo Pedro Dupont. En la región, el nombre Dupont es muy común...

PIERRE — Ça y est! Ça y est!... Je m'appelle Pierre Dupont... Pierre... En espagnol ça veut dire Pedro?... Moi, Pierre... Tu, Pedro... *(Triunfal.)* Tous les deux, Dupont!

PEDRO — *(Meditando.)* Pedro... Pierre... Pedro... Pierre. ¡Qué extraño!

PIERRE — ¡Extraño, no!... ¡Dupont!... Notre père s'appelait Alain Dupont.

PEDRO — ¿Alain Dupont? No, señor. ¡Yo me llamo Pedro Dupont!

PIERRE — Non!... Papa s'appelait Alain Dupont!

PEDRO — ¿Papá?... Perdóneme, señor, pero creo que usted se equivoca. Yo no conocí a mi padre. A mi madre, tampoco. Soy hijo natural. Fui criado por mi abuela. Le debo confesar, señor, que soy un bastardo. Quizá la culpa haya sido de mi madre... o de mi padre... No lo sé... Mi abuelita no quiso contarme la verdadera historia de mis orígenes. Pero estoy inscripto en los libros de la municipalidad y de la parroquia...

PIERRE — *(Desesperado.)* Je ne te comprends pas!... Je ne comprends pas... Je suis venu t'amener en France, pour te rendre la part de l'hèritage qui te revient... Je t'ai cherché pedant des années... Je savais que tu étais vivant... Je savais que tu habitais à Monteros... Mon père m'a dit que lui était né ici. Ma mère aussi était née ici... La grand-mère était née ici. La grand-mère est arrivée en France avec mon père et ma mère... Mais ma grand-mère est morte. Alors ella a fui de

retour en Argentine. Elle est retournée avec toi. Elle t'a enlevé. Mon père m'a raconté tout cela avant de mourir. Il a fait tout le possible pour decouvrir la méchante grand-mère. Il a écrit des lettres à ses amis, à sa famille. Mais tout cela a été inutile. Personne ne connaissait le domicile de la grand-mère, ni le tien. Mon pauvre père ne pouvait pas voyager. Il devait travailler dur pour payer l'hypothèque de La Madeleine. Pour ça, avant de mourir il m'a chargé de te chercher pour te rendre la part de l'héritage qui te revient. Parce que toi et moi sommes les uniques propriétaires de La Madeleine. Mon père n'avai pas d'autre descendance avec ma marâtre. Et elle aussi est morte. Tu te rends compte, Pedro, que nous sommes les uniques propriétaires de La Madeleine?

PEDRO — Perdón, señor. Le he dicho que no comprendo ni una palabra de francés.

PIERRE — Tout ce que je t'ai dit, je te le racontais dans ma lettre. Nous sommes nés ensemble. Nous sommes des jumeaux. Avant d'atteindre notre première année, notre mère est morte. Notre grand-mère, qui haïssait mon père et qui ne lui avait jamais pardonné de les avoir ramenées, elle et ma mère, en France, t' enlevé et est retournée avec toi en France.

PEDRO — Le digo por última vez, señor: no comprendo sus historias. Se lo quiero repetir. Yo soy de aquí, de Monteros.

PIERRE — Monteros? C'est ici. Nous sommes à Monteros. Tu te souviens? Dans ma lettre je te disais que nous devrions nous rencontrer à Monteros, précisément aujourd'hui, après minuit. Je viens d'arriver dans le train d'onze heures et demie. Il y a presqu'une heure que je t'attends. Tout cela je te le disais dans ma lettre... Tu dois me comprendre...

PEDRO — *(Repitiendo.)* "¿Me comprendre?"

PIERRE — C'est ça. Je t'ai déjà dit dans ma lettre...

PEDRO — *(Repitiendo.)* "¿Dans ma lettre?"

PIERRE — *(Mimando mediante gestos grotescos.)* Lettre... poste... Écrire... moi... lettre, l'envoyer par la poste... moi, écrire... avec une plume... Lettre!... Lettre! *(Gritando.)* ...Lettre!!

PEDRO — *(Frío y distante.)* Se lo ruego, señor. No me grite... Soy argentino pero no sordo. No comprendo, señor, su lenguaje. Lo siento mucho.

PIERRE — *(Desanimado.)* Alors, tu n'as pas reçu ma lettre? Dans ma lettre je t'explicais tout. Je te racontais l'histoire de ma vie, de nos vies. J'ai passé des années et des années à te chercher. Je n'ai pas pu arriver avant. *(Volviéndose y buscando por toda la sala de espera. Gritando.)* Mais, il n'y a personne dans cet endroit maudit qui sache parler français et espagnol?

Por la puerta penetra un hombre vestido como un inglés de la época victoriana. Dirigiéndose a Pierre y a Pedro:

EL INGLÉS — Please, sir, have you seen my wife? I'am searching for my wife. I've lost my wife! *(Al ver que no le responden, saluda y vuelve a salir.)*

PEDRO — *(Retomando.)* Perdóneme, señor. Ya le he dicho que no hablo francés...

PIERRE — *(Entre furioso y abrumado.)* Je sais! Je sais!... *(Desalentado.)* J'ai voyagé presque deux mois. Je suis sorti de La Madeleine. Je suis allé à Paris. Là-bas j'ai fait toutes les démarches au consulat d'Argentine parce que je ne suis pas argentin mais français, j'ai fait toutes les demarches pour faire mettre le visa sur mon passeport. J'ai acheté le billet et j'ai dû attendre deux semaines jusqu'a l'arrivée du bateau. Le bateau s'appelait "Louis Lumière". Le bateau "Louis Lumière" fait la navette entre Le Havre et Buenos Aires. À Buenos Aires j'ai pris le train pour le Nord de l'Argentine et me voilà à Monteros. Tu as compris maintenant?

PEDRO — Inútil... Todo es inútil!

PIERRE — Inútil? Inútile? Tu veux dire "inutile"? Pour quoi "inutile"? Ou "inútil", comme tu dis?

PEDRO — Porque no lo comprendo. Se lo acabo de decir.

PIERRE — *(Vacilando un momento. Recorre con la vista la sala de espera y advierte que en una de las paredes hay un gran espejo biselado. Tomándolo de un brazo y arrastrándolo hacia el espejo.)* Regarde!... Regarde!... Nous sommes identiques!... Toi et moi nous sommes identiques!... Nous sommes frères!... Nous sommes frères jumeaux!... Frères jumeaux... Ça c'est une preuve, non?

PEDRO — *(Luego de mirarse un momento en el espejo y de mirar a Pierre.)* ¡Qué extraña coincidencia!

PIERRE — Coïncidence?... C'est ça: "coïncidence". En français on dit "coincidence"... Maintenant, tu me crois?

PEDRO — *(Luego de un momento.)* ¡No!

PIERRE — Non! Mon Dieu! Tu dois me croire! Je t'ai donné des preuves. Je te donne des preuve! J'ai voyagé plus de deux mois depuis La Madeleine jusqu'à Monteros. Je t'ai écrit une longue lettre. Je suis sûr que tu ne l'as pas lue. Pourquo, monsieur devait se déranger? De nouveau je te le répète: je suis venu pour t'amener en France et te rendre la part de l'héritage de notre père. Je pourrais tout garder. Si je passais sous silence ton existence, toute La Madeleine et les autres biens seraient à moi. Mais, non. Je voulais te rencontrer. Tu es l'unique être de mon sang qui me reste. Tous sont morts. Je suis seul. J'avais besoin de te rencontrer. *(Tomándolo de un brazo y sacudiéndolo.)* Maintenant, tu me comprends?

PEDRO — ¡No! Una vez más quiero decirle, señor, que no comprendo el francés.

PIERRE — Tu ne comprends pas le français. Mais je t'ai écrit une lettre et toi, tu ne l'as même pas lue. Tu l'as jetée sans la lire. La lettre était écrite en espagnol. Je l'ai faite

traduire par un ami à moi. Dans la lettre je te disais tout ce que je te dis maintenant. *(Pausa.)* Je n'ai pas d'enfants. *(Pausa.)* Tu est marié? Tu as des enfants?

PEDRO — No comprendo el francés.

PIERRE — Si je meurs, je ne pourrai laisser La Madeleine à personne. Je suis célibataire. Je n'ai pas d'enfants. Tu te rends compte que mon père et moi nous avons travaillé pendant des années et des années pour rien, pour que cette belle proprieté ne soit à personne? C'est pour cela que je viens te chercher. Je voudrais savoir si tu as une famille.

PEDRO — *(Repitiendo.)* ¿"Famille"?

PIERRE — ¡Oui! Famille: femme... enfants... petits enfants... Parce qu'il est temps qu'on ait des petits enfants... Toutes les propriétés seront pour toi et pour ta famille.

PEDRO — *(Repitiendo.)* "¿Famille?"... Familia... Perdón, señor, pero yo soy soltero.

PIERRE — Je ne comprends pas.

PEDRO — Le acabo de decir que soy soltero.

PIERRE — ¿"Soltero"?

PEDRO — Sin familia. Sin esposa. Sin hijos. Sin familia.

PIERRE — "¿Sin familia?" Sans famille!

PEDRO — Sin familia. Sí.

PIERRE — Mon Dieu! Alors, tout cela a été inutile. Tout: les années de travail, le long voyage... ¡Inutile!... Inutile!... Tout a été inutile!

PEDRO — ¡Inútil!

Pierre se deja caer en uno de los asientos de la sala de espera y se cubre la cara con las manos. El Inglés entra en la sala de nuevo.

EL INGLÉS — Have you seen my wife? I'm searching for my wife. I've lost my wife. I must meet my wife. *(Pierre y Pedro lo miran con rabia contenida. El Inglés vuelve a salir.*

PEDRO — ¡Señor! *(Pierre se levanta.)* ¡Señor!: usted es

un gran artista. No creo todo lo que me ha dicho. Le quiero confesar que no soy un bastardo. Yo tuve padre y madre.

PIERRE — Je ne te comprends pas.

PEDRO — Usted dice que no me comprende. Pero estoy seguro de que usted habla el español correctamente.

PIERRE — Pour l'amour de Dieu, je ne te comprends pas!

PEDRO — Yo sé muy bien quién es usted. Usted es un estafador, un timador. Con sus historias de familia usted me quiere sustraer mi fortuna. Porque yo soy un hombre de fortuna.

PIERRE — "¿Fortuna?" Fortune?

PEDRO — Usted me ha dicho que es de Francia.

PIERRE — Francia? France? Oui. Je suis de France.

PEDRO — He recibido una carta de Francia la semana pasada. *(Le tiende una carta.)* Tal vez usted es el remitente.

PIERRE — *(Loco de alegría.)* Oui! Oui! C'est cela, ma lettre. Tu l'as reçue. Tu l'as lue?

PEDRO — Ya le dije que yo no hablo francés.

PIERRE — Mais elle a été écrite en français. Je l'ai fait traduire. *(Abriendo el sobre y leyendo apresuradamente. Luego de unos instantes.)* Mon Dieu! Ce n'est pas ma lettre. C'est la lettre que l'entreprise m'a envoyée quand ils m'ont renvoyé! Je me suis trompé! Quelle calamité! *(A Pedro, desesperado.)* Mais dans l'autre je te disais tout ce que je viens de te dire!

PEDRO — Se lo repito, señor. Yo no hablo francés.

PIERRE — Je le sais bien! Je le sais bien. Tu ne parles pas français. Je le sais bien. Tu m'as dit ça mille fois. Mais, comment se fait-il que tu te trouves ici? Parce que dans ma lettre, l'autre, celle que j'ai oubliée chez moi par erreur, je te disais qu' on se rencontrerait dans la salle d'attente de la gare de Monteros, après minuit le 30 février. Et aujourd'hui c'est le 30 février. Comment se fait-il que tu te trouves ici?

PEDRO — No quiero contestarle, señor, no lo comprendo. Esto es un diálogo de sordos.

PIERRE — *(Gritando.)* Mais vous êtes ici! Mais vous êtes ici!

EL INGLÉS — *(Entrando de nuevo.)* No news from my wife? I've lost my wife. I'm searching for my wife. Have you seen my wife?

PIERRE — Je ne parle pas l'anglais, monsieur.

PEDRO — Yo tampoco.

EL INGLÉS — Then, I'm going to search my wife. *(Sale apresuradamente.)*

PEDRO — Yo le decía, señor, que tengo una inmensa fortuna. La mitad fue heredada de mis padres. Mi padre ha sido el plantador más rico de los alrededores. Me ha dejado muchas propiedades: una casa de familia en la ciudad, una casa de campo y muchos surcos de caña de azúcar. Soy rico, señor. Pero soy soltero, no tengo descendencia y usted quiere mi fortuna. Aunque tenemos el mismo apellido, aunque nos parecemos por una extraña coincidencia, se lo digo francamente: no tenemos nada que ver el uno con el otro. Deténgase, señor, con sus artimañas, con sus manejos o yo iré a buscar a la policía. ¿Me comprendió?

PIERRE — Je ne peux pas te répondre. Je n'ai même pas compris un mot de tout cela. Je te le répète: je ne parle pas un mot d'espagnol. Mais tout ce que j'ai dit est la verité. Je t'ai raconté que je n'ai pas appris l'espagnol parce que mon père s'est marié en secondes noces avec une Française. Et comme nous habitions loin de la ville je n'ai pas pu aller à l'école pour apprendre l'espagnol. Mais tout ce que je te disais est la verité. Il faut attendre ici. Quand le jour se lèvera nous irons à Monteros. On va demander à la paroisse, à la mairie si Alain Dupont est né ici, s'il s'est marié avec María Beaufrère. Si tous les deux sont partis en Europe, en France, avec la mère de María, Florence Beaufrère, ma grand-mère.

Si elle est retournée à Monteros et si elle est morte ici. Tout ça doit être dans les livres de la paroisse et de la mairie.

PEDRO — *(Despreciativo.)* Sus historias, siempre sus historias de las que no comprendo ni una palabra. ¿Hasta cuándo proseguirá, usted, con sus letanías? Deténgase, señor. Yo no lo conozco. Y le prevengo: si continúa con sus historias, iré a la policía para denunciarlo por tentativa de estafa. Pronto será de día. Debo regresar a casa. Ya tengo bastante con pasar una noche en blanco escuchando sus pamplinas que no comprendo. ¡Buenas noches, señor! ¡O buen día!

Pedro hace ademán de dirigirse hacia la puerta. Pierre, de un salto, se interpone y lo toma de un brazo.

PEDRO — Pour l'amour de Dieu! Pour l'amour de Dieu! Ne t'en va pas! Tout ce que je t'ai dit est la verité! Ne m'abandonne pas!

PEDRO — *(Desprendiéndose bruscamente del brazo de Pierre.)* Terminemos con esta historia pesadillezca. Váyase, señor. Déjeme tranquilo o iré a la policía!

PIERRE — *(Desesperado.)* Je t'en prie! Une seconde de plus! On peut causer tranquillement. Je ne sais pas ce que j'ai dit pour te fâcher. Ça n'a pas été mon intention. Je voulais te voir. Moi, j'ai tant rêvé de ce moment, tu ne peux pas t'imaginer. Je savais que tu ressemblais à moi parce que tu étais mon frère jumeau, mais je ne le pensais pas tant. Il me semble être devant un miroir. Attends un peu. Bientôt il fera jour et d'autres passager viendront prendre le train du petit matin, selon ce qu'on m'a dit. Quelqu'un assurément sera un vieux voisin de Monteros. Peut-être qu' un vieillard arrivera, ou une vieille. Souviens-toi: La Madeleine t'attend. Ce sont mille cinq cents héctares de blé, maïs, bétail...

PEDRO — *(Iniciando de nuevo su partida.)* Una vez más, señor, y esta es la última, deténgase. Hay que salir de esta pesadilla, los dos juntos. Mañana por la mañana tengo muchas cosas que hacer. ¡Hay que salir de esta pesadilla!

PIERRE — Par pitié! J'ai beaucoup voyagé. Je viens de très loin! J'ai beaucoup attendu ce moment!

PEDRO — Yo creo, señor, que usted está loco, loco de atar. No tengo nada que ver con usted. Déjeme tranquilo. Cuidado: si me encolerizo, no soy responsable de mis actos. *(la actitud amenazante de Pedro detiene a Pierre.)*

PIERRE — *(Lastimoso.)* Alors, je dois retourner tout seul? Tu ne viendras pas en France?

PEDRO — Vaya a acostarse, señor. Aproveche para dormir. Es demasiado tarde. O demasiado temprano. No he comprendido ni una palabra de todo lo que me ha dicho. Se lo repito hasta la fatiga. ¡Adiós! *(Sale, dejando entreabierta la puerta de la sala de espera. Pierre se queda un momento como petrificado. Luego se lanza hacia la puerta y la abre de par en par, gritando.)*

PIERRE — Mon frère! Attends! Mon frère, j'ai beaucoup de choses à te raconter. J'ai beaucoup de choses à te raconter de notre père! ¡Je veux te raconter tous les projets que j'ai à faire dans La Madeleine!

Por la puerta, abierta de par en par, comienza a colarse una niebla espesa que invade la sala de espera y envuelve a Pierre lentamente. Éste regresa al medio de la escena como un sonámbulo. Luego se deja caer en uno de los asientos. De pronto se incorpora y grita.

PIERRE — Je l'ai vu! Il est vivant! Maintenant je sais qu'il vit! Je l'ai vu ne serait-ce que quelques instante! Maintenant je dois sortir de cet affreux cauchemar! Je dois me reveiller!

EL INGLÉS — *(Entrando apresurado.)* Thank you, sir. I've already seen my wife. Thank you, sir. *(Sale.)*

Una voz impersonal, que sale por un altoparlante instalado en algún lugar indefinido de la sala de espera, anuncia.

VOZ DEL ALTOPARLANTE — Señores pasajeros, aproxímense al portón número dos. El próximo tren para

Francia partirá dentro de cinco minutos. Señoras y señores, aproxímense al portón número dos. El último tren para Francia partirá dentro de cinco minutos. Después, el servicio será suprimido por falta de pasajeros, según una disposición de la superioridad. ¡Apúrense!... ¡Apúrense!... ¡Apúrense!

La Voz del Altoparlante va disminuyendo lentamente hasta desaparecer. En su asiento, Pierre se ha quedado profundamente dormido.

RIDEAU

LA VERDADERA HISTORIA DEL DOCTOR FAUSTO Y COMO FUE VENCIDO POR EL SEÑOR DEL TIEMPO

Buenos Aires
1989-1990

Para Rosita Lazo y Julie Méndez Ezcurra

PRIMER ACTO

Escena I
El Criado y el Doctor Fausto

La sala de recepción de la casa de El Padre de Margarita, un comerciante de buena posición. Un criado hace pasar al doctor Fausto, un hombre al borde de la ancianidad, vestido con un ropaje que denota su condición de alquimista.

EL CRIADO — Espere aquí, señor. Voy a anunciar su presencia

Escena II
El doctor Fausto, solo.

El Criado se retira. El doctor Fausto queda solo. Se pasea por la habitación contemplando los cuadros y los objetos que hay en las vitrinas. De pronto se abre una puerta y penetra en la habitación el padre de Margarita.

Escena III
El doctor Fausto y el Padre de Margarita

EL PADRE DE MARGARITA — Agradable sorpresa, doctor Fausto. ¿A qué debo tan honrosa visita?

EL DOCTOR FAUSTO — Un asunto privado del que luego le hablaré.

EL PADRE DE MARGARITA — Entonces, tome asiento. Se lo ruego *(Golpea las manos. Aparece el criado.)*

Escena IV

Los mismos más el Criado

EL CRIADO — ¿Señor? ¿Llamaba usted?

EL PADRE DE MARGARITA — *(Al doctor Fausto.)* ¿Qué desea servirse, doctor?

EL DOCTOR FAUSTO — Nada... Nada...

EL PADRE DE MARGARITA — Tengo un excelente vino que me acaban de traer de la Isla de Madeira. Pruébelo...

EL DOCTOR FAUSTO — *(Aún más nervioso.)* ¡No bebo!... ¡No bebo!... Hace mucho tiempo que no bebo...

EL PADRE DE MARGARITA — ¿Entonces, algunas confituras? Fueron hechas por mi hija, con sus buenas manos...

EL DOCTOR FAUSTO — *(Nervioso y mirando hacia todos lados.)* ¡Por el momento, no! Quizá más tarde...

EL PADRE DE MARGARITA — *(Algo molesto. Al criado.)* Puedes retirarte. Te llamaré más tarde...

Escena V

Los mismos menos el Criado

EL PADRE DE MARGARITA — *(Al Doctor Fausto, luego de una pausa.)* ¿Me decía usted?

EL DOCTOR FAUSTO — *(Balbuceando.)* He cumplido sesenta años...

EL PADRE DE MARGARITA — *(Jovial.)* Nadie lo diría. Parece, usted, diez años más joven...

EL DOCTOR FAUSTO — *(Retorciéndose las manos.)* Estoy al borde de la vejez... He malgastado mi vida buscando quimeras, en medio de frascos, retortas, ácidos y matraces... Y he pensado que ahora, antes de que sea muy tarde, debo pensar más en mí que en mis sueños... Me encuentro solo... Tengo una muy buena posición, usted lo sabe... Necesito una buena compañera que me dé hijos para dejarles todos mis bienes. Debo tener quién me acompañe en los días del invierno que se avecina...

EL PADRE DE MARGARITA — Sabia reflexión...

EL DOCTOR FAUSTO — *(Tratando de no ser interrumpido.)* Y he pensado en una mujer afable, en una buena ama de casa, de buena estirpe burguesa, joven para que pueda darme hijos...

EL PADRE DE MARGARITA — *(Interrumpiendo el discurso.)* Atinada actitud, dictada seguramente por la prudencia...

EL DOCTOR FAUSTO — Y por eso... he pensado... he pensado... *(Con repentina resolución.)* he pensado en su hija...

EL PADRE DE MARGARITA — *(Sorprendido.)* ¿En Margarita?

EL DOCTOR FAUSTO — En ella, precisamente. Estoy seguro de que reúne todas las cualidades que antes le he mencionado.

EL PADRE DE MARGARITA — Pero...

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Hay algún impedimento?

EL PADRE DE MARGARITA — ¡No!... ¡No!...

EL DOCTOR FAUSTO — Tengo un buen pasar. No diré que tengo una fortuna extraordinaria, pero soy poseedor de numerosos bienes, de modo que la cuestión de la dote no me interesa... Además mi prestigio personal se extiende más allá de los límites de esta pequeña ciudad.

EL PADRE DE MARGARITA — ¡Pero, yo!...

EL DOCTOR FAUSTO — Su hija, además de ser bella tiene una crianza y educación ejemplares. Será una buena madre, una fiel esposa y en la casa que poseo no habrá de faltarle nada. No echará de menos el hogar de sus padres.

EL PADRE DE MARGARITA — *(Con firmeza.)* Doctor Fausto: todo lo que usted dice no puede sino halagarme. Pero ocurre que no puedo tomar una decisión sin consultar el parecer y la voluntad de mi hija.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Poniéndose nervioso.)* Pero usted tiene la suficiente capacidad de convicción y autoridad para inclinar los deseos de su hija...

EL PADRE DE MARGARITA — Yo haré lo que pueda. Pero la decisión final será de ella. No soy de esos padres autoritarios que fuerzan la voluntad de sus hijos haciendo prevalecer el principio de su autoridad. Así la hemos criado con su difunta madre, que en paz descanse. Esa fue siempre su voluntad cuando vivía y ahora no voy a cambiar una forma de ser.

EL DOCTOR FAUSTO — No he querido decir que imponga usted su voluntad, sino que despliegue toda su habilidad para convencerla. Yo no estaría conforme con que su hija aceptara ser mi mujer forzada por el principio de autoridad paterna. Señor, no puedo sino alabar su conducta y, dentro de esos cánones, espero que podamos, Margarita y yo, educar a nuestros hijos en el futuro.

EL PADRE DE MARGARITA — Voy a llamar a Margarita. ¿O prefiere que hable a solas con ella y luego le comunique a usted su decisión?

EL DOCTOR FAUSTO — Para mí es lo mismo. Confío en su tacto.

Escena VI

Los mismos más el criado

El padre de Margarita golpea las manos. El criado se hace presente.

EL CRIADO — ¿Mandaba el señor?

EL PADRE DE MARGARITA — Dile a mi hija que venga. Tengo que hablar con ella de asuntos muy importantes y que le conciernen.

EL CRIADO — Como usted mande, señor. *(Sale.)*

Escena VII

Los mismos menos el criado

EL DOCTOR FAUSTO — No quiero hacerme ilusiones, pero en el fondo de mi corazón aliento secretas esperanzas. No hay en esta ciudad una joven que posea la belleza y las virtudes morales de su hija.

EL PADRE DE MARGARITA — Una vez más, doctor Fausto, le digo a usted que me siento halagado. Pero esperemos la opinión de mi hija.

Escena VIII

Los mismos más Margarita.

Margarita entra en escena. Es muy bella y está ataviada con sencillez y buen gusto. Su porte es sereno pero con un dejo de orgullo.

MARGARITA — ¿Me mandó a llamar usted, padre?

EL PADRE DE MARGARITA — Saluda primero al doctor Fausto, quien tiene que decirte algo importante.

MARGARITA — *(Haciendo una leve reverencia.)* ¡Señor!

EL PADRE DE MARGARITA — El doctor Fausto ha venido a visitarnos para pedir tu mano, hija mía. Con lo cual nos hace un gran honor. Sin embargo, le he dicho que nada haría pasando por encima de tu voluntad. A ti, hija mía, te pertenece la elección. Puedes hablar ya o puedes tomarte un tiempo para reflexionar de modo que tu respuesta sea lo más razonable posible.

MARGARITA — La noticia, querido padre, me sorprende sobremanera. No esperaba este honor sobre todo, viniendo de una persona de tanta calidad y fama como es la del doctor Fausto.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Quiere decir que puedo abrigar esperanzas?

MARGARITA — Aguarde usted, doctor Fausto. a pesar del honor que nos hace, debo confesarle que ya he dado mi corazón a otra persona.

EL PADRE DE MARGARITA — ¡Pero yo no sabía nada! ¡Es la primera noticia que tengo!

MARGARITA — *(A El padre.)* No he querido decirte nada, padre, hasta no estar segura de mis sentimientos.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Entre ansioso y desilusionado.)* Y ahora, ¿está usted segura de sus sentimientos?

MARGARITA — De mis sentimientos, sí. Pero debo observar si el joven que me requiere tiene tanta firmeza en sus sentimientos como yo. O mejor dicho, que sus sentimientos no sean motivados por ingenuos impulsos juveniles, por una primera impresión.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Quiere decir que su pretendiente es joven?

MARGARITA — Lo es. Apenas unos años mayor que yo.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Mordiéndose los labios.)* Es decir que es casi un adolescente. ¿Y qué podrá esperar, usted, de un joven que todavía debe abrirse paso en la vida?

MARGARITA — No tengo apuro. Si los sentimientos de ambos son firmes, como lo espero, aguardaré todo el tiempo que sea necesario hasta que podamos cimentar una buena posición para nuestra futura familia.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Podría saber yo el nombre de ese joven?

MARGARITA — No estoy autorizada a hacerlo.

EL PADRE DE MARGARITA — ¿Y por qué tanto misterio, hija mía?

MARGARITA — Porque si las cosas no fueren como yo lo deseo, divulgar el nombre de quien me pretenda redundaría en mi perjuicio y también arruinaría su buen nombre y honor.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Luego de un silencio embarazoso.)* Y volviendo a lo que a mí respecta, ¿acaso ha influido en su decisión lo que en el pueblo dicen sobre mi persona a causa de mis trabajos científicos? La ignorancia de la gente me atribuye poderes mágicos, cuando no los tengo. Y todo eso porque llevo una vida de trabajo, aislado, dedicado en forma exclusiva a mis investigaciones científicas que, si dan resultados, no sólo beneficiarán a los habitantes de esta ciudad, sino a muchos hombres, mujeres y niños más allá de las fronteras de nuestro país.

MARGARITA — No hago caso de las malas lenguas.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Entonces?

MARGARITA — Ya se lo he dicho, señor: mi corazón ya eligió. Ahora espero ser correspondida como creo merecerlo.

EL PADRE DE MARGARITA — *(Contemporizador.)* Hija mía: no quiero forzar tu voluntad, pero espero que tu decisión no sea el fruto de un impulso juvenil, como el que temes de tu pretendiente desconocido.

MARGARITA — Nada de eso, padre. Por mi parte estoy muy segura. Pero quiero saber si él también lo está. A veces la juventud...

EL DOCTOR FAUSTO — *(Interrumpiéndola.)* Ha dicho usted bien: la juventud casi siempre es voluble. Esa es la condición de toda inmadurez. En cambio los sentimientos de un hombre maduro son firmes porque son reflexivos. Por ejemplo: hace tiempo que yo guardo celosamente el secreto de lo que siento por usted. No me atrevía a expresarlo por temor a la vergüenza de una negativa. No tengo edad para sufrir una afrenta.

MARGARITA — *(Con dignidad.)* Lejos de eso, doctor Fausto. Siento enormemente no poder corresponder el honor que me hace. Pero mi decisión está tomada aunque aún deba aguardar para saber si soy correspondida con la misma firmeza que siento en mi corazón.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Esperanzado.)* ¿Quiere decir que si usted observara en el joven que la pretende que sus sentimientos son ligeros, yo podría alentar la esperanza de...

MARGARITA — *(Seca y cortante.)* No haga usted, planes futuros, doctor Fausto. Y mucho menos sobre el futuro de los sentimientos.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Amargo.)* Esta respuesta tajante me revela que hay otras razones para rechazar mis pretensiones. ¿Acaso es mi edad? No se fíe de las apariencias. Todavía soy hombre fuerte y pienso vivir largos años.

MARGARITA — No sabría mentirle, doctor Fausto. Usted podría ser mi padre. La edad es algo precioso en el matrimonio. Sé bien que podría ser muy feliz al lado de un hombre de sus cualidades, pero ya tengo un padre a quien honro y venero.

EL PADRE DE MARGARITA — Hay algo de razonable en las palabras de mi hija.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Herido.)* Así como mi edad dobla en mucho a la suya, mis sentimientos por usted son más que dobles...

MARGARITA — Me siento honrada, doctor, de que usted se haya dignado dirigir sus miradas sobre mi humilde persona...

EL DOCTOR FAUSTO — *(Reprimiendo su angustia.)* ¿Es decir esas son sus últimas palabras?

EL PADRE DE MARGARITA — *(Contemporizador.)* ¿No podrías fijar un término?...

MARGARITA — *(Segura.)* Aunque no fuera correspondida por quien me pretende con la misma calidad de sentimientos, yo debo ser fiel a mi misma.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Bajando los brazos, derrotado.)* Entonces, no hay nada más que decir. *(Al padre.)* Siento haberle causado a usted y a su hija esta enojosa molestia.

EL PADRE DE MARGARITA — Yo lo siento como usted, honorable doctor, pero...

MARGARITA — No he querido herirlo, doctor, pero debía ser sincera con usted y, sobre todo, conmigo misma.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Saludando fríamente.)* ¡Hasta siempre!

MARGARITA — *(Haciendo una leve reverencia.)* ¡Hasta siempre, doctor!

EL PADRE DE MARGARITA — *(Angustiado.)* ¡Siempre será bien recibido en esta casa, doctor! Sepa, usted, que su presencia nos ha honrado, nos honra y nos honrará.

El doctor Fausto se retira, luego de saludar.

Escena IX

Los mismos, menos el doctor Fausto.

MARGARITA — *(Refugiándose en los brazos de su padre.)* ¡Perdón, padre mío!

EL PADRE DE MARGARITA — Nada tengo que perdonarte, hija, salvo el que hayas guardado el secreto de tus sentimientos. Podría saber yo quién es el que ha despertado en ti tanto amor?

MARGARITA — Perdón, padre, pero lo que dije hace un rato es verdad. No debo decir nada hasta que los hechos me confirmen que soy amada con la misma fuerza con la cual yo lo amo.

EL PADRE — ¿Y si tan sólo fuera un sentimiento pasajero, propio de la juventud?

MARGARITA — En lo que a mi respecta estoy segura. En cuanto a él, debo esperar.

EL PADRE — Si el joven, digo por decir, no te correspondiera como tu quieres, no dejes de pensar en la proposición del doctor Fausto.

MARGARITA — Si no fuera correspondida como yo lo deseo, no miraré a otro hombre en mi vida. Estoy segura de que el amor que siento por él es el gran amor de mi vida. No creo que podría amar a otro hombre en la misma forma. Además, la edad del doctor Fausto es una barrera insalvable. Dentro de pocos años los achaques de la vejez me convertirán en su sirvienta y habré quemado los mejores momentos de mi juventud.

EL PADRE — También yo, dentro de pocos años, comenzaré a sufrir los achaque de la edad.

MARGARITA — Pero yo te quiero, padre. Mi cariño es diferente y todo sacrificio que hiciere para cuidarte será un motivo de regocijo y no de pena.

Margarita corre y se arroja en brazos del padre y lo acaricia tiernamente. La escena se desvanece lentamente.

Escena X

El doctor Fausto, solo.

Gabinete del doctor Fausto. Tubos, matraces, retortas y una enorme biblioteca poblada de libros polvorientos. Sobre una pantalla instalada en el foro se sucederán imágenes de nubes de tormenta que se deshacen y se vuelven a formar, olas gigantescas que revientan en inmensos copos de espuma, insectos gigantescos trabados en lucha, asquerosas telarañas donde se debaten insectos prisioneros y, sobre todo, imágenes de una selva inmensa como recién salida del primer día de la Creación.

Como fondo sonoro, gritos lejanos de aves de rapiña, el frotar de élitros, hojas secas, el rumor del mar embravecido y de truenos lejanos que se aproximan.

El doctor Fausto lee en una atril un inmenso libro mientras arroja en una retorta diversas sustancias que desparraman un humo pesado y viscoso que se extiende, rastrero, por toda la habitación.

Escena XI

El doctor Fausto y el sirviente.

El sirviente penetra en el gabinete del doctor Fausto.

EL SIRVIENTE — Doctor, un joven desearía hablar con usted.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Un joven?

EL SIRVIENTE — Sí. Viene de Maguncia. Por el traje pareciera ser un estudiante.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Un estudiante? Dile que pase.

Escena XII

El doctor Fausto, el estudiante, y el sirviente.

El sirviente se retira. El doctor Fausto prosigue con la manipulación de sus aparatos y sustancias. Instantes después penetra en la habitación el estudiante seguido por un inmenso perro negro. Detrás acude el sirviente, afligido.

EL SIRVIENTE — ¡Ese perro! ¡Ese perro!

EL ESTUDIANTE — No es mío. Ya le dije que no es mío. Me ha seguido desde la calle. Estaba escondido en una de las calles por donde vine.

EL SIRVIENTE — ¡Puede ser peligroso! ¡Tiene que retirarlo!

EL ESTUDIANTE — Ya le dije que no es mío. Seguramente no me obedecerá.

EL SIRVIENTE — *(Al perro.)* ¡Fuera!... ¡Fuera!...

El perro le gruñe sordamente enseñándole los colmillos.

EL ESTUDIANTE — Si a usted no le obedece menos me obedecerá a mí.

EL SIRVIENTE — *(Al doctor Fausto.)* Doctor, ¿qué hago?

EL DOCTOR FAUSTO — Déjalo. No hará daño. Quizás haya perdido a su dueño y lo esté buscando. Ahora retírate y déjanos solos con el señor...¿El señor?...

EL ESTUDIANTE — Hans Müller, doctor Fausto!

El sirviente se retira.

Escena XIII

El doctor Fausto y el estudiante.

EL DOCTOR FAUSTO — Me ha dicho mi sirviente que usted viene de Maguncia...

EL ESTUDIANTE — Efectivamente... Allí estudiaba...

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Y en qué puedo servirlo?

EL ESTUDIANTE — No estoy conforme con lo que se estudia en la universidad.

EL DOCTOR FAUSTO — Arrogancia es sinónimo de juventud. A su edad yo era así...

EL ESTUDIANTE — *(Resuelto.)* Por eso he decidido venir a verlo para que usted me ayude. He sentido hablar mucho de usted, Doctor Fausto...

EL DOCTOR FAUSTO — ¿De mí?...

EL ESTUDIANTE — De su sabiduría... De sus trabajos científicos... De sus investigaciones...

EL DOCTOR FAUSTO — Con la distancia, muchas veces las cosas se magnifican. ¿Y en qué podría ayudarlo a usted, mi joven amigo?

EL ESTUDIANTE — Usted bien podría orientar mis estudios.

EL DOCTOR FAUSTO — Una universidad es el sitio indicado.

EL ESTUDIANTE — Pero ya le dije que no estoy conforme con lo que allí enseñan.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Y qué querría aprender de mi, joven amigo?

EL ESTUDIANTE — *(Petulante.)* Muchas cosas.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Por ejemplo?

EL ESTUDIANTE — El origen de la vida y del mundo. ¿Por qué si nacemos tenemos que morir?

EL DOCTOR FAUSTO — *(Acariciándose la barba y con un dejo de ironía.)* ¡Caramba!... ¡Caramba!...

EL ESTUDIANTE — Sé que usted ha dedicado toda su vida a develar estos misterios y yo pensaba...

EL DOCTOR FAUSTO — *(Con un dejo de amargura.)* Precisamente porque he dedicado toda mi vida...

EL ESTUDIANTE — *(Ansioso.)* Entonces...

EL DOCTOR FAUSTO — ...es que quiero darle un consejo. ¿Cuántos años tiene usted?

EL ESTUDIANTE — He cumplido veintidós años.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Ensimismado.)* Veintidós años... Y bien...

EL ESTUDIANTE — ¿Me ayudará usted?

EL DOCTOR FAUSTO — Voy a ayudarlo. Pero no de la manera que usted piensa, mi joven amigo.

EL ESTUDIANTE — ¿Entonces?

EL DOCTOR FAUSTO — Usted ha dicho bien: "He dedicado toda mi vida". Pero...

EL ESTUDIANTE — Pero, ¿qué?... ¿Ha descubierto algo?

EL DOCTOR FAUSTO — Si yo tuviera su edad gozaría de la vida. Todos los domingos iría al campo con mis amigos, en busca de hermosas muchachas... Y haría el amor con alguna de ellas... Bebería en tabernas y cantaría canciones groseras... Huiría de los gabinetes sórdidos y polvorientos... Buscaría la luz... el sol del verano... Me

embriagaría con el aire de las montañas. Sentiría cómo mi sangre se caldea en las venas al tomar la mano de una joven hermosa cuyo corazón comienza a latir desbocado...

EL ESTUDIANTE — Pero...

EL DOCTOR FAUSTO — Todo eso lo ayudará a vivir cuando llegue el invierno... Cuando sienta que el aire le falta... que su sangre se ha vuelto perezosa... que ni el sol, ni el fuego de una chimenea pueden calentar ya sus huesos que crujen como maderas resecas...

EL ESTUDIANTE — Entonces...

EL DOCTOR FAUSTO — Haga lo que le he dicho, mi joven amigo... Y no pierda su juventud como yo la he perdido tratando de penetrar en misterios que, creo, nos han sido negados para siempre...

EL ESTUDIANTE — ¿Me quiere decir que ha fracasado en sus investigaciones?

EL DOCTOR FAUSTO — Estoy a punto de darme por vencido.

EL ESTUDIANTE — Usted me decepciona...

EL DOCTOR FAUSTO — Será mejor así...

EL ESTUDIANTE — ¿Quiere decir que no me ayudará?

EL DOCTOR FAUSTO — Por el contrario, lo estoy ayudando.

EL ESTUDIANTE — *(En un rapto de soberbia.)* Su consejo no me interesa. Si hubiera sabido que ésta sería su respuesta, no habría venido *(Se pone de pie.)* De todas maneras, doctor, le agradezco que me haya recibido.

EL DOCTOR FAUSTO — No lo tome a mal. Pero creo que más adelante me comprenderá y verá que no hubo ni egoísmo ni mala intención en mis palabras.

(El estudiante hace un leve saludo con la cabeza y se apresta a marcharse.)

EL ESTUDIANTE — ¡De todos modos y una vez más, gracias! *(Comienza a caminar en dirección a la puerta.)*

EL DOCTOR FAUSTO — ¡El perro!... ¡No olvide usted a su perro!...

EL ESTUDIANTE — Le dije que el perro no es mío. Lo encontré en la calle y me siguió.

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Pero no está! ¡Ha desaparecido!

EL ESTUDIANTE — Quizá se fue como vino. *(Cortante.)* ¡Buenas noches, doctor!

(El estudiante se marcha. Pausa. El doctor Fausto golpea las manos.)

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Wagner!

Escena XIV

El doctor Fausto y el sirviente.

EL SIRVIENTE — *(Entrando en escena.)* ¿Llamaba usted, doctor?

EL DOCTOR FAUSTO — Sí. ¿No has visto ese perro negro que vino con el estudiante?

EL SIRVIENTE — No, doctor Fausto.

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Qué extraño! ¡Ha desaparecido!

EL SIRVIENTE — ¡En el interior de la casa no está, doctor!

EL DOCTOR FAUSTO — *(Ensimismado.)* ¡Qué extraño!

EL SIRVIENTE — ¿Puedo retirarme?

EL DOCTOR FAUSTO — Puedes retirarte. Yo trabajaré unas horas más, hasta pasada la medianoche. De modo que puedes acostarte. ¡Hasta mañana!

EL SIRVIENTE — Hasta mañana, doctor! *(Se retira.)*

Escena XV

El doctor Fausto, las brujas y la Voz.

El doctor Fausto vuelve a sus frascos y retortas. Abre de

nuevo el libro que está sobre el atril. Saca una hostia y hace una parodia de consagración, primero, luego la levanta como en el momento de la Elevación y la mantiene en alto unos instantes, contemplándola. Luego la arroja en un recipiente donde arde un fuego sombrío. Al caer la hostia se produce una llamarada azul. El doctor Fausto toma un cáliz y lo llena con un líquido que saca de un frasco. Repite el simulacro de la elevación y arroja el líquido en el mismo recipiente. El fuego se apaga pero del recipiente surge un humo viscoso.

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Debo recuperar el tiempo perdido!... Necesito ser joven otra vez... porque el amor busca la juventud y rechaza a la vejez... Necesito desandar lo andado y volver a la edad donde el mundo se me ofrecía. Necesito volver a ese tiempo en que todo parecía que había sido hecho para mí... el verano circulaba como un aguardiente por mis venas... ¡Por eso te invocaré!... Tú eres el único que sabe el secreto de cómo regresar a la edad de oro... Y si el nombre secreto de tu eterno rival yace escondido entre las palabras de las Santas Escrituras, también el tuyo tiene que estar dormido allí... Si lo encuentro, tendré el poder de regresar... ¡Voy a combinar las letras de los textos hasta que encuentre tu nombre y pueda convocarte!

(Mientras el doctor Fausto ha dicho la última parte de su parlamento, desde el subsuelo emergen lentamente las tres brujas. Tienen la forma de marionetas gigantes o de espantapájaros monstruosos.)

EL DOCTOR FAUSTO — *(Leyendo y, a la vez, invocando con voz fuerte y segura.)* ¡Yesilel!

BRUJA PRIMERA — ¡Ja... ja... ja! ¡El pecado de soberbia se paga caro!

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Majob!

BRUJA SEGUNDA — *(Burlona.)* ¡No lo lograrás!... ¡No lo lograrás!

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Tiufar!

BRUJA TERCERA — ¡Nada!... ¡Nada!... ¡Todo es inútil!

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Benjelel!

BRUJA TERCERA — ¡Ja... ja... ja!... ¡Es inútil!... ¡No podrás!

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Gulabaín!

BRUJA PRIMERA — ¡Te romperás los ojos buscando! ¡Ja, ja, ja!

EL DOCTOR FAUSTO — *(Gritando, casi al borde de la desesperación.)* ¡Tienes que escucharme!... ¡Tienes que escucharme!... ¡Tazidor! ¡Esa es la palabra!... ¡Yo sé que esa es la palabra! ¡TA-ZI-DOR!

LAS TRES BRUJAS — *(En coro.)* ¡Nunca sabrás su nombre! ¡Nunca!... ¡Nunca¡... ¡Nunca!...

EL DOCTOR FAUSTO — *(Con alarido ronco.)* ¡Te convoco! ....¡Me escuchas! ¡Tu verdadero nombre es ZA-BU-LOR! ¡Ese es tu verdadero nombre! ¡No te escondas, ZA-BU-LOR!

Al escuchar ese nombre las brujas callan y comienzan a regresar al mundo subterráneo de donde habían venido.

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Maldito seas! ...¡Maldito seas, eternamente!... ¡ZA-BU-LOR¡... ¡Tienes que escucharme!

LA VOZ — *(Calma y sensual, saliendo de un lugar indefinido.)* ¡Soy el dueño del tiempo!... ¿Me llamabas?... ¡Soy el dueño del tiempo!... La eternidad es la ausencia del tiempo... La condición humana debe soportar el paso de los siglos, de los años, de los meses, de los días, de las horas, de los minutos, de los segundos... La memoria del tiempo es el castigo de la raza humana por su soberbia... Ni los animales, ni las plantas recuerdan más allá del instante... Tal vez la felicidad no sea otra cosa sino la ausencia de memoria... ¡Soy el dueño del tiempo! Ese es mi mayor atributo, la

esencia misma de mi poder... Puedo hacer que el ayer sea presente y que todos los mañanas se incluyan en el presente o en el ayer. Soy el único que puede escapar al yugo de la memoria porque mi eternidad está hecha con todos los presentes... Por eso soy eterno como es eterno mi rival.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Anhelante.)* ¡Si eres el dueño del tiempo, puedes hacer que yo vuelva a ser lo que fui! ¡Límpiame de arrugas mi cara! ¡Quítame la fatiga de mis huesos! ¡Devuélveme mi voz que ahora comienza a cascarse!... ¡Llena otra vez de energías mis brazos y mis piernas! ...¡Llena de aire nuevo mis pulmones!

LA VOZ — *(Con un toque de ironía:)*¡Para mí nada es imposible!

EL DOCTOR FAUSTO — *(Desafiante.)* ¡Entonces, prueba!

LA VOZ — ¿Qué me darás en cambio?

EL DOCTOR FAUSTO — Lo que quieras. Seré tu eterno servidor.

LA VOZ — ¿Mi eterno servidor? ¿Has dicho "mi eterno servidor"?

EL DOCTOR FAUSTO — He dicho: "tu eterno servidor".

LA VOZ — ¡Pero luego no puede haber arrepentimiento!

EL DOCTOR FAUSTO — He perdido mi vida entre estos frascos, libros y retortas. Ahora quiero vivir. ¡Quiero ser amado!... ¡Lo daré todo por el amor de esa mujer!

LA VOZ — ¡Serás amado!... ¡Pero los frutos serán amargos!

EL DOCTOR FAUSTO — No me importa. Lo daría todo por un solo día de amor y de felicidad junto a esa mujer.

LA VOZ — ¿Y vas a cambiar la eternidad por un solo día de amor?

EL DOCTOR FAUSTO — *(Gritando.)* ¡Lo quiero!

LA VOZ — ¡Entonces prepárate!

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Estoy listo!

LA VOZ — ¡Aproxímate a ese espejo de pie!

EL DOCTOR FAUSTO — Ya me he visto muchas veces en ese espejo. He contado todas las arrugas de mi cara. He visto mi espalda encorvada y mis manos endurecidas...

LA VOZ — ¡Aproxímate a ese espejo! ¡Pasarás a través de él y cuando regreses habrás desandado el camino de los años. ¿Tienes miedo?

EL DOCTOR FAUSTO — *(Arrogante.)* ¿Miedo, yo?

LA VOZ — *(Irónica.)* ¡Pero antes tienes que jurar que me servirás para siempre!

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Lo juro!

LA VOZ — *(Idem.)* ¡Más fuerte!

EL DOCTOR FAUSTO — *(Gritando.)* ¡Lo juro!

LA VOZ — Entonces, ¡aproxímate al espejo!

(El doctor Fausto se aproxima al espejo de pie, pero éste no refleja su figura.)

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Estoy listo!

LA VOZ — ¡Pasa a través del espejo! ¡Cuando regreses habrás hecho desandar el tiempo!

(El doctor Fausto vacila unos instantes.)

LA VOZ — ¿Tienes miedo?

EL DOCTOR FAUSTO — *(Tocado en su amor propio.)* ¡No!

Con decisión se aproxima al espejo y pasa a través de él perdiéndose en una bruma que se ve del otro lado. Antes y durante esta secuencia, la pantalla gigantesca, en el foro, mostrará imágenes donde las cosas del mundo pasarán a una velocidad increíble, pero al revés, como si hubieran sido tomadas con una cámara instalada en un proyectil que viaja a altísima velocidad. Cuando la niebla del otro lado del espejo se disipa, un joven apuesto regresa desde el fondo del espejo y lo atraviesa en sentido contrario. Luego se vuelve para mirarse; del otro lado aparece la figura de El Doctor

Fausto, pero viejo. Ambos, el doctor Fausto viejo y el Doctor Fausto joven se observan atentamente. Las figuras de ambos se reproducen en la pantalla gigante, multiplicadas y segmentadas como si fueran reflejadas por un enorme espejo quebrado en varios fragmentos. Luego la figura de El doctor Fausto se desvanece y sólo se refleja, del otro lado, la figura de el Doctor Fausto joven.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Siempre mirándose en el espejo.)* ¡Lo hice!... ¡Lo hice!

(La pantalla se apaga.)

LA VOZ — ¡Mírate bien en el espejo que ahora ha dejado de reflejar la figura del viejo doctor Fausto! ¡Ahora te verás tal como eres!

EL DOCTOR FAUSTO — *(Incrédulo.)* ¿Y ese soy yo?

LA VOZ — El mismo, pero con muchos años menos

(El doctor Fausto se palpa la cara con las manos; se mira de frente y luego de perfil.)

EL DOCTOR FAUSTO — *(Siempre dudando.)* ¿Soy yo?... ¿Soy yo?

LA VOZ — Si dudas puedes mirarte en otros espejos.

(El doctor Fausto corre hacia un armario y de una gaveta extrae un espejo de mano. Se contempla en él, largamente.)

EL DOCTOR FAUSTO — *(No pudiendo contener su alegría.)* ¡Soy yo!... ¡Soy yo!... ¡Pero soy yo cuando era estudiante en Nüremberg, hace poco más de cuarenta años!... He vuelto a ser joven! *(Mirando a un lado y otro.)* ¡Siento que la sangre corre por mis venas de una manera diferente!... ¡Cada vez que respiro es como si mi cuerpo se llenara de fuego!... *(Dirigiéndose al punto incierto desde donde provenía la voz.)* ¡Escúchame!... ¡Ahora debo pedirte algo más! *(Silencio.)* ¡Escúchame!... *(Gritando.)* ¡Escúchame!... ¡Escúchame!... ¡Escúchame!...

La escena se apaga lentamente.

TELÓN

SEGUNDO ACTO

Escena I

El organillero, luego personajes de la fiesta.

Parque de la ciudad en un día de fiesta. Se escucha una banda de música que toca una marcha militar, a lo lejos. Pasan vendedores ambulantes vendiendo sus mercancías: golosinas, juguetes, comidas, baratijas. Hay puestos de juegos diversos: tómbolas, ruletas verticales, tiro al blanco con flechas etc. Algunos niños saltan a la cuerda. Otros, juegan con sus aros.

El organillero entra en escena, toca su instrumento y canta:

EL ORGANILLERO — *(Cantando.)*
Recordad mi buena gente
esta historia verdadera:
el amor tiene su edad,
la edad de la primavera.
Hubo una vez un hombre
que buscaba la riqueza
y por ella se olvidó
de encontrar su compañera.
Cuando hizo su fortuna

fue a buscar una doncella
y encontró una joven pobre
y así se casó con ella.
La muchacha era muy joven
y él pasaba los setenta.
Con esto está dicho todo
y pasó lo que se espera.
Que el amor tiene su edad,
la edad de la primavera.

(Deja de tocar y cantar y se mezcla con el público.)

UNA SIRVIENTA — *(A un soldado.)* ¡Retírese, por favor, que me compromete!

EL SOLDADO — ¿Ya tiene novio?

LA SIRVIENTA — ¡Eso a usted no le interesa!

EL SOLDADO — ¡Claro que me interesa! ¡Quisiera ser su novio!

LA SIRVIENTA — ¡Vaya con las pretensiones! ¡No quiero amor de marinero ni de soldado!

EL SOLDADO — De marinero, entiendo. ¿Pero de soldado?...

LA SIRVIENTA — Los marineros tienen un amor en cada puerto, según dicen.

EL SOLDADO — ¡Y nosotros!

LA SIRVIENTA — ¡Los matan en la guerra! ¡Y yo no quiero ser viuda antes de casarme!

(La sirvienta huye y se reúne con sus amigas.)

UN ESTUDIANTE — ¡Vamos a Burgdorf!

OTRO ESTUDIANTE — ¿Para qué? ¿No ves que en esta fiesta hay muchas sirvientas?

UN ESTUDIANTE — ¿Y qué hay con eso? Estas tienen pretensiones de señoras.

OTRO ESTUDIANTE — Pero hay que saber cómo tratarlas.

UN ESTUDIANTE — Las de Burgdorf son más fáciles.

OTRO ESTUDIANTE — Pero el camino está lleno de barro y voy a arruinar mis zapatos. Mi padre me ha amenazado que no habrá de comprarme zapatos en dos años, de modo que tengo que cuidarlos bien.

(Los estudiantes se desbandan.)

UN BURGUÉS — Este año los impuestos se han vuelto insoportables.

OTRO BURGUÉS — La culpa la tiene este burgomaestre que tiene delirios de grandezas. ¡Habría que obligarlo a renunciar!

UN BURGUÉS — Pero, ¿cómo?

OTRO BURGUÉS — No sé cómo: yo no me meto en política. *(Ambos se confunden en la multitud.)*

Escena II

Margarita y sus amigas.

Margarita y sus amigas se aproximan al centro de la escena.

AMIGA PRIMERA — Entonces me tomó de la mano y me miró a los ojos...

AMIGA SEGUNDA — ¿Y qué te dijo?

AMIGA PRIMERA — Estuvo así un largo rato y luego... huyó, muerto de vergüenza.

MARGARITA — ¡Qué tonto!

AMIGA SEGUNDA — ¡Lo asustaste!

AMIGA PRIMERA — ¡No le hice nada! Solamente le sostuve la mirada.

AMIGA SEGUNDA — En estos casos, los hombres esperan que una mujer baje los ojos en señal de pudor.

MARGARITA — ... y de aceptación.

AMIGA PRIMERA — Es que la curiosidad me devoraba. Yo quería saber lo que él estaba sintiendo. Y si sentía lo mismo que yo sentía.

MARGARITA — Volverá...

AMIGA PRIMERA — Pero ya han pasado cinco días y no ha vuelto por la fuente, ni por el río, los dos lugares por donde sabía rondarme. Estoy muy angustiada y no sé qué hacer.

MARGARITA — Si te quiere de verdad volverá cuando se le pase el susto. Y si no vuelve, es señal de que no te quiere, que todo fue una simple aventura de muchacho. Un poco de curiosidad.

AMIGA PRIMERA — Sí, ¿pero, por qué se asustó? Yo no le hice nada.

MARGARITA — Tal vez lo asustó tu sinceridad. A veces las palabras no son necesarias. Se asustó al ver lo que decían tus miradas.

AMIGA PRIMERA — ¿Lo crees?

MARGARITA — Estoy segura.

AMIGA PRIMERA — *(Decepcionada.)* ¡Entonces, no volverá!

AMIGA SEGUNDA — Espera unos días más. No es el único hombre joven que hay en la ciudad.

AMIGA PRIMERA — *(Refunfuñando.)* ¡Pero yo estoy enamorada de él!

MARGARITA — Espéralo unos días más.

AMIGA PRIMERA — *(Angustiada.)* ¿Cuántos?...

MARGARITA — Una semana más. Si no aparece es porque no te quiere. Entonces, bórralo de tu corazón.

AMIGA PRIMERA — Es fácil decirlo...

AMIGA SEGUNDA — Si pasa una semana y no vuelve, coquetea con otros. Hay muchos para elegir. Tal vez dándole celos regrese.

MARGARITA — No hay como los celos para curar el miedo.

AMIGA PRIMERA — Pero no puedo fijarme en otro. Yo sólo pienso en él.

MARGARITA — Tonterías. Estás impresionada porque huyó. Me parece que no estás enamorada.

AMIGA SEGUNDA — Tiene razón Margarita. Para estar verdaderamente enamorada tienes que verlo muchas veces. Y él ni siquiera te ha dicho que está enamorado de ti, ni mucho menos te ha besado.

AMIGA PRIMERA — No tuvo tiempo *(A Margarita.)* ¿Tú crees que cuando a uno la besan recién se sabe si estás enamorada o no?

MARGARITA — Cuando te besan y sientes algo nuevo, algo desconocido o cuando te toman de la mano y sientes un estremecimiento que no has sentido nunca.

AMIGA PRIMERA — ¿Y cuántos pretendientes has tenido?

MARGARITA — Varios. Ayer, precisamente tuve que rechazar a uno.

AMIGA SEGUNDA — ¿Cómo era?

MARGARITA — De muy buena posición. Yo diría que tiene la posición más elevada de toda nuestra ciudad.

AMIGA PRIMERA — ¿Te besó? ¿Te tomó de la mano?

AMIGA SEGUNDA — ¿Entonces?

MARGARITA — Fue a pedir mi mano. Habló con mi padre.

AMIGA PRIMERA — ¿Y tu padre qué dijo?

MARGARITA — Consultó conmigo.

AMIGA SEGUNDA — ¿Y tu?

MARGARITA — ¡Le dije que no!

AMIGA PRIMERA — ¿Era rico?

MARGARITA — Así dicen.

AMIGA SEGUNDA — ¿Era joven? ¿Era buen mozo?

MARGARITA — *(Irónica.)* Tiene que haberlo sido en su juventud.

AMIGA PRIMERA — ¿Cómo?

MARGARITA — Me dobla o triplica en edad. Podría ser mi padre.

AMIGA SEGUNDA — ¿Un viejo?

MARGARITA — ¡Lo has descubierto! ¡Mereces un premio!

AMIGA PRIMERA — ¡Estás bromeando!

MARGARITA — Nada de eso. Todo es verdad. además, ya sé a quién pertenece mi corazón.

AMIGA SEGUNDA — ¡Te lo tenías guardado!

AMIGA PRIMERA — ¿Y ya te ha besado? ¿Qué sentiste cuando te besó?

MARGARITA — Cuando me tomó la mano... Porque todavía no me ha besado, aunque yo sé que lo hará en cualquier momento, en cuanto tengamos una oportunidad. Entonces sabré si realmente me quiere.

AMIGA SEGUNDA — ¿Pero, te ha dicho que te quiere, que está enamorado de ti?

MARGARITA — Me lo ha dado a entender.

AMIGA PRIMERA — ¿Y bajaste los ojos?

MARGARITA — Bajé los ojos. Como respuesta era suficiente. Ahora debo esperar. Cuando esté segura de que él me quiere de verdad, entonces hablaré y descubriré mi corazón.

AMIGA SEGUNDA — Muy bien dicho. Así se hace.

AMIGA PRIMERA — ¿Pero, tienes miedo?

MARGARITA — ¿Miedo? ¿De qué?

AMIGA PRIMERA — De perderlo...

MARGARITA — No. Pero cuando esté más segura de que él me quiere, hablaré...

(La amiga primera se detiene bruscamente y detiene a Margarita y a la amiga segunda.)

AMIGA PRIMERA — ¡Ahí está!... Ahí está de nuevo!

MARGARITA — ¿Quién?

AMIGA PRIMERA — ¡El perro!... ¡El perro negro que nos ha venido siguiendo!

MARGARITA — ¿Dónde?

AMIGA PRIMERA — ¡Donde comienza el bosque! ¡No me gusta nada!

AMIGA SEGUNDA — ¡Es un pobre perro vagabundo!

AMIGA PRIMERA — ¡No! ¡Presiento algo, que algo malo nos puede ocurrir! ¡Ahora nos mira fijamente!

MARGARITA — ¡Tranquilízate!

AMIGA SEGUNDA — Estás nerviosa por lo que te ha sucedido.

AMIGA PRIMERA — Nada de eso. Lo he visto varias veces cuando veníamos al parque. Unas veces aparecía delante de nosotras y otras veces por detrás, como si nos siguiera haciendo círculos.

MARGARITA — La superstición es un pecado.

AMIGA SEGUNDA — *(Tratando de hacer una broma forzada.)* Te tendrás que confesar.

AMIGA PRIMERA — Estoy segura de que nos ha seguido.

MARGARITA — Pero, ¿dónde está?

AMIGA PRIMERA — ¡Ahí! ¡Ahí!

AMIGA SEGUNDA — Yo no lo veo.

MARGARITA — Yo tampoco.

AMIGA PRIMERA — ¡Se ha ido!

AMIGA SEGUNDA — Todo ha sido una ilusión, producto de tus nervios.

(Margarita y sus amigas se retiran a un costado.)

Escena III

Cantantes y bailarines.

CORO — Bajo el tilo frondoso
las penas olvidemos.
La primavera viene
con su aire gozoso
Bebamos y bailemos
alegres por la vida.
Recuerden que, quizá,

mañana no estaremos,
UNA ENAMORADA — No creo que ninguna
mujer pueda dolerse como yo me duelo.
Enamorada alguna
sobre este triste suelo
puede encontrar su paz y su consuelo
¡Maldita desventura!
Aunque por fuera me veía tan bella,
sabed que mi ventura
arrastra su querella.
¡Oh, mundo doloroso y sin estrella!
CORO — Bajo el tilo frondoso
las penas olvidemos.
La primavera viene
con su aire gozoso.
Bebamos y bailemos
alegres por la vida.
¡Recuerden que, quizá,
mañana no estaremos!
UN ENAMORADO — Allá en edad temprana
alguien me amó con todo sentimiento
y tu ojos, oh lozana,
me dieron el contento.
Pero ese tiempo fuese con el viento.
Y yo, que me de mi encanto,
cuando ella lo pidió con mano amada
le di yo tanto y tanto
que abandonado
me veo ahora de su dulce amor privado.
CORO — Bajo el tilo frondoso
las penas olvidemos.
La primavera viene
con su aire gozoso.
Bebamos y bailemos

alegres por la vida.
¡Recuerden que, quizá,
mañana no estaremos!
OTRA ENAMORADA — ¡Oh, hermoso y bello amante
con quien gocé feliz la edad primera
si tu amor es constante,
escucha mi quimera
y pide al Ser Supremo esta postrera
merced en este instante;
que por otro, olvidarte yo no pueda
y tu llama constante
se avive con la espera
mientras subo a buscarte en las esferas.
CORO — Bajo el tilo frondoso
las penas olvidemos.
La primavera viene
con su aire gozoso.
¡Bebamos y bailemos,
alegres por la vida!
¡Recuerden que, quizá,
mañana no estaremos!
(Los cantantes y bailarines se retiran.)

Escena IV

El payaso y el público.

Hacia el foro se descubre un pequeño tablado cubierto por una cortina vieja y raída que hace las veces de telón. La cortina se abre apenas para dejar pasar al primer payaso quien anuncia el espectáculo:.

PRIMER PAYASO — ¡Señoras, señoritas y caballeros! En esta alegre fiesta, con la cual toda la ciudad celebra el día de su santo patrono, yo, "Pimpi", y mi compañero "Pamplina", le ofrecemos un acto titulado "El bañista que se

ahoga y su salvador". La obra ha sido aplaudida por los públicos de las más grandes ciudades de Europa. Si al finalizar el espectáculo ustedes se han divertido, yo y mi compañero pasaremos entre ustedes para solicitarle una ayuda, de acuerdo con las posibilidades y la generosidad de cada uno. Recuerden que los artistas debemos comer, vestirnos y dormir, es decir, pagarle al posadero.

Hace una reverencia y vuelve a esconderse detrás de la cortina. El público comienza a agolparse delante del tablado. La cortina se corre lentamente. El público aplaude. En el fondo del tablado hay un telón pintado que muestra un paisaje marino trazado en forma burda y primitiva.

Escena V

Pantomima de los dos payasos.

El primer payaso aparece en la escena del tablado. Se supone que está en una playa, a orillas del mar. Mira a un lado y otro para ver si hay gente. Luego se descalza y simula desvestirse. Siente escalofríos. Se aproxima al agua imaginaria y con la punta del pie prueba la temperatura del mar. Nuevos escalofríos. Se pasea de un lado al otro. Varias veces intenta arrojarse al agua pero a último momento se detiene. Corre hacia el fondo de la escena. Se detiene. Pareciera darse ánimo. Toma impulso para lanzarse al agua. Comienza la carrera pero al llegar a la supuesta orilla, que debe estar al borde del proscenio, detiene bruscamente su carrera, causando el espanto y la risa del público. Repite la operación unas dos o tres veces. Se marcha a otro rincón de la playa. Silbidos y abucheos del público. Al fin se lanza al "agua" y comienza a "nadar" lentamente. Simula hacer la plancha. Lentamente el agua lo va arrastrando mar adentro. De pronto se da cuenta que está lejos de la costa. Se siente fatigado y comienza a ahogarse. Una y otra vez sale a la

"superficie" y vuelve a hundirse. Cuando "emerge" pide auxilio con la mano.

Aparece en la "orilla" el segundo payaso. Escudriña el mar y advierte que su compañero se está ahogando. Se "desviste" rápidamente y luego se lanza al agua. Nada con vigorosas brazadas hacia el lugar en donde está el primer payaso que se ahoga. Cuando llega, el primer payaso cae desvanecido. El segundo payaso lo pone de espaldas y comienza a apretarle el vientre. El primer payaso lanza un chorro de agua que le moja la cara al segundo payaso.

Escena VI

Los mismos más el caballero, la vieja y la dama.

PRIMER PAYASO — *(A una señora.)* ¡Gracias, señora! *(La señora arroja una moneda dentro del bonete del payaso primero. Éste saca la moneda y la muerde para saber si no es falsa. Luego le hace una reverencia a la señora.)* ¡Gracias! ¡Muchas gracias, señora!

SEGUNDO PAYASO — *(A un caballero de edad, sordo.)* ¿Una contribución?

EL CABALLERO — *(Llevándose la trompetilla acústica a la oreja.)* ¿Cómo dice?

SEGUNDO PAYASO — *(Gritando más fuerte.)* ¡Le he dicho: "una contribución"!

EL CABALLERO — ¿Cómo?

SEGUNDO PAYASO — *(Gritando más fuerte.)* ¡¡Una contribución!!

EL CABALLERO — ¿Cómo?

El segundo payaso hace un gesto de desprecio y se aproxima a un muchacho. Éste le arroja en el bonete una moneda. El segundo payaso toma la moneda y la muerde. Al comprobar que es falsa corre detrás del muchacho para castigarlo, pero éste se pierde entre los asistentes a la fiesta.

PRIMER PAYASO — *(Aproximándose a una vieja.)* ¿Una contribución para los artistas, señora?

LA VIEJA — *(Grosera.)* No tengo dinero. ¡Soy pobre!

PRIMER PAYASO — *(A todos, gritando.)* ¿Quién tiene una moneda para darle a esta buena señora, así ella puede cumplir con nosotros?

Los payasos siguen pidiendo durante un rato. Luego desaparecen.

Escena VII

Margarita, sus amigas y el joven pretendiente.

Entra en escena un joven apuesto. Busca con la mirada y al ver a Margarita y a sus amigas se aproxima a ellas. Margarita se aparta de sus amigas.

EL JOVEN — *(A Margarita.)* Esta noche pasaré por su puerta. Le ruego que me espere.

MARGARITA — Todavía no estoy segura.

EL JOVEN — Usted me pidió un plazo y hoy se cumple.

MARGARITA — *(Falsamente ingenua.)* ¡No me había dado cuenta!

EL JOVEN — ¿Entonces?

MARGARITA — Creo que todavía no tengo una respuesta...

EL JOVEN — Yo estoy seguro de mis sentimientos. Y desde hace mucho tiempo.

MARGARITA — *(Irónica.)* ¡Feliz de usted!

EL JOVEN — Entonces, ¿esta noche?

MARGARITA — *(Con indiferencia fingida.)* Podría ser...

EL JOVEN — ¿Tiene algún problema? ¿Su padre acaso?...

MARGARITA — Mi padre algo sospecha...

EL JOVEN — Y usted, ¿se lo ha dicho?

MARGARITA — *(Fingiéndose casquivana.)* Ya se lo he dicho; cuando esté segura hablaré con mi padre...

EL JOVEN — *(Dramático.)* Entonces, ¿quiere decir que debo esperar aún más?

MARGARITA — Podría ser...

EL JOVEN — *(Angustiado.)* ¿Y cuánto tiempo?

MARGARITA — No sabría decírselo... pero presiento que no habrá de ser mucho tiempo.

EL JOVEN — *(Apasionado.)* ¡No me mienta!

MARGARITA — No sé mentir. Necesito un poco más de tiempo. Estoy indecisa...

EL JOVEN — *(Dramático.)* ¡Puedo llegar a desesperar!

MARGARITA — *(Riendo.)* No me diga...

EL JOVEN — Se lo aseguro. Podría volverme loco.

MARGARITA — *(Irónica.)* No le quedaría bien...

EL JOVEN — Es usted cruel. Está jugando conmigo...

MARGARITA — Precisamente, porque lo estimo y no quiero jugar con usted es que necesito estar segura de mis sentimientos.

EL JOVEN — *(Nuevamente dramático.)* ¿Hasta cuándo?...

MARGARITA — *(Misteriosa.)* Y... el tiempo lo dirá...

EL JOVEN — No puedo esperar más. Usted lo sabe. Soy un hombre honrado, de buena posición. *(Resuelto.)* Hablaré con su padre.

MARGARITA — *(Fingiendo firmeza.)* ¡No se atreva o todo habrá terminado!

EL JOVEN — Entonces, ¿por qué esperar tanto?

MARGARITA — Ya se lo dije...

EL JOVEN — ¿Hay otro hombre?...

MARGARITA — No hay nadie. No se imagine cosas. Además, la gente celosa me disgusta.

EL JOVEN — Usted es la causante de los celos. Me ha dado esperanzas...

MARGARITA — No puedo negarlo.

EL JOVEN — ¿He cometido alguna falta?

MARGARITA — Ninguna. Debo reconocer que siempre se ha comportado correctamente.

EL JOVEN — ¿Entonces?

MARGARITA — *(Un poco molesta.)* Le repito que ya se lo he dicho...

EL JOVEN — ¿Puedo verla esta noche en el jardín de su casa?

MARGARITA — Cuando mis padres se hayan acostado, pasada la medianoche y por muy poco tiempo.

EL JOVEN — Entonces, estaré no bien el reloj haya dado las doce campanadas.

MARGARITA — ¡Ahora, váyase! Se lo ruego. No quiero que mi padre se entere de lo nuestro antes de que se lo haya dicho.

EL JOVEN — *(Resignado.)* ¡Está bien! ¡Está bien!

El joven se retira. Margarita vuelve con sus amigas.

Escena VIII

Los mismos más el doctor Fausto.

Entra en escena el Doctor Fausto. Se dirige hacia el grupo donde está Margarita. Ésta, al verlo, se aparta de sus amigas y se dirige hacia él como hechizada. El doctor Fausto y Margarita se miran a los ojos un largo rato. La fiesta se desvanece, como así también el bullicio y la música. En las sombras, los otros personajes quedan inmóviles como si algo mágico hubiera congelado sus actitudes y ademanes. En la pantalla gigante, instalada en el foro, se suceden imágenes de nubes de tormenta. El Doctor Fausto toma a Margarita en sus brazos y la besa apasionadamente. Margarita se abandona en los brazos del seductor.

Escena IX

Los mismos, más el joven pretendiente

Desde lejos, el joven ha visto la escena y corre hacia Margarita y el doctor Fausto.

EL JOVEN — *(Aproximándose a Margarita y gritándole.)* ¡Perjura!... ¡Traidora!...

(Las luces se encienden y todos los participantes de la fiesta recobran sus movimientos. El doctor Fausto se aparta y desenvaina su espada.)

EL DOCTOR FAUSTO — *(A el joven.)* ¡Usted ha insultado a esta dama! *(Se quita un guante y con él abofetea al joven. Éste, a su vez, desenvaina su espada. Exclamaciones y murmullos de sorpresa y alarma entre los concurrentes a la fiesta.)*

EL JOVEN — *(A el doctor Fausto.)* ¡Usted es un canalla! ¡En guardia!

EL DOCTOR FAUSTO — *(Desenvainando su espada.)* ¡En guardia!

La gente se aparta para dar lugar a los duelistas. Las amigas de Margarita rodean a ésta que mira todo como en trance. El joven ataca al Doctor Fausto con su espada y éste para el golpe atacando a su vez. Después de un primer momento de fintas, el duelo se desarrolla cada vez con mayor violencia. En un momento dado el joven ataca a fondo y atraviesa con su espada a el Doctor Fausto. Gritos de terror entre la multitud que rodea a los duelistas. El joven retira su espada del cuerpo de el doctor Fausto pero éste se mantiene en pie. De inmediato vuelve al ataque ante la sorpresa de el joven quien no atina a defenderse. El doctor Fausto lo acorrala y lo hiere de muerte. Margarita corre y se arroja en brazos de el doctor Fausto. éste la toma de la mano y ambos huyen de la escena. Se escucha un silbato y los guardias irrumpen en la escena.

Escena X

Los guardias y los vecinos.

UNO DE LOS GUARDIAS — ¿Qué pasó?

UN VECINO — Hubo un duelo.

UN SEGUNDO GUARDIA — *(Luego de revisar a el joven.)* ¡Señor, este hombre está muerto!

EL PRIMER GUARDIA — *(A los participantes de la fiesta.)* ¿Quién fue?

OTRO VECINO — ¡No sabemos, señor!

UN TERCER VECINO — No era de esta ciudad, señor. Era un desconocido.

EL PRIMER GUARDIA — ¿Y por qué fue el duelo?

EL PRIMER VECINO — Por cuestiones pasionales, supongo.

UNA COMADRE — Margarita, la hija de Hans, el mercader de paños, era cortejada por el muerto. Pero llegó el desconocido y ella, sin pudor, se arrojó en brazos del desconocido y lo besó.

OTRA COMADRE — El joven, que ahora está muerto, retó a duelo al desconocido.

LA PRIMERA COMADRE — Pero antes de morir, este joven hirió el extranjero. Lo atravesó con su espada.

UN VECINO — Pero el hombre no cayó al suelo. Por el contrario: siguió el duelo.

UNA VECINA — Fue una cosa diabólica. El desconocido debió haber muerto pero, en cambio, atravesó al joven con su espada.

EL GUARDIA — *(A la vecina.)* ¿Usted dice que el desconocido fue herido de muerte?

VARIOS — *(A la vez.)* ¡Lo hemos visto todos!... ¡Ni siquiera sangró!... ¡Aunque estaba herido!... ¡Yo vi cómo lo atravesaron con la espada!

OTRA VECINA — ¡Cuando el joven, que acaba de

morir, lo atravesó con su espada, el desconocido no hizo ni un gesto de dolor! ¡Como si el acero no lo hubiera tocado!

EL GUARDIA — No puede ser. Tendremos que investigar.

LA VECINA —Se lo aseguro, señor guardia. Lo vi con mis propios ojos. Yo estaba muy cerca. Ni siquiera sangró cuando fue atravesado por la espada. Busque: no hay rastros de sangre. Salvo, claro está, la sangre de la víctima.

OTRA VECINA — La señora Schultz dice la verdad. Todos lo hemos visto. Creo que fue cosa del demonio. *(Se santigua.)*

EL GUARDIA — *(Encolerizado.)* ¡Qué cosas del demonio, ni que pamplinas! Aquí hay un muerto y si, como ustedes dicen, el matador huyó herido, no irá muy lejos.

UNA VECINA — Se llevó consigo a Margarita, la hija del mercader Hans.

EL GUARDIA — ¿Por dónde fueron?

UN VECINO — *(Señalando.)* ¡Por ahí, en dirección al bosque!...

EL GUARDIA — ¡Pediremos refuerzos! *(A sus compañeros.)* ¡Vamos! *(A la gente.)* Y ustedes permanezcan aquí hasta que regresemos con el señor comandante... ¡Y cúbranle la cara al muerto, con un pañuelo, o con lo que sea!

Los guardias se marchan.

TELÓN

TERCER ACTO

Escena I
El Posadero.

Interior de una posada. Al levantarse el telón, el Posadero limpia las mesas y acomoda las sillas. Afuera sopla un fuerte viento. Es de noche. En la puerta de entrada se escuchan fuertes golpes.

EL POSADERO — ¡Ya voy! ... ¡Ya voy! ... *(Para sí.)* ¿Quién será en esta noche de perros? Seguramente un viajero extraviado. *(Nuevos golpes.)* ¡He dicho que ya voy! *(Para sí.)* ¡Debe estar muerto de frío, de hambre.... y de sed!

Escena II
El Posadero, Margarita y el doctor Fausto.

El Posadero abre la puerta por donde se cuela un viento rabioso. Entran en escena El Doctor Fausto y Margarita. Esta última cubre su cara con un velo.

EL DOCTOR FAUSTO — Necesito una habitación por esta noche. Mañana, muy de madrugada, cuando cese el viento, nos marcharemos. ¿Tiene usted una habitación?

EL POSADERO — Hay una disponible. Son diez escudos. *(El Doctor Fausto saca de su traje una bolsa de terciopelo y se la alcanza.)*

EL DOCTOR FAUSTO — Aquí hay una más de lo que usted me pide. Todo será suyo pero con una condición.

EL POSADERO — ¡Usted dirá, señor! ¡Usted dirá!....

EL DOCTOR FAUSTO — Usted no nos ha visto llegar, no nos ha alojado en su posada. ¿Entendido?

EL POSADERO — *(Abriendo la bolsa de terciopelo.)* Pero no quiero compromisos. Usted sabe... *(Termina de abrir la bolsa de terciopelo y al ver el contenido exclama.)* ¡Dios mío! ¡Es toda una fortuna! ¡Más de lo que puedo ganar en todo un año!..

EL DOCTOR FAUSTO — Todo será suyo, pero siempre y cuando guarde silencio. Usted no nos ha visto.

EL POSADERO — Soy totalmente ciego. Y por esta fortuna hasta mudo y sordo *(Guarda la bolsa y se restriega las manos.)* Tengo una pieza ideal para ustedes. Es la pieza que reservo siempre para los recién casados.

EL DOCTOR FAUSTO — No me importa si la ha reservado para los recién casados o no. Quiero que sea amplia y, sobre todo, limpia. Pasaremos la noche.

EL POSADERO — ¿Con su esposa?

EL DOCTOR FAUSTO — *(Con rabia.)* ¡Eso a usted no le interesa!

EL POSADERO — *(Falsamente servil y con cierta complicidad.)* Comprendo, señor. Comprendo. Como usted diga. Yo estoy para eso, para servir a los clientes. Ahora quiero revisar si todo está en orden en la pieza que hace un mes fue ocupada por una pareja de recién casados: el hijo de Franz y la hija de Isabel. Pasaron la noche aquí, su primera noche. Quedaron encantados con la habitación.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Cortándole el discurso.)* Necesito la pieza. Nada más. Que sea limpia. Y, sobre todo, que usted guarde silencio. ¿Entendido?

EL POSADERO — Seré una roca, señor. *(Hace una reverencia y se retira.)*

Escena III
Margarita y el Doctor Fausto

Lentamente el Doctor Fausto le quita el velo a Margarita y la besa largamente en la boca.

MARGARITA — *(Desprendiéndose de los brazos del Doctor Fausto.)* ¡Te he esperado desde hace mucho tiempo! Desde que era niña he soñado contigo.

EL DOCTOR FAUSTO — Yo también. Te he visto crecer.

MARGARITA — *(Extrañada.)* ¿Cómo? ¿Vivías en esta ciudad?

EL DOCTOR FAUSTO — No. Vivía en un pueblo cercano a esta ciudad. Siempre veníamos a la feria con mi padre. La primera vez que te vi eras una niña, pero ya tenías esas largas trenzas doradas con las cuales he soñado todos estos años.

MARGARITA — ¿Y yo, te he visto?

EL DOCTOR FAUSTO — Quizá. Pero yo era un muchacho insignificante.

MARGARITA — ¿Y a qué venías a la feria de nuestra ciudad con tu padre?

EL DOCTOR FAUSTO — A vender algunos animales y a comprar las cosas que hacían falta en nuestra granja.

MARGARITA — ¡Qué extraño! No recuerdo haberte visto. Pero presentía que alguna vez habrías de llegar. Tu voz me dice algo. Yo he escuchado tu voz en alguna parte.

EL DOCTOR FAUSTO — Nunca te he hablado. Cuando niño siempre fui tímido. Y cuando te veía, mi timidez se acentuaba. Entonces me escondía para que no me vieras.

MARGARITA — *(Cada vez más intrigada.)* Sin embargo, yo diría que hace muy pocos días he escuchado tu voz... y en casa de mis padres.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Molesto.)* Nunca estuve en

casa de tus padres, ¿Además, qué iba a hacer en casa de tus padres?

MARGARITA — *(Confusa.)* ¡No sé!... ¡No sé!...

EL DOCTOR FAUSTO — Después dejé de venir a esta ciudad. Mi padre me envió a estudiar al extranjero. Quería que yo fuera médico. Pero a la muerte de mi padre abandoné mis estudios. Regresé hace pocos meses. Durante todo ese tiempo en que estuve afuera, tu imagen no me abandonó; algo me decía que iba a volver a encontrarte.

MARGARITA — *(Como embriagada.)* ¡Tu voz!... ¡Tu voz!... me parece haber esperado toda mi vida para poder escuchar tu voz de nuevo.

EL DOCTOR FAUSTO — Y yo esperé toda mi vida para tenerte en mis brazos como esta noche.

MARGARITA — No me importa lo que pueda pasar después de esta noche.

EL DOCTOR FAUSTO — A la madrugada seguiremos viaje. Cruzaremos la frontera y estaremos a salvo.

MARGARITA — *(Abrazándolo con fuerza.)* En tus brazos estaré siempre a salvo. Ese es el territorio más seguro.

Escena IV

Los mismos más el Posadero.

Se escuchan fuertes golpes en la puerta de entrada. El Posadero acude rápidamente.

EL DOCTOR FAUSTO — ¡Rápido, tenemos que escondernos!

EL POSADERO — Tengo un lugar seguro. Nadie lo conoce, salvo yo. *(Retira una mesa y abre una trampa que hay en el piso. A El Doctor Fausto y Margarita.)* ¡Vengan! ¡Rápido! *(Margarita se baja el velo y desciende al sótano junto con El Doctor Fausto. Nuevos golpes en la puerta de entrada.)*

EL POSADERO — ¡Ya voy!... ¡Ya voy!... Se ve que el frío y el viento me traen nuevos clientes ¿Quién podrá ser a estas horas sino viajeros muertos de hambre y de frío?

Escena V

El Posadero y los Gendarme.

El Posadero abre la puerta. Al interior de la posada penetran el Jefe de los Gendarmes y varios de sus hombres.

EL JEFE DE LOS GENDARMES — ¡Que noche de perros!

EL POSADERO — ¡Efectivamente, señor!

EL JEFE DE LOS GENDARMES — Venimos en busca de un hombre joven y de una muchacha.

EL POSADERO — Con esta noche no creo que nadie se atreva a echarse a los caminos.

EL JEFE DE LOS GENDARMES — Precisamente, con esta noche de perros sólo los desesperados pueden atreverse a huir por los caminos.

EL POSADERO — No entiendo, señor.

EL JEFE DE LOS GENDARMES — Buscamos a esos dos. El joven dio muerte a otro hombre en un duelo y secuestró a la muchacha.

EL POSADERO — Desde que comenzó la tormenta por aquí no ha pasado nadie.

EL JEFE DE LOS GENDARMES — ¿Estás seguro?

EL POSADERO — En toda la posada no hay un alma, salvo la mía, señor. *(Servicial y tratando de cambiar la conversación.)* Hace frío. ¿Un buen vaso de aguardiente, no les vendría mal a ustedes y a sus hombres? Es una gentileza de la casa.

UNO DE LOS GENDARMES — *(Al jefe.)* ¡No estaría mal, jefe!

EL JEFE DE LOS GENDARMES — ¡Silencio! Tenemos apuro. Los fugitivos no tardarán en alcanzar la frontera.

OTRO DE LOS GENDARMES — Con esta tormenta. Lo más seguro es que han buscado refugio en alguna de las granjas de la vecindad.

EL PRIMER GENDARME — Con este viento y esta nevisca no pretenderá encontrarlos, señor.

EL OTRO GENDARME — Yo que usted esperaría a que pase el viento y la nieve. Después de la nevada no podrán ir muy lejos. Además, las huellas se harán más visibles aun cuando hayan dejado el camino real.

EL JEFE DE LOS GENDARMES — *(Luego de pensar un rato.)* ¡Está bien!... Está bien!... Venga ese vaso de aguardiente... Pero como soy un poco desconfiado, uno de mis hombres revisará las habitaciones interiores de la posada. *(A uno de los Gendarmes.)* ¡Conrad: revisa el interior de la posada!

EL GENDARME — ¡Como usted mande, jefe! *(Sale.)*

EL POSADERO — *(Detrás del mostrador, sirviendo los vasos de aguardiente.)* ¿Conocen la identidad del asesino?

EL JEFE DE LOS GENDARMES — Según me dijeron los vecinos que asistían a la fiesta, es un hombre no mayor de treinta años, muy apuesto.

EL POSADERO — ¿Era de la ciudad?

EL JEFE DE LOS GENDARMES — No era de la ciudad. Nadie lo había visto antes. Posiblemente vino atraído por la fiesta.

UNO DE LOS GENDARMES — Aunque, según me parece, no era la primera vez que venía a la ciudad dado que se entendía con la hija del mercader Hans.

EL POSADERO — ¿Y hay recompensa por su captura?

EL JEFE DE LOS GENDARMES — El padre de la muchacha ha ofrecido diez escudos de oro por la hija. No le importa el destino que pueda correr el secuestrador.

EL POSADERO — Seguro que si lo capturan irá a parar a la horca.

UNO DE LOS GENDARMES — Pero si encontramos a la muchacha encontraremos al asesino. Y si encontramos al asesino, encontraremos a la muchacha.

EL JEFE DE LOS GENDARMES — Según se dice, el asesino y secuestrador de la muchacha huye herido.

OTRO DE LOS GENDARMES — Por eso el alcalde ha prevenido a todos los médicos de la región para que avisen en caso de que un joven herido trate de hacerse curar.

EL POSADERO — ¡Si es así, no irá lejos!

EL JEFE DE LOS GENDARMES — La gente comienza a fabular. Dice que el joven que se batió a duelo con el fugitivo, antes de morir, lo atravesó con su espada y que el asesino no cayó muerto. Por el contrario, continuó con el duelo hasta que al fin mató a su contrincante.

UNO DE LOS GENDARMES — Hasta se habla de que el asesino tiene un pacto con el diablo. Y por esa razón no murió.

EL POSADERO — La gente siempre fabula. *(A El Jefe de los Gendarmes.)* ¿Otra vuelta de aguardiente, señor?

(El Gendarme, que fue enviado de inspección, regresa.)

EL GENDARME — He revisado todas las habitaciones, señor, y no hay nadie. Seguro que se han refugiado en alguna de las granjas de la vecindad.

EL POSADERO — *(Insistiendo.)* ¿Otra vuelta de aguardiente, señor?

EL JEFE DE LOS GENDARMES — ¿Por qué no, jefe? ¡Afuera el viento esta arreciando!

OTRO DE LOS GENDARMES — Esperemos a que amaine un poco.

OTRO DE LOS GENDARMES — De todos modos, los fugitivos no podrán ir muy lejos. Y si huyen después que haya pasado la tormenta, la nieve fresca retendrá sus huellas.

EL PRIMER GENDARME — Además, este frío me ha dado sed.

EL POSADERO — Entonces otra vuelta. *(Va hacia el mostrador.)*

UNO DE LOS GENDARMES — Me parece que tendremos que pasar la noche en esta posada.

EL JEFE DE LOS GENDARMES — No. Tenemos que seguir nuestro camino. Recuerden que el padre de la muchacha ofrece diez escudos de oros a quien le devuelva la hija. *(El Posadero vuelve con la botella y la deja sobre la mesa.)*

EL POSADERO — Les dejo la botella. Sírvanse a gusto. ¡La casa paga !

UNO DE LOS GENDARMES — *(Llenando su vaso.)* Con un poco de aguardiente la espera no será tan penosa.

OTRO DE LOS GENDARMES — *(Apoderándose de la botella.)* ¡Ni el frío! *(A El Jefe de los Gendarmes.)* ¿Le lleno el vaso, señor?

EL JEFE DE LOS GENDARMES — ¡Llénalo!

OTRO DE LOS GENDARMES — ¡Diez escudos de oro! ¡Es mucho dinero!

OTRO DE LOS GENDARMES — ¡Puede alcanzar para comprarte una casa!

UN TERCER GENDARME — ¡O para pasar un año sin trabajar!

OTRO DE LOS GENDARMES — Si yo tuviera los diez escudos, viajaría. Me gustaría conocer lugares lejanos de los cuales siempre he oído hablar.

OTRO DE LOS GENDARMES — *(A El Jefe de los Gendarmes.)* Y usted, jefe, ¿qué haría?

EL JEFE DE LOS GENDARMES — Nunca vendo la piel del oso antes de cazar al animal. *(Pausa. Los Gendarmes siguen bebiendo. En algunos de ellos se advierten signos de ebriedad.)*

UNO DE LOS GENDARMES — Podríamos jugar a las cartas, así matamos el tiempo.

UN SEGUNDO GENDARME — *(Al Posadero.)* ¡Posadero, traiga un mazo de cartas!

EL POSADERO — ¡Lo siento, señor! ¡Pero no tengo!

UNO DE LOS GENDARMES — ¿Cómo? ¿En una posada no hay un mazo de cartas?

EL POSADERO — Había. Pero resulta que uno de los viajeros, se llevó el único que tenía.

OTRO DE LOS GENDARMES — ¿Y dados?

EL POSADERO — ¡Tampoco tengo, señor!

UN TERCER GENDARME — *(Al que tiene la botella.)* No te tomes todo el aguardiente. ¡Dame un poco, no seas egoísta!

EL PRIMER GENDARME — ¡Aquí tienes la botella! ¡Aquí tienes la botella!

OTRO DE LOS GENDARMES — ¡Pero está casi vacía!

EL POSADERO — Bajaré otra del estante. No se hagan problemas.

EL JEFE DE LOS GENDARMES — Es demasiado. No queremos abusar de tu hospitalidad.

EL POSADERO — Es poca retribución. Gracias a ustedes nos vemos libres de bandidos y salteadores. *(Servil.)* Ustedes siempre se están jugando la vida.

UNO DE LOS GENDARMES — ¡Venga esa botella prometida!

EL POSADERO — ¡De inmediato! *(Va hacia el mostrador y de uno de los estantes baja otra botella de aguardiente.)*

UN TERCER GENDARME — Dado que no hay ni cartas ni dados para entretenernos, ¿por qué no cantamos un poco?

OTRO DE LOS GENDARMES — La canción de "La linda Elena".

EL JEFE DE LOS GENDARMES — ¡Esa, no! ¡Ya me tiene aburrido!

EL SEGUNDO GENDARME — Mejor, la canción de "La pobre ladilla".

EL TERCER GENDARME — ¡Esa!

TODOS — ¡Esa! ¡Esa! ¡Esa!

UNO DE LOS GENDARMES — *(Comenzando a cantar.)*

Cantemos la historia
de una ladilla,
ni flaca, ni gorda
y un poco chiquilla.
Con pelos y mugre
hizo su casilla
y su vida era
una maravilla.

LOS GENDARMES — *(A coro.)*

¡Qué linda, que grande
la buena ladilla!

EL GENDARME — Como era prudente
no hacía cosquillas,
ni picaba fuerte
en ciertas orillas.
Y cuando su dueña
se mudó de villa,
se llevó consigo
su linda sombrilla.

LOS GENDARMES — *(A coro.)*

¡Que linda, que linda,
la buena ladilla!

EL GENDARME — Mas llegó el verano
y el calor que humilla
obligó a su dueña
a lavar su quilla:
ahogada y rabiosa,
rota una costilla
se fue con el agua
por la rejilla.

LOS GENDARMES — *(A coro.)*

¡Qué pobre, qué triste
la buena ladilla!

EL GENDARME — ¡Nadando, nadando
se agarró a una silla
y esperó paciente,
la pilla, muy pilla.
Y cuando una gorda
posó su conchilla,
casi moribunda
dejó su semilla.

LOS GENDARMES — *(A gritos.)* "Moraleja: ¡El amor nunca muere!" *(Risotadas, gritos, De pronto, a lo lejos, se escucha el aullido de un perro.)*

EL JEFE DE LOS GENDARMES — ¡Mierda! ¡Ahí está ese perro que nos ha venido siguiendo durante todo el camino!

UNO DE LOS GENDARMES — Por su pelaje parece un perro cruzado con lobo.

EL POSADERO — Por esta región no hay lobos. Hace un siglo que han desaparecido. Fueron batidos por gente de todas las aldeas cuando una manada dio muerte a la hija pequeña de uno de los burgomaestres.

UNO DE LOS GENDARMES — Sin embargo, ese perro negro nos ha venido siguiendo durante todo el camino.

OTRO DE LOS GENDARMES — A veces se nos aparecía adelante.

EL JEFE DE LOS GENDARMES — Otras veces surgía de un costado, como si se hubiera agazapado en los matorrales que hay a la orilla del camino.

UN TERCER GENDARME — Una vez que me volví observé cómo nos seguía. Siempre conservaba la distancia. Por la noche, sus ojos brillaban como dos brazas en la oscuridad.

EL POSADERO — Puede ser un perro pastor amaestrado para defender a su rebaño de los ladrones porque, últimamente, han robado muchas ovejas de las granjas.

UNO DE LOS GENDARMES — A mí me parece que nos observa esperando la oportunidad para atacarnos.

EL JEFE DE LOS GENDARMES — *(Aguzando el oído.)* La tormenta ha cesado. No debemos esperar más *(A los Gendarmes.)* ¡Apróntense! *(Los Gendarmes obedecen. Al Posadero.)* ¡Gracias por tu hospitalidad y, sobre todo, por tu aguardiente! Recuerda que el padre de la muchacha ofrece diez escudos de oro a quien le devuelva la hija. ¡Pero, cuidado: el joven que va con ella maneja muy bien la espada!

EL POSADERO — Si me entero de algo, les avisaré, señor. *(El Posadero acompaña a los Gendarmes hasta la puerta de entrada.)*

EL JEFE DE LOS GENDARMES — ¡Buenas noches, y gracias una vez más!

EL POSADERO — ¡Buenas noches, señor jefe! ¡Aunque lo de "buenas noches" es tan solo un decir!... *(Salen los Gendarmes.)*

Escena VI

El Posadero, Margarita y el Doctor Fausto.

Luego de que los Gendarmes se marchan, el Posadero aguarda unos instantes. Después corre la mesa y levanta la tapa del sótano.

EL POSADERO — Ya pueden salir. Se marcharon. Están despistados. Con toda seguridad la tormenta ha borrado las huellas de ustedes en la nieve. A la madrugada les será más fácil ganar la frontera.

MARGARITA — Escuché que mi padre ofrece diez monedas de oro a quien le dé noticias de mi paradero.

EL POSADERO — *(Cubriéndose de cualquier*

sospecha.) No tema. Lo que su esposo me ha dado representa cien veces la recompensa de su padre. Ahora pueden subir a la habitación, que ya está lista. ¿Antes de acostarse, no quisieran comer algo?

EL DOCTOR FAUSTO — Hemos comido por el camino. En una granja, donde hicimos alto antes de que se desencadenara la tormenta.

EL POSADERO — *(Alcanzándole al Doctor Fausto una lámpara de mano.)* Suban las escaleras. su pieza es la última al final del pasillo. *(El Doctor Fausto toma la lámpara, rodea con su brazo el talle de Margarita y ambos salen de escena. El Posadero queda solo unos instantes.)*

EL POSADERO — *(Para sí.)* ¡Diez monedas de oro! ¡Diez monedas de oro! No es mucho comparado con lo que ellos me dieron. Pero tampoco es despreciable.

Escena VII

El Posadero y El Enviado.

La puerta de entrada se abre lentamente y penetra en escena El Enviado casi sin hacer ruido. El Posadero se vuelve y ahoga en un grito.

EL POSADERO — ¿Quién es usted?

EL ENVIADO — Busco al doctor Fausto.

EL POSADERO — *(De mala gana.)* Aquí no se aloja ningún doctor Fausto.

EL ENVIADO — *(Tranquilo pero firme.)* Yo sé que aquí se aloja. ¡Llámelo!

EL POSADERO — *(Molesto.)* ¡Le repito que aquí no se aloja ningún doctor Fausto!

EL ENVIADO — Es un joven distinguido y viene acompañado de una joven hermosa. Tengo que darle un mensaje urgente.

EL POSADERO — *(Irritado.)* Le repito una vez más que

aquí no se encuentra ningún joven distinguido acompañado por ninguna joven, ni hermosa ni fea.

EL ENVIADO — *(Mirándolo dulcemente.)* Debo darle un mensaje urgente. Algo que para él es de sumo interés.

EL POSADERO — ¡No quiero tener problemas con los gendarmes!

EL ENVIADO — ¡No los tendrá! *(Saca de su gabán una bolsita de terciopelo.)* Además, quien me envía le mandó esto para usted. *(El Posadero toma la bolsita con desconfianza, la abre y mira adentro.).*

EL POSADERO — *(Sorprendido.)* ¡Caramba! ¡Cuantos escudos de oro! *(A El Enviado.)* ¿Y usted dice que todas estas monedas son para mi?

EL ENVIADO — Si usted llama al doctor Fausto.

EL POSADERO — *(Presuroso y servil.)* ¡Como usted mande, señor!

Escena VIII

El Enviado, solo.

El Posadero se retira. El Enviado recorre la escena, observa el ambiente y las cosas. Sonríe. Luego de unos instantes regresa el Posadero.

Escena IX

El Enviado y el Posadero.

EL POSADERO — ¡El doctor Fausto vendrá en seguida. *(Pausa.)* ¿Algo más, señor?

EL ENVIADO — Nada más. La bolsita es tuya. Puedes quedarte con ella. Ahora déjanos solos.

EL POSADERO — ¡Como usted mande, señor! *(Se retira.)*

Escena X

El Enviado y el Doctor Fausto.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Entrando en escena.)* ¿Me buscaba usted?

EL ENVIADO — Sí, lo buscaba.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Y para qué? ¿Quién lo envía?

EL ENVIADO — No tema. Los gendarmes están lejos. Yo me he encargado de despistarlos.

EL DOCTOR FAUSTO — Pero, ¿quién es usted? ¿Quién lo manda?

EL ENVIADO — Le traigo un mensaje. Usted bien sabe de quién es el mensaje.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Nervioso.)* ¿Qué yo sé? No soy adivino.

EL ENVIADO — Quien me manda y que usted ha jurado servir para siempre, me envía para decirle que el término se ha cumplido.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Cómo? ¡Si fue ayer, tan sólo! ¡No puede ser! ¡Usted bromea!

EL ENVIADO — Lo que usted cree que fue ayer pasó hace ya mucho tiempo.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Pero, quién es usted?

EL ENVIADO — Ya se lo dije. Quien me manda le dice que el término se ha cumplido.

EL DOCTOR FAUSTO — ¿Y cómo sabe usted todo eso?

EL ENVIADO — Tiene que creerme.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Rabioso.)* Todo esto es una broma de mal gusto. Hace dos noches hablé con su amo...

EL ENVIADO — Le repito que lo que usted cree que son dos noches, en realidad son muchísimos años. Recuerde lo que él le dijo cuando se presentó. "Soy el dueño del tiempo".

EL DOCTOR FAUSTO — *(Desesperado.)* ¡No puede ser! ¡No puede ser!

EL ENVIADO — *(Con tranquilidad y dulzura, como si quisiera calmarlo.)* Pero, fatalmente, es así.

EL DOCTOR FAUSTO — ¡No puede ser!... Y usted, ¿cómo lo supo?

EL ENVIADO — Lo sé todo. Además le puedo probar que las cosas son como se las he dicho. Llame a Margarita.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Con rabia.)* No quiero que ella se mezcle en estas cosas.Nada sabe. Ignora que el viejo doctor Fausto, a quien ella rechazó, soy yo, bajo esta nueva piel.

EL ENVIADO — *(Con firmeza pero con cierta dulzura.)* Es absolutamente necesario que ella venga. Será la prueba de que no han transcurrido dos noches desde la entrevista que usted tuvo con quien me envía, sino que el tiempo que ha pasado es mucho mayor.

EL DOCTOR FAUSTO — *(Comenzando a aterrorizarse.)* ¡No!... ¡No es posible!...

EL ENVIADO — ¿La llama usted o la llamo yo?

EL DOCTOR FAUSTO — *(Gritando desesperado porque intuye algo siniestro.)* ¡No!... ¡No!... ¡No!...

Escena XI

Los mismos, más Margarita

Silencio. El Enviado mira fijamente hacia la puerta que lleva a las habitaciones interiores de la posada. Luego de unos instantes ésta se abre y aparece Margarita. Está velada.

MARGARITA — ¿Quién me llamaba?

EL DOCTOR FAUSTO — *(Gritando.)* ¡No! ¡Vete! ¡No quiero verte mezclada en todo esto! *(Margarita se queda paralizada. El Enviado se aproxima lentamente. La toma de la mano y la conduce al centro de la escena. Luego le quita el velo. El lugar del rostro de Margarita aparece el de una vieja decrépita y horrible.)*

EL ENVIADO — *(A el Doctor Fausto.)* ¿Me crees ahora?

EL DOCTOR FAUSTO — ¡No! ¡No puede ser!

EL ENVIADO — *(Intenta marcharse.)* ¡El plazo se ha cumplido!

EL DOCTOR FAUSTO — *(Desesperado ante la evidencia.)* ¡Espere!... ¡No me abandone!

MARGARITA — *(A el Doctor Fausto.)* ¿Qué pasa?...

EL ENVIADO — *(Regresando.)* Además, quien me envía me encargó que le dijera que usted ya está en su reino. En él será siempre joven. Vivirá usted en un eterno presente pero no se podrá enamorar nunca más de otra mujer sino de aquella que fue joven y hermosa en su juventud. Nadie podrá regresar en el tiempo como usted lo ha hecho. *(Desaparece.)*

EL DOCTOR FAUSTO — *(Gritando desesperado.)* ¡Espere! ¡Espere! ¡No me abandone! *(El Doctor Fausto se abalanza hacia la puerta y la abre. El viento y la nieve se cuelan por ella. Vuelve a cerrar la puerta y luego se dirige hacia Margarita que lo mira sin comprender nada. A Margarita.)* ¡Huye de los espejos, mi amor! ¡Huye de los espejos!... Desde ahora sólo tienes que mirarte en mi memoria!... ¡No te abandonaré!... ¡Te querré mientras dure tu vida!... Ahora sólo podré mirarte con los ojos de la memoria y te reflejarás en el espejo de mis recuerdos! *(La abraza, sollozando.)* ¡No te abandonaré!... ¡No te abandonaré!... *(Afuera la tormenta estalla de nuevo el Doctor Fausto hace a una lado a Margarita y se dirige a un punto indefinido, gritando.)* ¡Escucha, Zabulor, a ti te llamo!... ¡Devuélveme mis años! *(Nadie le responde. Sólo se escuchan el viento y los truenos de la tormenta.)* ¡Escúchame, Zabulor!... ¡Devuélveme mis años!... ¡A ti te invoco, maldito por los siglos de los siglos! ¡A ti te invoco!... ¡Devuélveme mis años!... ¡Devuélveme mis años!...

TELÓN

LOS COMEDIANTES

Pieza dramática en tres actos

Buenos Aires
1991-1992

Para Osvaldo Bonet y Emilio Basaldúa

AGRADECIMIENTO

Al profesor Ricardo Casterán, por cederme el fragmento final de su hermosa traducción de *Fedra*, de Racine, para ser insertado en el texto de esta obra. A la señora Lucette Bonne, quien me suministró la bibliografía sobre el tema histórico, en especial *Un bouffon sous la Terreur*, de Nadine Audoubert, y *Le journal de la Comédie Française (1787-1799)*, de Noëlle Guibert y Jacqueline Razgonnikoff

"Acertó a pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe, y en viéndolo dijo:

—Yo me acuerdo haber visto a éste salir al teatro enharinado el rostro y vestido con un zamarro del revés, y con todo esto, a cada paso, fuera del tablado, jura a fe de hijodalgo.

—Débelo ser —respondió uno—, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijosdalgo.

—Así será verdad —replicó Vidriera—; pero lo que menos ha menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentiles hombres y de expeditas lenguas. También sé decir de ellos que en el sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando contino de memoria, hechos perpetuos gitanos, de lugar en lugar y de mesón en venta, desvelándose en contentar a otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio. Tienen más, que con su oficio no engañan a nadie, pues por momento sacan su mercadería a pública plaza, al juicio y a la vista de todos. El trabajo de los autores (*directores de compañía teatral*) es increíble y su cuidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados que les sea forzoso hacer pleito de acreedores; y con todo esto, son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreación, y como son las cosas que honestamente recrean".

"El Licenciado Vidriera"
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

HAMLET:... (*A Polonio.*) Mi buen amigo, cuidaréis de que los cómicos estén bien atendidos. ¿Oís? Haced que los traten con esmero, porque ellos son el compendio y breve crónica de los tiempos. Mas os valdría un mal epitafio para después de muerto que sus maliciosos epítetos durante vuestra vida.

Hamlet, acto II
WILLIAM SHAKESPEARE

"Les comédiens font impression sur le public, non lorsqu'ils sont furieux, mais lorsqu'ils jouent bien la fureur. Dans les tribunaux, dans les assemblées, dans tous les lieux où l'on veut se rendre maître des esprits, on feint tantôt la colère, tantôt la crainte, tantôt la pitié, pour amener les autres à ces sentiments divers. Ce que la passion elle-même n'a pu faire, la passion bien imitée l'execute.

Paradoxe sur le comédien
DIDEROT

PRIMER ACTO

El decorado muestra el patio interior, cubierto, de una cárcel durante el Terror como algunas de las que aparecen en las iconografías de la época. A la izquierda, una enorme puerta enrejada da al exterior. A la derecha, arriba, una ventana da a la calle y a ella se accede subiendo a una silla o a una mesa. Al centro, al fondo, un corredor que, presumiblemente, lleva a los calabozos. Por todos lados hay sillas, bancos, tarimas y colchones donde duermen algunos de los prisioneros que ya no caben en los calabozos.

Al levantarse el telón, Neufchâteau, autor y director del Teatro de la Nación, nombre con el cual ha sido rebautizada la Comedia Francesa, está sentado sobre un taburete en el centro de la escena, tomándose la cara con una de las manos en actitud de preocupación. Hacia el fondo, un grupo de prisioneros deambula.

En la puerta enrejada de la izquierda se escuchan pasos. Al escucharlos, Neufchâteau se pone de pie. Entran a escena Fleury, Dazincourt, Larive, Saint-Prix y las actrices Raucourt, Elise Lange y Emilie Contat, todos miembros del Teatro de la Nación quienes se sorprenden al encontrarse con Neufchâteau. Todos van acompañados por dos guardias y un comisario del Comité de Salvación Pública.

FLEURY — *(A Neufchâteau.)* ¿Usted también?

NEUFCHÂTEAU — *(Semiabatido.)* ¡Sí! ¡Yo también!

EL COMISARIO — ¡Silencio! *(Desenrolla un papel que lleva en la mano.)* ¡Escuchen! ¡Es una orden! *(Leyendo.)* "Los ciudadanos miembros del Comité de Salvación Pública, visto el incivismo advertido en varias ocasiones por los actores del Teatro de la Nación, sospechosos de mantener correspondencia con los emigrados y, dado que estos señores y señoras, a fuerza de ponerse trajes brillantes y escarpines de tacos rojos se han identificado totalmente con sus papeles y han aprendido bien los usos y costumbres de los ridículos de la Corte, razón por la cual la gente honesta viene en multitud a verlos hacer monerías como lastimosos sirvientes del Rey y se extasían ante la vista de un penacho y dicen llorando de ternura: '¡Vivan los viejos tiempos!', declaran: que ese serrallo impuro debe ser cerrado para siempre y sus miembros deben pasar ante el Tribunal del Pueblo para rendir cuenta de sus actos y ser condenados a las penas que les correspondan según su grado de culpabilidad. Firmado: Ciudadano Fouquier-Thienville, fiscal acusador del pueblo". *(A los circunstantes.)* ¡Nada más! *(Intenta retirarse. Fleury quiere detenerlo.)*

FLEURY — ¡Espere, ciudadano...!

EL COMISARIO — ¡No tengo nada más que decir! *(A los guardias.)* ¡Vamos! *(Los guardias le cierran el paso a Fleury hasta que sale el Comisario. Luego se marchan. El carcelero cierra la pesada puerta de hierro.)*

FLEURY — *(Volviéndose, a Neufchâteau.)* ¿Dónde lo detuvieron?

NEUFCHÂTEAU — En mi casa, esta mañana. ¿Y a ustedes?

FLEURY — En el teatro, hace unas horas.

NEUFCHÂTEAU — ¿Estamos todos?

FLEURY — No. Falta Louise Contat...

EMILIE CONTAT — Está en su casa de Chaillot.

RAUCOURT — ¿Y cómo lo ha logrado?

EMILIE CONTAT — No ha logrado nada. Como acababa de tener a su cuarto hijo, Amable, Fabre d'Eglantine pidió y obtuvo que permaneciera detenida en su domicilio.

RAUCOURT — *(Insidiosa.)* Esa son las ventajas de tener varios hijos y cada uno de distintos padres... siempre que estos padres estén en buena posición con respecto al poder...

EMILIE CONTAT — *(Con rabia contenida.)* Al menos sus amantes son hombres... y no como otras que sienten una irrefrenable debilidad por las mujeres, sobre todo por las adolescentes.

FLEURY — ¡Que haya paz!

NEUFCHÂTEAU — *(Acongojado.)* ¿Y ahora, qué haremos?...

LARIVE — Esperar...

NEUFCHÂTEAU — ¿Esperar el proceso?... Nada bueno va a terminar con todo esto.

SAINT-PRIX — Ya escuchó, usted, la orden de detención: "Para rendir cuentas de sus actos y ser condenados a las penas que correspondan según su grado de culpabilidad..."

EMILIE CONTAT — *(Pesimista.)* ¡Todos iremos a parar a la guillotina!

RAUCOURT — *(Desafiante.)* No todos... los que sean culpables.

FLEURY — ¿Y quién decidirá eso?

RAUCOURT — Ellos...

LARIVE — Entonces, no hay esperanzas...

RAUCOURT — Mientras hay vida hay esperanzas, como dice el refrán. Por mi parte, y no pienso quedarme quieta... Todavía tengo mis amigos cerca del poder... Y muchos de ustedes también los tienen.

ELISE LANGE — ¿Y los que no los tenemos?

RAUCOURT — Una mujer siempre tiene amigos cerca del poder... O se los procura...

DAZINCOURT — ¿Quiére decir que nosotros, los hombres, seremos los únicos perdedores?

ELISE LANGE — Justo razonamiento...

FLEURY — ¡No creo que lleguemos al cadalso. Podrían deportarnos. A muchos los han enviado a Cayena o a Haití...

RAUCOURT — Sigo pensando que debemos buscar aliados cerca del poder. Por ejemplo Fouquier-Tinville, miembro del tribunal revolucionario...

DAZINCOURT — Eso es no conocer a Fouquier-Tinville. Se vanagloria de ser mejor que Robespierre por su celo revolucionario. Y si a éste le llaman "El Incorruptible", se puede deducir...

RAUCOURT — ¿Y Collot-d'Herbois? Él fue amigo nuestro...

FLEURY — ¿Amigo nuestro? Nos odia. No nos perdona el fracaso de su comedia "Hay una buena justicia" en el Teatro de la Nación, a pesar de los esfuerzos de Talma...

ELISE LANGE — ¿Y en Lyon, como actor, no fue silbado?

DAZINCOURT — Era tan mediocre autor como actor...

LARIVE — Pero él se cree un genio...

ELISE LANGE — Todos somos unos orgullosos omnipotentes. Pero el público es nuestro único juez.

LARIVE — Celos y orgullo son los componentes de un buen actor. Celos de que otro actor le arrebate la adhesión de su público. Orgullo al sentirse premiado por los aplausos.

EMILIE CONTAT — *(A Neufchâteau, suspirando.)* ¡Ah, maestro! Si no hubiéramos puesto en escena su pieza, "Pamela"!

NEUFCHÂTEAU — *(Reaccionando.)* ¡Así que ahora soy yo el culpable! En un principio todos estuvieron de acuerdo en montarla...

LARIVE — Deberíamos haberla bajado ante la primera intimación y clausura. ¿A quién se le ocurre, en los tiempos

que corren, que la heroína sea una noble, la hija de un conde, del conde de Auspingh, y que en el último acto descubra su verdadera identidad?

NEUFCHÂTEAU — *(A la defensiva.)* ¡Pero yo hice los cortes que me ordenó el censor! Transformé a la bella Pamela en la hija de un militar.

RAUCOURT — *(Insolente.)* Pero se olvidó de esos dos versos fastidiosos y que son la causa de esto que todos estamos pasando: *(Recitando.)* "¡Ah, los perseguidores son los más condenables/ Y los más tolerantes son los más razonables!"

NEUFCHÂTEAU — *(Primero a la defensiva y luego contraatacando.)* Aunque hubiera suprimido dichos versos, lo mismo nos habrían clausurado y estaríamos aquí... Lo que ocurre es que todos nosotros estamos en la mira por nuestra complicidad con la corona. *(A la Raucourt.)* Por ejemplo, usted, que supo sacar partido de su amistad con Luis XV, "su amado Rey", ¿acaso no recuerda los celos de la Du Barry? Aunque si bien se mira, nada tenía que celar dado que sus costumbres más bien no se inclinan hacia los hombres...

RAUCOURT — El Rey sólo veía en mí a una gran trágica. Y no sólo el Rey: he recibido el homenaje de Voltaire, el mayor filósofo del siglo...

ELISA LANGE — *(Para sí.)* Yo no debería haber abandonado a Talma. No debería haber dejado el Teatro de la República...

NEUFCHÂTEAU — *(Mordaz.)* Pero se tentó con el personaje principal de "Pamela"...

RAUCOURT — No me hable de Talma, ese traidor. Ahora ha quedado dueño del campo. Ya no somos competencia para él. Estoy segura de que todo esto que nos pasa es a causa de sus intrigas. Sabe intrigar. Se ha vuelto un fiel sirviente de los jacobinos.

ELISA LANGE — No lo acuse. No creo que Talma haya

levantado la mano para hacernos el menor daño. Él sabe defenderse. Nosotros, no. Estamos atados a viejos prejuicios. Recuerdo cuando interpretó su papel en el "Brutus" de Voltaire. Todos estábamos acostumbrados a que lo hiciera como siempre, a la francesa: pantalón corto por debajo de la rodilla, chaleco bordado, zapatos de tacos rojos. Pero él salió cubierto apenas con una túnica, como un verdadero romano. *(A Emilie Contat.)* Y su hermana lanzó un grito. Quiso impedirle que saliera a escena así, desvestido. Le rogó que fuera a ponerse los pantalones cortos y él riendo le respondió que los romanos no lo usaban. Y salió a escena y fue el triunfo. *(A todos.)* Sí. Estamos atados a viejos prejuicios de los cuales nos cuesta liberarnos. Sobre todo por nuestro pecado de soberbia. Nos creíamos inmunes porque gozábamos del favor de los poderosos y del público.

RAUCOURT — Y porque siempre pensamos que la monarquía iba a ser eterna... *(Mordaz.)* Pero el viento cambió y ahora el pasado de todos nosotros pesa mucho más que el aplauso del público vulgar *(Mirando a Dazincourt.)* Muchos, con un pasado más cargado que el de otros, nos arrastran a todos...

DAZINCOURT — *(Respondiendo a la insidia.)* No me arrepiento de haber sido profesor de arte dramático de la Reina aunque eso me haya atraído el odio de esos fanáticos criminales...

RAUCOURT — Que ahora nos gobiernan...

EMILIE CONTAT — Mi hermana Louise también gozó de los favores de la Reina y ahora está en su casa...

RAUCOURT — No sabemos por cuánto tiempo. Como nosotros, también tiene un proceso demorado gracias a los buenos oficios de "su amigo" Fabre d'Eglantine...

FLEURY — *(Apesadumbrado.)* El que está en mayor peligro soy yo. No sólo por haber dirigido los espectáculos del Trianon y porque tuve muchísimos amigos en la corte

sino porque cometí un pecado mayor: la imprudencia de investigar los antepasados de Charlotte Corday y descubrir que era pariente de Pierre Corneille.

RAUCOURT — *(Con sorna.)* ¡Ah, eso es muy grave!...

NEUFCHÂTEAU — *(Después de un momento de silencio.)* ¡Hay que hacer algo!...

LARIVE — ¿Pero, qué?

NEUFCHÂTEAU — Pensemos...

EMILIE CONTAT — No se me ocurre nada...

ELISE LANGE — A mí tampoco...

RAUCOURT — Tampoco en el escenario...

DAZINCOURT — ¡Basta, Raucourt, basta! Deje de sembrar cizaña! Ahora necesitamos estar unidos más que nunca...

(Uno de los carceleros se aproxima a la puerta con rejas, la abre y va hacia donde están los comediantes.)

EL CARCELERO — Tienen visita. Pero tan sólo cinco minutos. Así me han ordenado. *(Dirigiéndose al visitante.)* Pase, ciudadano. Pase. Yo debo permanece aquí para escuchar lo que conversan. Es una orden del tribunal. De ustedes se sospecha que son conspiradores.

(Entra en escena Champville, ex actor, compañero de los comediantes en otros tiempos. Ha abandonado la profesión de actor.)

CHAMPVILLE — Amigos! ¿Qué ha pasado?

FLEURY — ¡Llegas justo a tiempo!

ELISA LANGE — Somos víctima de una injusticia!

EMILIE CONTAT — Tenemos los días contados. Nos quieren mandar a la guillotina!

CHAMPVILLE — Pero, ¿por qué?

DAZINCOURT — ¡Por enemigos del pueblo! ¡Por conspiradores! Por estar en contacto con los exiliados. ¡Todo lo cual son perras mentiras!

ELISA LANGE — ¡Envidia, nada más que envidia!

CHAMPVILLE — ¿Pero, puedo hacer algo por ustedes, queridos amigos y colegas?

RAUCOURT — Debes ver a Collot-d'Herbois. Ahora es acusador público. Estamos en sus manos. Pide por las vidas nuestras. Recuérdale que él también fue hombre de teatro, que él también fue actor y autor. Él sabe muy bien cuán inofensivos somos nosotros, los actores. Hemos sido hechos para entretener, para divertir tanto a los humildes como a los poderosos. No tenemos la culpa si los que detentan el poder nos cortejan, quieran seducirnos y hasta se acuestan con nosotras. Muchos creen que el teatro es parte del poder. Pero el teatro alude al poder, es su espejo, como es el espejo de todas las cosas humanas. La palabra no es el poder. El poder es mudo. Dile todo esto. Él sabrá comprender.

CHAMPVILLE — Haré todo lo posible. Veré si puedo conseguir una audiencia. Removeré cielo y tierra hasta lograrlo.

EL GUARDIA — *(A todos.)* La entrevista debe terminar. ¡Hace tiempo que se han cumplido los cinco minutos!

CHAMPVILLE — *(Al guardia.)* ¡Un momento nada más! *(A los actores.)* Hasta pronto, amigos míos. Valor, mucho valor. ¡Volveré con noticias, con buenas noticias!

SAINT-PRIX — Con buenas o malas noticias. Es más terrible permanecer en la duda que el filo de la guillotina.

NEUFCHÂTEAU — Lo estaremos esperando.

CHAMPVILLE — Se los prometo. ¡Lucharé con todas mis fuerzas! ¡Adiós! *(Abraza a uno por uno de los actores. El Guardia lo toma de un brazo y lo arrastra hacia la puerta enrejada.)* ¡Adiós, amigos! *(Sale.)*

(Todos quedan mudos unos instantes, casi abatidos.)

NEUFCHÂTEAU — *(Saliendo de su ensimismamiento.)* ¡Basta de duelos! Ahora tenemos una esperanza. Debemos hacer las cosas como si mañana mismo fueran a liberarnos. Cuando salgamos —porque vamos a salir pronto, dado que

todo esto no es nada más que el fruto de un error— debemos retomar nuestras tareas. Señoras y señores: como siempre nos debemos al público. ¡Aprovechemos estos días de ocio forzado para trabajar, para ensayar nuestros próximos espectáculos!

RAUCOURT — *(Con entusiasmo forzado.)* ¡Propongo que la primera pieza que suba a escena sea *Fedra* del inmortal Racine!

EMILIE CONTAT — Me parece excesivo. La gente estará cansada de tantas tragedias. Querrá algo más alegre, algo que le haga olvidar tanto terror y tanto luto.

DAZINCOURT — Para ello, nada mejor que un Marivaux.

EMILIE CONTAT — ¡Eso! ¡Eso! ¡Hagamos "Las falsas confidencias"! Siempre ha sido bien recibida por el público!

RAUCOURT — *(Rencorosa.)* Mi público gusta de las tragedias, es decir, gusta de mi arte. ¡Soy la mejor trágica de Francia!

FLEURY — *(Burlón.)* ¿Quién lo dice?

RAUCOURT — ¡"El Mercurio"! Y no una sino muchas veces. *(A Neufchâteau.)* ¡Maestro: hagamos la escena final de "Fedra"! Usted será juez de lo que acabo de decir. *(A Larive.)* ¡Vamos a la última escena, Teseo!... ¡Dame la réplica como Teseo!

(Se abre el círculo. Neufchâteau se corre hacia un costado del proscenio. Larive adopta una postura de recitante como si acabara de entrar en la escena de un teatro imaginario.)

LARIVE — *(Como Teseo a la Raucourt, como Fedra.)*

"¡Pues bien! Habéis triunfado, mi hijo ha perecido.
¡Ah, qué sospechas más crueles! ¡Cómo mi corazón.
Excusándole ahora, me alarma con razón!
Pero, Señora, ha muerto; recibid vuestra víctima.
Gozaos en su muerte, sea injusta o legítima.
Consiento en que mis ojos sigan siempre engañados.

Lo tengo por culpable, pues lo habéis acusado.
Su muerte harta conjogas ofrece a mi conciencia,
Sin que me ponga en busca de una odiosa evidencia,
Que no pudiendo al cabo devolverlo a mi amor,
Tan sólo lograría redoblar mi dolor.
Dejadme, lejos vuestro, lejos de estas riberas,
Huir de un hijo amado la imagen postrimera.
Confuso, perseguido por un mortal pesar,
Del universo entero me quisiera apartar.
Todo parece alzarse contra tanta injusticia.
El brillo de mi nombre me angustia y me suplicia.
Ignorado, podría sustraerme mejor.
Detesto de los dioses el honroso favor.
E iré llorando siempre los favores divinos
Sin más importunarlos con ruegos asesinos.
¡Qué consuelo me dieran, si en su funesto amparo
No pueden restituirme lo que me arrebataron!
RAUCOURT — *(Como Fedra.)*
No, Teseo, este injusto silencio hay que romper,
Y a ese hijo inocente su virtud devolver.
Él no era culpable.
LARIVE — *(Como Teseo.)*
¡Eh, padre desdichado!
Cruel, porque al cumplirse vuestro mortal deseo...
RAUCOURT — *(Como Fedra.)*
Mi tiempo está contado. Escuchadme, Teseo.
Fui yo quien a ese hijo casto, sí, respetuoso,
Osé mirar con ojos profanos, incestuosos.
Los dioses me abrasaron en un ardor funesto;
La detestable Enona se hizo cargo del resto.
Temió que vuestro hijo, sabiendo mi furor,
Descubriese una llama que le causaba horror.
La pérfida, abusando de mi debilidad.
Se apresuró en culparlo de mi monstruosidad.

De mi cólera huyendo, ya castigo se dio,
En benigno suplicio que en la mar encontró.
El acero ya habría cortado mi existencia,
Mas dejaba gimiendo la inculpada inocencia,
Quiso, mostrando el fondo de mis remordimientos,
Descender a las sombras por caminos más lentos.
He bebido, y ya corre por mis ardientes venas,
Un filtro que Medea trajo consigo a Atenas.
Ya el veneno, en mi pecho llegado y esparcido,
Trae a mi corazón fríos desconocidos.
Y ya extendió una bruma que a mis ojos ataja
El cielo, y el esposo que mi presencia ultraja;
Y la muerte, a mis ojos ocultando la luz,
Al día, al que manchaban, devuelve su virtud

ELISA LANGE — *(Como Panopa.)* Señor, está expirando.

LARIVE — *(Como Teseo.)*

Que de tan negra acción
Logre expirar con ella toda recordación.
Vayamos a mi hijo y ¡ay!, ya desengañado,
Unamos con su sangre mi llanto desolado.
De ese hijo querido quiero abrazar los restos
Y expiar así la furia de un ruego que detesto.
Los más justos honores le sean tributados.
Y para ver tranquilos sus manes irritados,
Que, a pesar de una estirpe que tanto aborrecí,
Su amada haga las veces de hija para mí."

NEUFCHÂTEAU — *(Aplaudiendo.)* ¡Bravo! ¡Bravo! *(Los otros presos también aplauden. En cambio, los actores, en su mayoría, ofrecen un silencio hostil.)*

RAUCOURT — *(Saliendo de su personaje. A Neufchâteau.)* ¡Gracias, maestro! Veo que usted es el único que sabe apreciar mi arte. Usted y el público que me espera.

DAZINCOURT — *(Adelantándose.)* Insisto en que el

público *(Con ironía.)* —que no siempre es el público particular de cada uno de nosotros—, estará cansado de tanta muerte y de tanto duelo. Ha visto correr sangre verdadera. Ha visto de cerca a la muerte verdadera. ¿Entonces, qué le puede importar nuestras muertes ficticias?

EMILIE CONTAT — Estoy de acuerdo. A la gente hay que darle diversión, alegría, regocijo para que olvide tanto dolor.

DAZINCOURT — Y para ello nada mejor que un buen Marivaux.

EMILIE CONTAT — *(A Dazincourt.)* ¿Entonces, por qué no hacemos una escena de "Las falsas confidencias"?

DAZINCOURT — ¡Excelente idea! *(A Neufchâteau.)* ¿Podemos discutir, maestro, algunas ideas?

NEUFCHÂTEAU — ¡Con el mejor gusto!

(Los tres se apartan hacia un rincón. Del grupo de prisioneros ajenos a los comediantes, se desprende una jovencita y se dirige a Larive.)

LA JOVENCITA — *(A Larive.)* ¿Señor Larive?

LARIVE — ¿Si?

LA JOVENCITA — Mi nombre es Jeanne de Sombreuil. Quiero felicitarlo una vez más por su actuación.

LARIVE — *(Desarmado por el elogio.)* ¡Muchísimas gracias!

LA JOVENCITA — Con mi padre, muerto hace unas semanas en la guillotina, tuve muchas oportunidades de verlo en el Odeón y de aplaudirlo. No he pensado que volvería a verlo en estas tristes circunstancias.

LARIVE — *(Compasivo.)* Siento mucho lo de su padre. *(Recobrando bríos.)* ¿Y cuál de todos mis papeles le ha complacido más?

LA JOVENCITA — No sabría decirlo. En todos usted siempre pone ese sello particular, ese estilo personal que hace que el personaje nos sorprenda. Yo he leído mucho

teatro porque me apasiona y cuando leo me imagino a los personajes de un cierto modo. Pero luego, cuando veo lo que usted hace y lo comparo con lo que yo he imaginado me doy cuenta cuán débil ha sido mi imaginación.

LARIVE — *(Cada vez más interesado no sólo por la belleza de la joven sino también por su inteligencia.)* ¿Y cuáles son sus autores favoritos?

LA JOVENCITA — ¡Oh, Molière, por supuesto! Nadie como él expone los vicios y defectos de la condición humana.

LARIVE — *(Casi pavoneándose.)* Supongo que ha visto el señor Jourdan que yo compuse hace varias temporadas...

LA JOVENCITA — Por supuesto. Antes de verlo a usted haciéndolo ya era uno de mis personajes favoritos. Pero después de haberlo visto a usted, pienso que es mi personaje.

LARIVE — Todo el mundo piensa que Jourdan es un idiota. Yo, en cambio pienso que es un soñador que siempre choca trágicamente con la realidad...

LA JOVENCITA — Y allí reside esa congoja que se desprende de su actuación. Ahora comprendo...

(Ambos se alejan conversando hacia un costado de la escena. Neufchâteau, Emilie Contat y Dazincourt vuelven al centro y se disponen a iniciar el ensayo de la obra de Marivaux.)

DAZINCOURT — *(A Neufchâteau.)* Allá vamos, maestro. *(A Emilie Contat.)* ¡Deme las réplicas!

EMILIE CONTAT — *(Como Araminta de "Las falsas confidencias".)* "¿Por qué has hecho ese gesto de sorpresa cuando viste a Dorante?

DAZINCOURT — *(Como Dubois.)* No es nada, salvo que ya no tendré más el honor de servir a la señora y se hace necesario de que yo le pida mi licenciamiento.

ARAMINTA — *(Sorprendida.)* ¡Qué! ¿Tan sólo por haber visto aquí a Dorante?

DUBOIS — ¿Sabe, usted, con quién tiene que vérselas?

ARAMINTA — Con el sobrino del señor Remy, mi procurador.

DUBOIS — ¿Y por qué artilugio habilidoso lo conoce la señora? ¿Cómo hizo para llegar hasta aquí?

ARAMINTA — El señor Remy fue quien me lo ha enviado para ocupar el cargo de intendente.

DUBOIS — ¡Él será su intendente! ¿Y el señor Remy es quien se lo envía? ¡Ay!, el buen hombre no sabe lo que le manda. Ese muchacho es un demonio".

NEUFCHÂTEAU — *(Interrumpiendo la acción.)* ¡Alto! *(A Dazincourt.)* Necesito que pongas más insidia en el personaje. Una insidia que vaya creciendo hasta que provoque la reacción de Araminta. ¿Entendido?

EMILIE CONTAT — *(A Neufchâteau.)* ¿Lo hacemos de nuevo?

NEUFCHÂTEAU — ¡No! ¡Sigamos! Yo les iré marcando los puntos débiles de la interpretación. En una segunda pasada afinaremos los trazos. Esta nos servirá para memorizar aún más el texto. ¡Adelante!

EMILIE CONTAT — *(Retomando.)* "El señor Remy fue quien me lo ha enviado para ocupar el cargo de intendente.

DAZINCOURT — *(Como Dubois.)* ¿Él será su intendente? ¿Y el señor Remy es quien se lo envía? ¡Ay!, el buen hombre no sabe lo que le manda. Ese muchacho es un demonio.

ARAMINTA — ¿Pero, qué significan tus exclamaciones? ¡Explícate! ¿Acaso lo conoces?

DUBOIS — ¡Sí, yo lo conozco, señora! ¡Claro que lo conozco. En verdad que lo conozco; y él también me conoce a mí muy bien. ¿No vio cómo se volvía de miedo a que yo lo descubriera?

ARAMINTA — *(Dubitativa.)* Es verdad. Y, a su vez, me sorprendes. ¿Sería capaz de alguna mala acción, que tú conozcas? ¿Acaso no es un hombre honesto?

DUBOIS — ¡No hay hombre más honrado en toda la Tierra y tal vez tenga él solo más honor que cincuenta personas honestas juntas. ¡Oh!, es de una probidad maravillosa. Quizá no haya alguien semejante.

ARAMINTA — ¿Entonces, cuál es la cuestión? ¿De dónde proviene tu alarma? En verdad, estoy totalmente conmovida.

NEUFCHÂTEAU — *(A Emilie Contat.)* ¡Más intrigada! ¡Sigan!... ¡Sigan!

DUBOIS — Su defecto reside ahí. *(Se toca la frente.)* El mal pasa por su cabeza.

ARAMINTA — ¿Por su cabeza?

DUBOIS — Sí. Es chiflado, pero chiflado como cien.

ARAMINTA — ¡Dorante!... Me pareció de muy buen sentido. ¿Qué pruebas tienes de su locura?

DUBOIS — ¿Qué pruebas? Hace seis meses se volvió loco. Hace seis meses que desvaría por amor, que tiene el cerebro ardido, que está como perdido: yo lo sé bien porque yo trabajaba para él, lo servía y eso fue lo que me obligó a dejarlo. Y eso es lo que ahora me obliga a irme. ¡Salvo eso, es un hombre incomparable!

ARAMINTA — *(Un poco enfunfurruñada.)* ¡Oh, bien! Haga lo que hiciere no se lo impediré. Bastante trabajo da un espíritu trastornado. Y quizá trastornado, por algún objeto que no vale la pena, lo apuesto. Porque los hombres tienen sus fantasías.

DUBOIS — ¡Ah!, usted me disculpará. En cuanto al objeto, nada tengo que decir. ¡Mala peste! Su locura es de buen gusto.

ARAMINTA — No importa. No lo retendré. ¿Acaso conoces a esa persona?

DUBOIS — Tengo el honor de verla todos los días. ¡Es usted, señora!

ARAMINTA — ¿Yo? ¿Dices tú que soy yo?

DUBOIS — La adora..."

NEUFCHÂTEAU — Un momento... En esa parte, Dazincourt, tienes que hacer pausas más largas. Esas pausas harán que el interés de Araminta se intensifique hasta volverse insoportable, hasta que estalle la pregunta: "¿Acaso conoces a esa persona?" *(A los dos.)* Sigamos.

DAZINCOURT — ¿Dónde estaba?...

EMILIE CONTAT — "La adora..."

DAZINCOURT — ¡Ah, sí!: "La adora. Hace seis meses que no vive, que daría su vida por tener el placer de contemplarla un instante. Seguramente, usted ha visto el aspecto de hechizado que tiene cuando le habla.

ARAMINTA — *(Reflexionando.)* En efecto: hay una cosita que me ha parecido extraordinaria. ¡Eh, cielo santo! El pobre muchacho, ¿en qué piensa?

DUBOIS — Usted no creería hasta dónde llega su demencia. Esa demencia lo arruina. Él es buen mozo, tiene un rostro pasable. Es bien educado y de buena familia. Pero no es rico. Y usted sabe que querían casarlo con mujeres que lo eran. Y muy amables, se lo juro. Mujeres que le ofrecían todas sus fortunas y que habrían merecido que todo se realizara. Hay una que suele volver y que todavía lo persigue día tras día. Lo sé porque me la he encontrado.

ARAMINTA — *(Con negligencia.)* ¿Actualmente?

DUBOIS — Sí, señora, actualmente. Una morena muy grande, muy picante y de la cual él huye. No hay medios: el señor rechaza todo. 'Las engañaría —me decía— pero no puedo amarlas. Mi corazón está partido'. Eso me lo decía algunas veces con lágrimas en los ojos. Porque siente mucho su error...

NEUFCHÂTEAU — *(Interrumpiendo.)* Esto último con más insidia. Tiene que graduar la insidia, Dazincourt!

ARAMINTA — "¡Qué molesto! ¿Pero, dónde me vio antes de llegar a mi casa, Dubois?

DUBOIS — ¡Ay, señora, fue un día en que usted salía de

la Ópera cuando perdió la razón! Era un viernes, si mal no recuerdo. Sí, un viernes. El la vio descender las escaleras, según me lo contó y él la siguió hasta su carroza. Había preguntado por el nombre de usted y a mí me parecía que estaba como extasiado. No se movía.

ARAMINTA — ¡Qué aventura!

DUBOIS — Tuve que gritarle: '¡Señor!' Pero ni noticias. No tenía nada en la sesera. Sin embargo, al final, volvió en sí. Tenía un aspecto de perdido. Lo arrojé en un coche y regresamos a casa. Esperaba que se le pasaría porque yo lo quería mucho. ¡Es el mejor amo que he tenido! En absoluto: no hubo ningún recurso. Ese buen sentido, ese espíritu jovial, ese humor encantador, todo, usted lo había arruinado. Y desde el día siguiente, ambos hicimos una sola cosa: soñar con usted, amarla. Yo la espiaba de la mañana a la tarde por donde usted fuera.

ARAMINTA — Me sorprende hasta tal punto que...

DUBOIS — Hasta me hice amigo de gente suya que ya no está más en esta casa, más exactamente de un muchacho que me instruía y a quien yo le pagaba los tragos. 'Se va a la Comedia' —me decía. Y yo corría a informar y de acuerdo con lo que decía este hombre, desde las cuatro se paraba en la puerta. 'Está en casa de la señora de tal... en casa de la señora de cual'. Y de acuerdo con este aviso íbamos toda la noche a vivir en la calle —no se disguste— para ver entrar o salir a la señora; él, en un coche de alquiler y yo, detrás; ambos helados y congelados, porque era invierno. Él, sin preocuparse y yo, maldiciendo aquí y allá para aliviarme.

ARAMINTA — ¿Es posible?

DUBOIS — Al final, ese tren de vida me aburrió. Mi salud se alteraba y la suya también. Le hice creer que usted estaba en el campo. Lo creyó y tuve algo de descanso. ¡Pero no pasaron dos o tres días cuando después la encuentra a usted en las Tullerías, donde había ido a entristecerse con su

ausencia! Al volver, estaba furioso, quiso pegarme a pesar de que es muy bueno conmigo. No lo quise más y lo abandoné. Mi felicidad, en seguida, me puso en casa de la señora, donde, a fuerza de arreglárselas encuentro que ha llegado hasta su intendencia. A la cual no cambiaría ni por el trono del emperador.

ARAMINTA — ¿Tiene algo de particular? Estoy tan cansada de tener gente que me engaña que me alegraría tenerlo porque es probo. No es que yo esté enojada porque me siento por encima de todo eso."

NEUFCHÂTEAU — Emilie: esa frase la tienes que decir en forma dubitativa, como si el personaje comenzara a interesarle. ¡Adelante!

DUBOIS — "Tenga la bondad de despedirlo. Cuanto más ve a la señora más loco de remate se vuelve.

ARAMINTA — En verdad, lo despediría pero en esta casa no está el remedio que podría curarlo. No sé qué decirle al señor Remy que me lo ha recomendado y esto me confunde. Honestamente, no veo cómo puedo deshacerme de él.

DUBOIS — De acuerdo, señora, pero usted lo convertirá en un incurable.

ARAMINTA — *(Rápidamente.)* ¡Oh, tanto peor para él! Estoy en una situación tal que no puedo prescindir de un intendente. Y además, no hay tanto riesgo como tú lo crees. Por el contrario, si hubiera algo que pudiera traerlo a la cordura es la costumbre de verme más a menudo. Eso sería hacerle un servicio.

DUBOIS — Sí, es un remedio muy inocente. En primer lugar, él no le dirá nunca una palabra; jamás usted lo escuchará hablar de su amor.

ARAMINTA — ¿Estás seguro?

DUBOIS — No hay que tenerle miedo. Más bien se moriría. Tiene un respeto, una adoración, una humildad hacia

usted, que no es concebible. ¿Acaso usted cree que él piensa en ser amado? De ninguna manera. Dice que el universo no hay nadie que lo merezca. Él, sólo quiere verla, considerarla, mirar sus ojos, sus gracias, su hermoso talle. Y eso es todo. Me lo ha dicho mil veces.

ARAMINTA — *(Levantando los hombros.)* ¡Es muy digno de compasión! ¿Vamos? Tendré paciencia algunos días mientras trato de lograr otro intendente. Además, no temo nada. Estoy contenta contigo. Recompensaré tu celo y no quiero que me dejes. ¿Entiendes, Dubois?

DUBOIS — Sí, señora. Seré un devoto suyo toda la vida.

ARAMINTA — Cuidaré de ti. Sobre todo, que él no sepa que estoy al tanto de su chifladura. Guarda un profundo secreto. Y que todo el mundo, incluso Marton, ignore lo que has dicho. Son cosas que jamás deberán conocerse.

DUBOIS — Sólo se las he contado a la señora.

ARAMINTA — ¡Ahí viene! ¡Vete!"

Fin de la escena del ensayo. Todos aplauden menos la Raucourt. Emilie Contat y Dazincourt son felicitados por sus colegas y por el público compuesto por los otros prisioneros. De pronto se escuchan gritos y cantos revolucionarios que provienen del exterior. A medida que las voces del tumulto se acercan, todos van hacia la ventana alta que se encuentra a la derecha. Fleury pone una mesa y sobre ella una banqueta. Se trepa y observa lo que pasa en el exterior.

LARIVE — *(A Fleury.)* ¿Qué ves?

FLEURY — ¡Mucha gente que pasa!... ¡Creo que son las carretas que llevan los condenados a muerte!

DAZINCOURT — *(Tratando él también de arrimar una silla para treparse.)* ¡Déjame un lugar!

FLEURY — No hay lugar. La mesa no resistirá. *(Dazincourt desiste de su intento.)*

ELISE LANGE — ¿Y ahora, qué pasa?

FLEURY — ¡Pasa una carreta! ¡Es horrible!

Los gritos de la multitud y sus cánticos invaden la escena como si pasaran frente a la ventana.

RAUCOURT — ¿Qué es lo horrible?

FLEURY — En la carreta va una mujer... una vieja... Está amordazada y con las manos atadas a la espalda... Se revuelve queriendo liberarse...

EMILIE CONTAT — ¿Quién es?

FLEURY — No puedo ver...

SAINT-PRIX — ¡Fíjate bien!

LARIVE — ¿Es alguien conocido?

FLEURY — *(Después de unos instantes, lanzando un grito.)* ¡Sí! ¡Es ella!...

ELISA LANGE — ¿Quién, por el amor de dios?

FLEURY — ¡La Du Barry!

RAUCOURT — ¡Pobre vieja! ¡También ella!

DAZINCOURT — Una anciana indefensa... Pero, ¿por qué?

FLEURY — La han rapado... Es horrible...

EMILIE CONTAT — Era toda una belleza...

FLEURY — Los chicos le tiran piedras... La gente la escupe...

LARIVE — ¡Salvajes!

EMILIE CONTAT — ¡Asesinos!

RAUCOURT — *(Muy apesadumbrada.)* ¡Eso nos espera a nosotros!...

EMILIE CONTAT — La guillotina será más piadosa que toda es agente.

Las voces del tumulto se alejan. Fleury desciende de su puesto con el rostro demudado.

FLEURY — ¡Pobre! ¡Se veía indefensa!

LARIVE — *(A todos.)* Y nosotros, creyendo que nada nos va a pasar, ensayamos todas esas estupideces, todos esos falsos dolores, todas esas falsas complicaciones amorosas. Después de todo esto nada será igual en el teatro.

RAUCOURT — La gente volverá al teatro para olvidar.

LARIVE — Ni Racine ni Corneille han podido imaginar todo esto. Hará falta un autor verdadero, dotado de otro espíritu para que escriba una pieza sobre este tema que quedará para siempre en la memoria de los franceses.

EMILIE CONTAT — Y de la humanidad...

LARIVE — ¡Porque allí afuera se representa una verdadera tragedia!...

TELÓN

SEGUNDO ACTO

El mismo lugar, varios meses después. En el centro de la escena, sentado a una mesita, Fleury escribe una carta a la Convención. Cuando termina, llama a todos para que escuchen lo que acaba de escribir.

FLEURY — ¡Atención! ¡Vengan todos!

(Todos se aproximan y rodean al actor.)

LARIVE — ¿Has terminado?

FLEURY — Sí, he terminado.

RAUCOURT — Veremos qué has puesto...

ELISE LANGE — Tiene que ser corta, precisa y contundente. Las cartas largas nadie las lee.

FLEURY — *(Leyendo.)* "Ciudadanos: desde hace cuatro meses, gemimos en esta prisión. Desde que se levantaron los sellos y se inspeccionaron los papeles, nada se ha revelado como sospechoso. Querríamos esperar la decisión nacional, pero el infortunio de nuestros padres, quienes viven de nuestro trabajo y a los cuales una reclusión tan larga amenaza con reducirlos a la más cruel de las miserias, nos hace reclamar hoy el informe de nuestro asunto"...

DAZINCOURT — Está bien eso de "nuestros padres". Pero también están nuestros hijos...

EMILIE CONTAT — Piensa en mi hermana... Es verdad que ella tiene su casa como prisión, pero al no poder trabajar...

RAUCOURT — *(Tajante.)* Ya encontrará otro amante poderoso, como hizo siempre, quien la mantendrá y de paso le hará un nuevo hijo.

EMILIE CONTAT — ¡Víbora!

RAUCOURT — *(A Fleury.)* No perdamos tiempo... Continúe...

FLEURY — Hasta aquí he llegado. Espero sugerencias...

DAZINCOURT — Como te dije, deberías agregar al "infortunio de nuestros padres", el "infortunio de nuestros hijos".

NEUFCHÂTEAU — Dos veces la palabra "infortunio", no me parece...

LARIVE — ¡No estamos para exquisiteces gramaticales... Hay que decir las cosas en forma muy clara.

ELISE LANGE — Tienes que incluir este olor insoportable que tenemos que padecer... sobre todo en el invierno.

RAUCOURT — ¡Para lo que les puede importar el olor... Nos dirán que estamos en prisión, castigados y que cuanto más suframos, será mejor.

ELISE LANGE — Insisto: en verano es más soportable la pestilencia que viene de las letrinas porque podemos abrir las ventanas que dan a la calle...¡Pero en invierno!...

EMILIE CONTAT — El médico de la prisión está de acuerdo con que en el invierno el problema de la pestilencia se agrava...

RAUCOURT — Y la pestilencia puede desatar una epidemia que se llevará a varios de nosotros, privándolos del placer de ver cómo el verdugo Sansón nos rebana dulcemente nuestros delicados cuellos.

LARIVE — Sí. Insista sobre lo que dice el médico... Ha recomendado que desparramemos vinagre caliente en las celdas y en este patio y que nos untemos también la piel con ese vinagre...

DAZINCOURT — Y que nos obligan a hacer ejercicios todas las tardes...

SAINT PRIX — Comandados por mí, como así también las marchas. Y que con ello se comprueba que tengo una voz poderosa cuyas virtudes ni el encierro ha logrado empañar...

(Uno de los guardias abre la puerta enrejada y grita:)

EL GUARDIA — ¡Atención, ciudadanos! ¡Tienen compañía!

(Entran varios guardias en escena acompañando a Louise Contat, hermana de Emilie, quien lleva un hatillo con unas pocas pertenencias. Al ver a su hermana, Emilie lanza un grito y se precipita hacia ella.)

EMILIE CONTAT — ¡Hermana! ¿Qué ha pasado?

(Todos se precipitan hacia la recién llegada y la abrazan.)

FLEURY — ¿Pero, no es que estabas detenida en tu casa?

DAZINCOURT — *(Para sí.)* ¡Mala señal!

EMILIE CONTAT — *(A Louise Contat.)* ¿Y los niños?

LOUISE CONTAT — Los dejé con la nodriza...

EMILIE CONTAT — ¿Es de confianza?

LOUISE CONTAT — Es la única mujer que quiso servirme sabiendo mi situación...

EMILIE CONTAT — ¿Y el más pequeño?

LOUISE CONTAT — Es el que menos peligro corre: le dejé a la buena mujer todas las joyas que había escondido. Presentía que la situación iba a empeorar.

DAZINCOURT — ¿Pero esa mujer, es de confiar?

LOUISE CONTAT — Es una buena campesina... Me dice que su hermano estuvo con los chuanes y que murió combatiendo por su rey.

RAUCOURT — *(Mordaz.)* ¿Y tu famoso protector, Fabre d'Eglantine?

LOUISE CONTAT — Ha sido detenido. Ha sido acusado de contrarrevolucionario y de ser espía de los exiliados. Él era mi escudo. Él permitió que cumpliera mi detención en casa. Ahora le esperan el cadalso y la muerte.

RAUCOURT — *(Entre mordaz y amarga al comprender la situación.)* Y a nosotros también porque todos nuestros poderosos protectores o han muerto o están en el extranjero.

LARIVE — *(Entre reflexionando y contando su caso.)* A mí me fueron a buscar en mi casa de campo. No debí haber vuelto al Teatro de la Nación. Tendría que haberme retirado... Debí haberme retirado. Pero el teatro pudo más. Mi pasión por el teatro fue más fuerte... Me acusan de haber recibido a Bailly en mi casa de campo, el ex intendente de París, como así también a La Fayette y a su estado mayor el día de la caída de nuestro rey, Luis XVI. Además, sospechaban que yo estaba con el Club de la Sainte Chapelle donde se reunían los monárquicos constitucionales... Yo negué los cargos. He reunido todos los certificados que pude encontrar para destruir semejantes patrañas...

RAUCOURT — *(Con ironía.)* ¡Algunas, no tanto...!

SAINT PRIX — *(Interrumpiendo la reunión y con voz potente. A todos.)* ¡Ha llegado la hora de las marchas y de los ejercicios! ¡Formen filas! *(A Louise Contat.)* Tenemos que hacer ejercicios todos los días para evitar que las pestilencias nos enfermen. Mire lo que hacemos y más tarde incorpórese a la fila. *(Louise Contat se aparta a un costado y deja su hatillo en el suelo. Todos forman fila como si estuvieran en un ejército. Saint-Prix comienza a marcar el compás.)* ¡Uno... dos...! ¡Uno... dos! ¡El cuerpo derecho!... ¡La cabeza en alto!... ¡Hay que respirar hondo!... ¡Uno... dos!... ¡Uno... dos!... ¡Recuerden que fui oficial en el batallón de Saint-André-des-Arts!

La Raucourt comienza a cantar La Marsellesa pero con una letra satírica.

RAUCOURT — "¿Pueblo francés, pueblo de hermanos,
Puedes tú ver sin temblar de horror
Al crimen que enarbola sus banderas,
Al crimen, la matanza y el terror?

Sufres porque una horda atroz
De asesinos y de bandidos
Mancha con su aliento feroz
El territorio de los vivos".

(De pronto se abre la puerta enrejada y uno de los guardias grita.)

EL GUARDIA — ¡Alto! ¡El ciudadano comisario tiene que comunicarles algo! *(Todos quedan paralizados. Entra en escena el Comisario. Lleva un papel en la mano.)*

EL COMISARIO — ¡Atención! ¡Todos aquellos ciudadanos que estén en la presente lista deberán venir conmigo. Los cita el tribunal! *(Gritos... murmullos...)* ¡Silencio! *(Todos callan.)* Ciudadana Jeanne de Sombreuil. *(La jovencita que está en el grupo de los otros prisioneros, lanza un grito y corre a refugiarse en brazos de Larive.)*

LA JOVENCITA — ¡Señor Larive!... Señor Larive!

LARIVE — *(Tomándola en sus brazos.)* No pasará nada! No pasará nada... Yo estaré esperándola...

LA JOVENCITA — Tengo el presentimiento de que nunca más nos veremos...

EL COMISARIO — ¡Silencio! ¡Ciudadano Pierre Fourneau...

(Se adelanta un anciano con toda dignidad y se acerca al Comisario. Antes le ha dado un abrazo de despedida a uno de sus compañeros como si fuera el último abrazo, todo con una gran dignidad.)

LARIVE — *(A la jovencita.)* ¡Yo te estaré esperando!

LA JOVENCITA — Antes de marcharme, señor Larive, quiero decirle que las noches que hemos pasado juntos, las llevaré para siempre en mi corazón y que para mí la dicha más grande del mundo ha sido poder amar al actor más grande de Francia. *(Se desprende de sus brazos y corre hasta el Comisario.)*

EL COMISARIO — *(Apurando el trámite.)* ¡Ciudadana

Catherine Du Moulin! *(Igual escena de despedida y lágrimas.)* ¡Ciudadanos Jean Lepelletier!... Ciudadanos Raymond Servet!... ¡Ciudadano Jean-Marie Marchault!...

(Todos se reúnen junto al Comisario y luego salen. La puerta enrejada vuelve a cerrarse. Los actores permanecen absortos. Luego vienen al medio de la escena.)

LARIVE — ¡Pobre muchacha! ¡Espero volver a encontrarla algún día!

RAUCOURT — Yo pensaba que por lo menos uno de nosotros sería citado al tribunal.

ELISE LANGE — Yo no soporto más esta espera. Es peor que la guillotina.

DAZINCOURT — Mientras hay vida hay esperanzas...

ELISE LANGE — Yo ya he perdido las pocas esperanzas que tenía.

FLEURY — ¿Pero, qué pasa con nosotros? *(A los otros.)* ¿Valdrá la pena enviar la carta?

LOUISE CONTAT — ¿Qué carta?

EMILIE CONTAT — Una que estábamos redactando a la Convención antes de que tú llegaras. En ella le explicábamos nuestra situación.

SAINT PRIX — Creo que no vale la pena.

LARIVE — *(Siempre pensando en Jeanne.)* ¡Sí! La volveré a encontrar revolveré cielo y tierra hasta lograrlo. Y si tengo que bajar a los infiernos, bajaré.

RAUCOURT — *(Con sorna.)* ¿Como un nuevo Orfeo?...

LOUISE CONTAT — Quizá se hayan olvidado de nosotros. Así será mejor.

EMILIE CONTAT — Entonces, ¿tú piensas que no hay que mandar la carta?

LOUISE CONTAT — Me parece lo más conveniente. Si se han olvidado de nosotros o tienen otros asuntos más urgentes que resolver como el hambre que reina en la ciudad, esa carta les haría acordar que todavía estamos vivos.

FLEURY — *(A todos.)* Y ustedes, ¿qué opinan?

RAUCOURT — Ahora o mañana, se acordarán de nosotros.

LOUISE CONTAT — *(A la Raoucourt.)* Yo quiero vivir...

RAUCOURT — ¿Y yo no?

ELISA LANGE — Pienso que sería mejor no enviar la carta... por si acaso se han olvidado de nosotros...

DAZINCOURT — Y ese maldito de Champville, ¿dónde se habrá metido? Hace dos semanas que no tenemos noticias suyas.

LARIVE — Tendrá miedo...

DAZINCOURT — El último mensaje que recibimos era que no había conseguido la famosa audiencia con Collot-d'Herbois.

LARIVE — Estoy seguro de que tiene miedo de comprometerse...

DAZINCOURT — Él y Collot eran muy amigos. No creo que corra peligro.

FLEURY — Con los tiempos que corren nadie está seguro. Ni Danton, ni Fabre d'Eglantine... no digamos los nobles... todos los que desataron esta tormenta ya no son de este mundo.

EMILIE CONTAT — Paciencia... paciencia... ¿Hasta cuándo?

LOUISE CONTAT — Hasta el final... Yo tengo por quién esperar.

ELISA LANGE — Ya sé: tus hijos... Todos tenemos o hermanos, o hijos... o padres... Yo creo que a mí la paciencia se me acaba.

LOUISE CONTAT — ¿Y qué piensas hacer?

ELISA LANGE — No sé. Pero en cuanto esto se vuelva más intolerable que la muerte me colgaré de la viga de mi celda...

RAUCOURT — Eso se dice... Yo pienso aguantar hasta lo último. ¡Quiero tanto la vida, aún en estas condiciones!

(El Guardia se asoma a la puerta enrejada y grita.)

EL GUARDIA — ¡Tienen visitas! Pero tan sólo cinco minutos como lo ha dispuesto el tribunal!...

(Abre la puerta y entra seguido de Champville.)

DAZINCOURT — ¡Champville! ¿Dónde te habías metido que hace semanas que no tenemos noticias de ti?

NEUFCHÂTEAU — *(Ansioso.)* ¿Y... viste a Collot-d'Herbois.

CHAMPVILLE — Finalmente lo vi...

FLEURY — ¿Y qué te dijo?...

ELISA LANGE — ¿Hay esperanzas?

CHAMPVILLE — *(Grave.)* Ninguna.

LARIVE — ¿Pero le dijiste que la nación va a perder a sus mejores comediantes?

NEUFCHÂTEAU — Invocaste nuestra vieja amistad... nuestra solidaridad como miembros de una misma profesión...

CHAMPVILLE — No le interesa. Por toda respuesta me dijo: "Dentro de una semana, o menos, no habrá más cuestiones con la gente de la Comedia Francesa. Todos son contrarrevolucionarios demasiados peligrosos. Los cabecillas subirán al patíbulo y la cola será deportada a las colonias... Así que no se hable más de ello, por tu propia seguridad...

RAUCOURT — Nos odia porque nunca pudo estar a la altura de nosotros. Es un resentido. Y ahora tiene poder para vengarse.

ELISA LANGE — ¿Y qué culpa tenemos nosotros si gozamos de los favores y de la admiración del público?

LOUISE CONTAT — Precisamente: Collot-d'Herbois siempre fue un actor mediocre.

EMILIE CONTAT — Nos acusó a nosotros de ser los

causantes del fracaso de su obra "Hay una buena justicia".

DAZINCOURT — Pero además de nosotros está ese bribón de Talma que hizo todo lo posible para sostenerla...

FLEURY — ¿Entonces, quiere decir que estamos perdidos?...

CHAMPVILLE — No sé qué quiso decir con eso de "los cabecillas al patíbulo y la cola deportada a las colonias".

RAUCOURT — *(A Champville.)* ¡No te hagas el inocente! Los "cabecillas" somos nosotros, los societarios. La "cola" son los pensionarios. Esa es la realidad...

LOUISE CONTAT — ¡Pero tiene que haber algún otro medio de poder salvarnos!... Algún otro recurso... Pensemos...

CHAMPVILLE — Por mi parte hice todo lo posible... El asunto ahora está fuera de mi alcance...

FLEURY — ¡Bastardo! ¡Mil veces bastardo!...

DAZINCOURT — Nunca ha podido olvidarse de los gritos y silbidos del público la noche del estreno de su obra...

LARIVE — Ha jurado vengarse de su fracaso pero con las cabezas nuestras...

CHAMPVILLE — *(Nervioso ante la situación.)* ¡Amigos... compañeros... ustedes saben bien que...

NEUFCHÂTEAU — Sí, sabemos bien que hiciste todo lo posible. Te lo agradecemos de todo corazón. *(Se acerca y lo abraza.)*

LOUISE CONTAT — *(Acercándose también y abrazándolo.)* ¡Muchas gracias, amigo! ¡Siempre nos acordaremos de ti... de todo lo que hiciste por nosotros...

EMILIE CONTAT — *(Idem.)* ¡Gracias! *(No puede con su angustia y estalla en sollozos. Uno a uno, los actores comienzan a despedirse de Champville quien se aparta de ellos finalmente y se acerca a la puerta. El guardia, que lo sigue, la abre. Antes de salir, Champville se vuelve hacia sus*

colegas y los saluda con el sombrero. Luego parte. La puerta se vuelve a cerrar. Todos quedan sumidos en un silencio trágico.)

NEUFCHÂTEAU — *(Saliendo de su ensimismamiento y gritando.)* ¡Tenemos que ensayar! ¡Tenemos que ensayar!

RAUCOURT — ¿Te has vuelto loco? ¿Qué tenemos que ensayar, tan luego ahora?

NEUFCHÂTEAU — ¡Tenemos que ensayar el final de la obra más importante que habremos hecho en todas nuestras carreras de comediantes!

FLEURY — ¿Qué obra?

DAZINCOURT — ¡Está loco!

ELISA LANGE — ¿Y quién es el autor de esa obra?

NEUFCHÂTEAU — *(Triunfal.)* ¡Nosotros seremos sus autores! ¡Y también sus intérpretes! Tendremos la oportunidad de hacer un gran final, el gran final más importante de nuestras vidas de artistas!...

LARIVE — ¡Es un juego macabro!

NEUFCHÂTEAU — ¡Sea, pero si tenemos que morir, que sea en escena. Esta vez el público será inmenso. Tiene que quedar el recuerdo de estas últimas actuaciones para los siglos venideros! Como ven, no sólo actuaremos par el público de hoy, para el que irá a vernos morir de verdad sino para un público que no veremos nunca. *(Lírico.)* ¡Ya estoy escuchando los aplausos silenciosos de ese público al que nunca escucharé, de ese público al que jamás veré pero al cual imagino.

EMILIE CONTAT — ¡Delira!

NEUFCHÂTEAU — *(Golpeando las manos.)* Todos a escena. *(A uno de los comediantes.)* ¡Arrima esa mesa y esa silla! *(Uno de los comediantes arrima la mesa y otro, la silla.)* La mesa será el patíbulo. En ese extremo debe estar, imaginemos, la guillotina. Debemos subir lentamente al cadalso, por la silla, cuyo respaldo estará apoyado en el otro

extremo de la mesa. Yo dirigiré la ceremonia. Antes de que caiga la cuchilla, con nuestras bocas tenemos que imitar el redoblar de los tambores. Cortar finalmente el redoble y simular el chirrido de la hoja entre sus rieles y finalmente, el golpe seco. *(A los comediantes.)* ¿Quién será el primero? *(Silencio.)*

LARIVE — *(Adelantándose gravemente.)* ¡Yo!

NEUFCHÂTEAU — ¡Y bien, comencemos! *(A los otros.)* ¡Que redoblen los tambores! *(Larive cruza las manos a la espalda como si las tuviera ligadas. Camina lentamente hacia el falso patíbulo. Sube a la silla, primero y luego a la mesa. Avanza casi al borde del extremo opuesto. Mira hacia una multitud invisible y recita mientras el ruido de los "tambores" trata de apagar su voz.)*

LARIVE — *(Recitando los versos de "Brutus" de Voltaire.)*

"Conozco demasiado a los grandes: en la desgracia, amigos./ Ingratos en la gloria y muy pronto enemigos./ Y somos de esa gloria instrumento servil/ Con desdén nos rechazan cuando ya no servimos/ Nos quiebran sin piedad si somos peligrosos...

(Con Larive han subido Fleury y Dazincourt que oficiarán de verdugo y ayudante, recíprocamente. Lo obligan a arrodillarse primero, y luego a extenderse en el cepo ofreciendo su cabeza a la cuchilla.)

NEUFCHÂTEAU — *(Gritando.)* ¡Que se callen los tambores. *(El ruido de los tambores cesa bruscamente.)* ¡La cuchilla! *(Siseo de todos que se interrumpe bruscamente con un sonido seco.)*

LARIVE — *(Incorporándose.)* ¿Estuve bien, maestro?

NEUFCHÂTEAU — ¡Excelente! Pero haría falta un poco más de actitud desafiante!

LARIVE — Lo tendré en cuenta...

NEUFCHÂTEAU — *(Gritando como un pregonero.)*

¡Ciudadana Françoise-Marie-Antoinette Sancerotte, llamada también Raucourt! ¡Condenada a la última pena por corromper al pueblo con su oficio de comediante!

(La Raucourt, acompañada de Fleury y Raucourt se adelanta y comienza a trepar lentamente "los peldaños" que la llevan a la guillotina. Antes de extenderse y de poner la cabeza bajo el cepo invisible de la guillotina mira a su alrededor con desprecio y dice.)

RAUCOURT — Voy a subir al patíbulo
lo cual es cambiar de teatro.
Usted, ciudadano verdugo podrá
asesinarme, pero no abatirme.
Conmigo se termina la realeza,
el valor, la gracia infantil.
La cuchilla de la guillotina
es el nivel de la igualdad".

(Luego, con un gesto obsceno, se levanta las faldas y les muestra el trasero a los otros circunstantes que hacen de público. Silbidos, aplausos, risas.)

NEUFCHÂTEAU — ¡Que redoblen los tambores!

(Los otros comediantes simulan con la boca el redoblar de los tambores. La Raucourt se extiende, pone la cabeza en el cepo. El redoblar de los tambores se corta de golpe. Siseo y golpe seco. La Raucourt simula haber muerto. Gritos, silbidos. Luego de unos instantes, se levanta y gana la fila de sus compañeros. Neufchâteau mira al grupo como si eligiera a su próxima víctima.)

NEUFCHÂTEAU — *(Anunciando.)* ¡Ciudadana Louise Contat! *(A los otros comediantes.)* ¡Que redoblen los tambores! *(Los comediantes imitan el redoblar de los tambores. Louise Contat, da unos pasos hacia adelante pero, de pronto, queda paralizada.)*

LOUISE CONTAT — *(Dando un grito salvaje y corriendo a refugiarse en brazos de sus compañeros.)* ¡No!

¡No quiero morir! ¡Quiero seguir viviendo! ¡Quiero ver el sol! ¡Quiero envejecer al lado de los míos! ¡Quiero sentirme acariciada que es la única forma de sentirme viva! ...¡No! ...¡No quiero morir!

NEUFCHÂTEAU — *(Siempre en el juego.)* ¡Guardias! ¡Guardias! ¡Capturen y reduzcan a la condenada!

(Un grupo de comediantes, siguiendo el juego, intentan aprehenderla para conducirla al cadalso pero ella se defiende a mordiscones y puntapiés.)

LOUISE CONTAT — ¡No! ¿Por qué tengo que morir? Yo no hice mal a nadie. Lo único que hice fue cumplir con mi profesión. ¿Por qué tienen que disponer de mi vida?

(Al ver la furia de Louise, los comediantes que pretenden arrastrarla al cadalso, sorprendidos, la dejan libre. Neufchâteau sale del juego y se dirige a Louise.)

NEUFCHÂTEAU — ¡Louise!... ¡Louise!... ¡Todo es un juego!

LOUISE CONTAT — ¡No!... ¡No es un juego!... ¡Pronto no va a ser un juego!... ¡Va a ser verdad! *(Cae en brazos de Neufchâteau, sollozando.)*

NEUFCHÂTEAU — ¡Calma!... ¡Calma!... ¡En el teatro todo es mentira! ¡En el teatro nadie muere!

LOUISE CONTAT — ¡Todo lo que ocurre en el teatro es verdad! Todo lo que ocurre en la vida ocurre en el teatro!

Solloza amargamente. Los otros comediantes y los prisioneros comienzan a rodear a Neufchâteau y a Louise Contat mientras las luces bajan lentamente hasta el oscurecimiento total.

TELÓN

TERCER ACTO

El mismo decorado. Es la mañana del 7 de agosto de 1894 (10 thermidor). Los comediantes están desparramados en diversos lugares del patio cubierto de la cárcel. En un grupo se encuentran Neufchâteau, Dazincourt y Larive. En otro, Elise Lange, las hermanas Contat y Fleury. La Raucourt, en un rincón trata de seducir a una joven prisionera, hecho que causa la comidilla de las mujeres de la Comedia Francesa. Se aproxima el mediodía.

ELISE LANGE — *(Sin dejar de mirar a la Raucourt.)* ¡Que silencio hay en la calle!

EMILIE CONTAT — Pareciera que se han olvidado totalmente de nosotros.

LOUISE CONTAT — No siento el martillar de los carpinteros que estaban levantando el patíbulo. Ya deben haber terminado.

FLEURY — Desde hace dos días que no pasan las carretas. No hay un alma en la calle. Como si la tierra se hubiera tragado a toda la gente.

ELISE LANGE — *(Sin dejar de mirar las maniobras de la Raucourt. Como si hablara consigo misma.)* ¡Qué desvergonzada!

LOUISE CONTAT — ¿Decías?...

ELISE LANGE — *(Volviendo a la conversación y aban-*

donando los pensamientos que le despiertan las actitudes de la Raucourt.) Sí. Emilie tiene razón. Quizá nos hayan olvidado del todo...

EMILIE CONTAT — No lo creo. Mientras nuestras vidas dependan de Collot-d'Herbois, siempre estaremos en peligro.

(En el otro grupo, Dazincourt le dice a Larive y Neufchâteau.)

DAZINCOURT — Me extraña tanto silencio...

LARIVE — Encuentro a los guardias muy nerviosos...

NEUFCHÂTEAU — Cuando he tratado de sacarles algo palidecen y se marchan.

DAZINCOURT — Tengo malos presentimientos. Es la calma que precede a la tormenta.

NEUFCHÂTEAU — Yo guardo una chispa de esperanza... Bastante problemas tienen con el abastecimiento de la ciudad para que se acuerden de nosotros...

DAZINCOURT — Esto no puede durar...

LARIVE — Eso venimos diciendo hace un año.

NEUFCHÂTEAU — Lo que me extraña es que otros procesos han sido más cortos, más expeditivos. El de la Corday, por ejemplo...

LARIVE — ¡Sumarísimo!...

LARIVE — Casi una venganza por la muerte de Marat...

(En el otro grupo.)

ELISE LANGE — *(Mirando desembozadamente a la Raucourt que ha comenzado a acariciarle el pelo y la cara a la jovencita. Sin poderse contener.)* ¡Desvergonzada! ¡Es casi una criatura! No puede con sus vicios!

LOUISE CONTAT — ¡Déjala! ¡Es incorregible!...

ELISE LANGE — Además es huérfana. No tiene quien la defienda.

EMILIE CONTAT — *(Bromeando.)* Con tal de que no quiera seducir a algunas de nosotras, todo irá bien...

ELISE LANGE — ¡Que se atreva!...

LOUISE CONTAT — Con nosotras ya sabe que no tiene que meterse.

ELISE LANGE — ¡Es un asco!

LOUISE CONTAT — Dentro de poco todo habrá terminado: el vicio y la virtud.

EMILIE CONTAT — *(A Louise.)* ¡Hermana: no comiences de nuevo con tu pesimismo!

ELISE LANGE — Lo que me preocupa es que haya tanto silencio. No se oye ni una voz en la calle...

LOUISE CONTAT — Todo comenzará de nuevo. Hubo días en que tuvimos calmas semejantes...

EMILIE CONTAT — Pero no tan largas. Hace más de un día que reina esta calma. Como si todo el pueblo de París se hubiera esfumado.

(En el otro grupo.)

SAINT PRIX — Con este calor sofocante, no convendría que hiciéramos los ejercicios...

DAZINCOURT — Tenemos que hacerlos... el médico ha dicho que son imprescindibles para nuestra salud.

NEUFCHÂTEAU — *(Con pesimismo.)* Sanos o enfermos, lo mismo nos mandarán al patíbulo.

LARIVE — Yo pienso que se han olvidado de nosotros. De todos modos no somos tan importantes como nosotros creemos. Simples cómicos mimados por la aristocracia. Derrumbada esa clase social, hemos vuelto a nuestra verdadera condición.

DAZINCOURT — Hemos sido mimados no sólo por los nobles sino también por nuestro público. No creo que nuestro público nos haya olvidado. Más de una vez, cuando estaba en libertad, he recibido la adhesión de la gente que me paraba en la calle y me decía: "Dazincourt: lo he visto representar el papel de "Dubois" en "Las falsas confidencias". Estuvo soberbio."

NEUFCHÂTEAU — Pero el público tiene la memoria

corta. Nuestro arte es pasajero. Dentro de unos años, depués de nuestras muertes, nadie se acordará de nosotros...

LARIVE — *(Comenzando a indignarse.)* ¡Estaremos siempre en la memoria del pueblo francés!

DAZINCOURT — Hablo de nuestro arte que cada noche se desvanece en el aire. Cuando nos vayamos tal vez se hable de nosotros durante un tiempo. Tal vez quede un programa impreso. Tal vez, un retrato. Pero de nuestro arte no quedará nada. Viene del aire, de las palabras en el aire y las palabras se desvanecen en el aire.

LARIVE — ¿Pero, y un Molière, un Racine, un Corneille?

DAZINCOURT — Ellos dejaron fijadas sus palabras en un pedazo de papel. *(Dirigiéndose a Neufchâteau.)* Aquí el único que puede salvarse del olvido es nuestro autor. Sus obras quedarán impresas, se convertirán en libros, los libros se instalarán en los estantes de las bibliotecas. Y cada vez que algún comediante abra ese libro, nuestro amigo Neufchâteau volverá a vivir. Nosotros, en cambio, sólo somos meros repetidores de palabras escritas por otros.

NEUFCHÂTEAU — *(Halagado.)* Pero en las obras impresas se dirá que fueron representadas, nada más ni nada menos, que por los societarios de la Comedia Francesa... Aún después de muertos estaremos juntos.

DAZINCOURT — Pero nadie escuchará nuestras voces, ni verá nuestros ademanes, ni nuestros giros por el escenario. Nadie sabrá cómo hacíamos El Cid. Nadie sabrá como era la voz de la Raucourt, ni la de Fleury, ni la de Elise Lange, ni las de las hermanas Contat.

SAINT PRIX — *(Bromeando.)* Pero de la mía sí que se acordarán y muy bien. Mi voz es una de esas que la gente no olvida, aunque ahora sólo sirva para dirigir los ejercicios diarios que nos ha mandado a hacer el médico.

DAZINCOURT — *(Reflexivo y melancólico.)* Un

programa amarillento con nuestros nombres... quizás un retrato. Eso es todo lo que habrá de quedar de nosotros una vez que haya muerto el último espectador que nos haya visto. De Molière se acuerdan por sus obras que nosotros repetimos. ¿Pero, cómo era la voz de Molière? ¿Cómo era su forma de actuar? ¿Cómo componía el señor Jourdan de "El burgués gentilhombre"?...

LARIVE — *(Fastidiado.)* ¡Me voy! Hoy te encuentro demasiado pesimista.

DAZINCOURT — Quizá sea porque las noticias desde hace un año no son nada alentadoras.

LARIVE — ¡Lo único que puedo decirte, estimado colega, es que mi arte es y será inmortal!

DAZINCOURT — *(Aplaudiendo.)* ¡Bravo! Pero eso en nada cambia la cosa.

(Larive se marcha furioso para integrarse al otro grupo.)

ELISE LANGE — ¡Larive: veo que vienes furioso! ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

LARIVE — ¡Nada! ¡Nada! Que ese molesto de Dazincourt tiene un pesimismo enfermizo.

LOUISE CONTAT — Todos nos sentimos pesimistas hoy. Mañana renacerá la esperanza y luego caeremos de nuevo en la depresión.

FLEURY — ¿Y qué decía Dazincourt?

LARIVE — *(Tratando de quitarse el fastidio.)* ¡Nada! ¡Nada! ¡Estupideces! Me ha sacado de quicio, como siempre. Y como siempre yo entro en su juego.

FLEURY — Lo que quiere es una buena réplica, como si estuviera en el escenario. No quiere herrumbrarse. Ninguno de nosotros quiere olvidar los textos, ni el dorado sonido de los aplausos del público.

EMILIE CONTAT — *(Soñadora.)* ¡Qué daría por escuchar de nuevo los aplausos y los "bravos" del público!

LOUISE CONTAT — Pero ahora sólo se trata de escu-

char a quien venga a anunciarnos que somos libres y que hemos salvado la vida por la gracia de no se sabe quién.

ELISE LANGE — ¡Del buen Dios!

LOUISE CONTAT — ¡Y de toda la corte celestial!

(En esos momento cae en medio del escenario una piedra que, habiendo entrado por la ventana, llama la atención de todos.)

NEUFCHÂTEAU — ¡De dónde vino eso?

DAZINCOURT — *(Señalando la ventana.)* Creo que entró por esa ventana.

SAINT PRIX — *(A Fleury.)* Fleury, ¿puedes asomarte a la ventana para saber qué pasa allá afuera?

RAUCOURT — *(Dejando a la jovencita y acudiendo a los dos grupos que ahora se han unido.)* ¿Qué pasa?

ELISE LANGE — *(Con fastidio.)* Alguien, desde afuera tiró una piedra que entró por la ventana.

RAUCOURT — ¡Se acuerdan de nosotros! ¡Buena señal!...

DAZINCOURT — ¡O mala señal! Yo preferiría que sigan olvidándose de nosotros todo el tiempo que sea posible.

NEUFCHÂTEAU — *(A Fleury.)* ¿Fleury, puedes asomarte a la ventana para ver qué ocurre afuera?

FLEURY — Ya me lo pidió Saint-Prix. Arrimemos esa mesa y esa silla. Yo me treparé a ellas.

Con la misma mesa y la silla que anteriormente les sirviera para simular el caáalso, los comediantes preparan una suerte de escalera. Fleury trepa por ella hasta alcanzar la ventana.

LOUISE CONTAT — ¿Qué ves?

FLEURY — Allá, al otro lado de la calle hay una mujer...

ELISE LANGE — ¿Qué hace?...

FLEURY — Gestos muy raros.

RAUCOURT — Se está burlando de nosotros...

FLEURY — ¡No!... ¡No!... ¡Más bien parece que quiere decirnos algo...

EMILIE CONTAT — ¿Será una loca?

FLEURY — ¡Todo lo contrario! ¡Parece muy contenta!... ¡Quiere decirnos algo con sus gestos!

LARIVE — ¿Qué gestos?...

FLEURY — ¡Agita sus faldas!...

DAZINCOURT — ¿Y qué más hace?...

FLEURY — ¡Me enseña una piedra!...

RAUCOURT — ¿Nos amenaza? Seguramente es una loca... o una de esas mujeres jacobinas... Está alegre porque sabe que nos van a mandar a la guillotina!

FLEURY — ¡No! Vuelve a agitar sus faldas!... ¡Vuelve a mostrarme la piedra!...

LARIVE —¿Y qué más?...

FLEURY — *(Sombrío.)* ¡Ahora se pasa el dedo índice por la garganta en señal de que van a degollar a alguien!... ¡Y se ríe!

LOUISE CONTAT — *(Gritando.)* ¡Quiere anunciarnos que nos van a matar a nosotros! ¡Nos quiere avisar que ahora nos toca el turno de ir a la guillotina!

FLEURY — ¡No! ¡Nos felicita!... ¡Aplaude!...

DAZINCOURT — ¡Háblale! ¿Qué más hace esa mujer?

FLEURY — ¿A nosotros? *(Hace la misma seña que antes hizo la mujer: se pasa el índice por la garganta.)* ¿No? *(Gritando más fuerte.)* ¿Entonces, a quién?

DAZINCOURT — ¿Y ahora qué hace?

FLEURY — ¡Pareciera que está desalentada porque yo no la comprendo!... ¡Pero ahora de nuevo salta, aplaude... y se ríe...

ELISE LANGE — Se ríe de nosotros. Festeja nuestra muerte por anticipado!

FLEURY —¡No!... ¡No!... ¡Nada de eso! ¡Pareciera que quiere comunicarnos la alegría porque van a matar a alguien!...

NEUFCHÂTEAU — *(Cada vez más nervioso.)* ¡A noso-

tros!... Seguro que es a nosotros!... ¡Y eso le debe causar alegría, porque nos odia!...

DAZINCOURT — *(Sombrío.)* Quizá sea una de esas mujeres que ayer, no más, nos aplaudía y nos gritaba "¡Bravo!" ¡La gente olvida pronto!

FLEURY — ¡Ahora parece desalentada y triste porque no logra hacerse entender!...

RAUCOURT — ¿Y ahora?

FLEURY — ¡Ahora se marcha!... ¡Me saluda amistosamente con la mano! ¡Me envía un beso!

ELISE LANGE — Si te ha enviado un beso, quiere decir que no seremos nosotros a quienes enviarán a la guillotina...

(Fleury desciende de su puesto de observación.)

LOUISE CONTAT — ¿pero, quien será esa mujer?

ELISE LANGE — Una alucinación nuestra. Una alucinación provocada por nuestra desesperación.

LARIVE — *(Mostrando la piedra que ha caído en medio del patio, momentos antes.)* ¿Y esto?... ¡Esto no es una alucinación!... ¡Es una piedra! ¡Y la piedra entró por la ventana hace un rato, arrojada por esa mujer!...

SAINT PRIX — *(A Fleury.)* ¿Y cómo era ella?

FLEURY — Era mujer joven. Una mujer del pueblo... No llevaba ninguna cocarda...

NEUFCHÂTEAU — ¡Qué tema para una obra!

RAUCOURT — ¿No había nadie más en la calle?

FLEURY — La calle estaba desierta... Como esta mañana. ¡No hay un alma!...

LOUISE CONTAT — ¡Algo está pasando! ¡Algo importante! ¡Y esa mujer nos lo quería decir.... Pienso que van a liberarnos!

DAZINCOURT — ¡Es mejor no pensar en nada!... ¡Es mejor no hacerse ilusiones!... ¡Es mejor esperar!...

ELISE LANGE — *(Gritando.)* ¿Pero, hasta cuando? ¡Hace un año que nos tienen encerrados en esta prisión malo-

liente y asquerosa, viendo como todos los días sacan prisioneros para llevarlos al cadalso! ¡Pienso que son unos despiadados, de una crueldad infinita! ¡Que hacen todo lo que nos hacen para vengarse, para vengarse de todos los halagos que recibimos por nuestro arte, ya sea de los reyes, de los nobles, como así también del pueblo!... ¡Nos odian!... ¡Nos odian!...

DAZINCOURT — ¡Es ese maldito Collot-d'Herbois!

SAINT PRIX — ¡Maldito sea él y todos los otros asesinos!

DAZINCOURT — ¡Hay que esperar lo peor de ese individuo!

(Se escucha un tumulto cerca de la puerta enrejada. Todos corren hacia ella. En la puerta aparece Talma seguido por dos guardias.)

TALMA — *(Al Guardia I.)* ¡Ábrame la puerta, ciudadano! ¡Necesito entrar!

GUARDIA I — ¡Tenemos órdenes precisas! ¡Necesita un permiso!

TALMA — ¡Ya no hay necesidad de permiso! ¡Ha caído Robespierre! ¡Se acabó la tiranía! *(Murmullos de sorpresa entre los actores.)*

GUARDIA II — ¡Si lo dejamos pasar nos puede costar la vida!

TALMA — ¿Usted me conoce? ¡Soy Talma!

GUARDIA II — ¡Sí, señor! Lo conozco. Lo he visto actuar en el Teatro de la Nación, primero, y en el Teatro de la República, después.

GUARDIA I — ¡Yo también, señor! Lo vi hacer de "Hamlet" en la obra de ese autor inglés...

TALMA — ¿Entonces, usted no confía en la palabra del gran Talma? Le he dicho que Robespierre ha caído, ha sido juzgado y a pesar de que está malherido porque trató de suicidarse, mañana subirá al patíbulo al igual que todas sus víctimas.

El Guardia I le abre la puerta. Talma entra en el patio de la prisión.

TALMA — *(A los actores.)* ¡Amigos! ¡Compañeros! ¡Ha caído el tirano! ¡Pronto estarán libres!

LARIVE — *(Increpándolo.)* ¡Y te atreves a venir luego de que...

FLEURY — *(Interponiéndose.)* ¡Dejemos de lado viejos rencores!...

TALMA — ¡Es verdad!... ¡Es verdad!... Vengo de la Convención donde acaban de dictar su sentencia de muerte. ¡Pronto serán libres! ¿Quiero abrazarlos a todos!

(Todos se abrazan efusivamente. Hay lágrimas en los ojos de las mujeres.)

DAZINCOURT — *(Cuando han pasado las efusiones.)* ¿Pero, qué ha pasado con nosotros? ¡Hemos estado en prisión un año sin que se nos hiciera ningún proceso!...

TALMA — La historia es curiosa y les costará comprenderla. ¿Recuerdan ustedes a Charles-Hippolyte Labussière?...

ELISE LANGE — ¡Creo recordarlo!...

LOUISE CONTAT — Era un pobre actor del teatro de Toussaint Mareux. El teatro del 46 de la calle Saint-Antoine. Se especializaba en papeles cómicos... Hacía reír fingiéndose que era tartamudo. Los he visto representar "La desesperación de Jocrisse" y "La feliz confusión" de Patras. También me hizo de traspunte cuando yo actué allí, llamado por Mareux.

EMILIE CONTAT — *(A Louise.)* Creo que era un ferviente admirador tuyo. Muchas veces lo he visto a la salida del teatro. Estaba parado junto a una de las columnas y te seguía con la mirada hasta que subías al coche.

FLEURY — ¿Pero, qué pasó con Labussière?

TALMA — Tenía un puesto de escribiente en el Comité de Salvación Pública. Cuando ustedes fueron encarcelados y

recibió los expedientes con las acusaciones que los incriminaban, Labussière arrancó muchas páginas, las más peligrosas, las introdujo en un balde con agua, donde refrescaban las bebidas, hizo luego unas galletas con el papel mojado y más tarde, desde una de las piezas de los baños públicos Vigier, las arrojaba al Sena. Para iniciar el proceso de cada uno de ustedes había que reconstruir los expedientes y eso fue lo que demoró el juicio. ¡Labussière ha sido el salvador de todos ustedes!

FLEURY — ¡Viva Labussière!

TODOS — ¡Viva!...

LARIVE — Si es verdad todo lo que nos cuentas tendremos que rendirle homenaje...

ELISE LANGE — Nuestro agradecimiento será eterno...

RAUCOURT — La primera función que hagamos será a total beneficio de este colega y amigo. Repondremos el "Hamlet" en la versión de Ducis.

DAZINCOURT — ¿Pero, dime, qué pasó en la Convención con Robespierre?

TALMA — Desde hacía varios meses, muchos de los convencionales estaban hartos de tanta sangre. Y comenzaron a conspirar para derribar a Robespierre. Este lo sabía. Sus espías, diseminados por todos los lugares estratégicos, le informaron que se tramaba un golpe. Decidió enfrentar los hechos y pidió a la presidencia que le permitieran subir a la tribuna el 8 thermidor, es decir el 26 de julio. Hace tres días.

NEUFCHÂTEAU — No sigas. Como no pudimos estar ahí, haremos que los hechos revivan. Improvisaremos la caída del tirano. Tienes que guiarnos.

TALMA — ¿Y quién hará de Robespierre?

FLEURY — Nadie mejor que tú. Participaste de todos los hechos, viste el final del monstruo. Es un gran personaje y por eso te toca a tí. ¡Construiremos la tragedia más grande de toda la historia del teatro francés! ¡Manos a la obra!

(Colocan una mesa y una silla en el centro del escenario donde se sienta Saint-Prix. A un lado y otro se colocan no sólo los actores sino también los otros prisioneros. Estamos en la Convención el día de la caída de Robespierre.)

SAINT PRIX — *(Sentándose.)* ¡Yo haré de presidente de la Convención!

TALMA — ¡En este costado, los jacobinos! *(Señala a la izquierda.)* Son pocos, o mejor dicho están en minoría, pero muy decididos a defender a su guía. *(Unos pocos comediantes se ubican a la izquierda.)* A la derecha, están sentados los representantes de la mayoría, formada por antiguos jacobinos cansados de tantos crímenes, además de los viejos enemigos del tirano. *(Señala a un costado de la mesa donde se ha ubicado el presidente de la Convención imaginaria.)* ¡Allí esta la tribuna donde se instalará Robespierre, es decir desde donde yo pronunciaré el anunciado discurso! *(Traen una pequeña tarima a la cual Talma se sube.)*

LARIVE — ¿Pero, nosotros qué haremos?

TALMA — Yo les iré dictando. Por lo pronto, mientras yo hable sólo deben escucharse murmullos sordos y alguna que otra protesta ahogada a medida que avanza mi discurso. *(A todos.)* ¿Listos?

ALGUNOS — ¡Comencemos!

TALMA — *(Como Robespierre.)* ¡Ciudadanos!: tengo necesidad de desahogar mi corazón. Ustedes también tienen necesidad de escuchar la verdad. No crean que vengo a intentar ninguna acusación, una atención más urgente me ocupa; no me encargo de los deberes de otros. *(Murmullos hostiles entre los falsos convencionales.)* ¡Aparecer como un objeto de terror ante los ojos de aquellos a los que más se ama y reverencia, para un hombre sensible y probo es el más horrible de los suplicios! *(Risas burlonas entre los "convencionales".)*

FLEURY — ¡Prefiero ser rebelde antes que ser sumiso! *(Gritos, risas in crescendo.)*

TALMA — ¡Pero es mi obligación denunciar que se está tramando una conspiración en contra de la libertad. Hay miembros de la Convención que se encuentran conspirando. En el interior del Comité de Salvación Pública hay también quienes conspiran para derribar al gobierno. Estoy seguro de que todos esos reptiles están en connivencia con los aristócratas y otros enemigos de la Revolución exiliados en el extranjero. De modo que una vez que caiga el gobierno, todas esas ratas regresarán, destruirán a la Revolución y los destruirán a ustedes.

DAZINCOURT — ¿El ciudadano Robespierre puede dar el nombre de aquellos que se encuentran comprometidos en esa conspiración?

VARIOS — *(Gritando.)* ¡Que dé los nombres! ¡Que dé los nombres!

OTROS — *(Del lado de los supuestos jacobinos.)* ¡Todas son verdades!

OTROS — *(Del lado de la oposición.)* ¡Miente para conservar el poder!

TALMA — ¡Yo no quiero el apoyo ni la amistad de nadie. No quiero formar un partido. Hago mi deber, cumplo con mi deber. A los otros les corresponde cumplir con el suyo!

VARIOS — ¡Nosotros sabremos cumplir con el nuestro! ¡Ya verás!

TALMA — *(A Saint-Prix, saliendo de su papel de Robespierre.)* ¡Levanta la sesión!

SAINT PRIX — ¡Ciudadanos: se levanta la sesión hasta mañana!

TALMA — *(Volviendo a su papel de Robespierre.)* ¡Antes, ciudadanos, deseo que la Convención apruebe mi discurso y que éste sea impreso como lo manda la ley!

VARIOS — ¡No!... ¡Jamás!... ¡No vamos a envenenar al pueblo con tus palabras llenas de odio!... ¡Basta de sangre!

SAINT PRIX — ¡Se levanta la sesión hasta mañana, ciudadanos!

TALMA — *(Saliendo de su papel de Robespierre. A los actores.)* Ante la negativa de la Convención, Robespierre fue a refugiarse en el Club de los Jacobinos. Pero la conspiración no descansa. Los más activos visitan las casas de los más tibios para convencerlos. *(A Dazincourt.)* ¿Qué harías si fueras un enemigo de Robespierre durante la noche del 8 al 9 thermidor?

DAZINCOURT — Visitaría a los indecisos...

TALMA — ¡Pues manos a la obra!

DAZINCOURT — *(Interpretando su papel. A Fleury.)* ¿Qué harás mañana?

FLEURY — Todavía no lo sé...

DAZINCOURT — Tenemos que apurarnos. Sólo nos queda mañana. Si el tirano logra sobrevivir, pasado mañana nosotros no viviremos. *(A Larive.)* ¿Alguno de tus familiares ha sido muerto por Robespierre?

LARIVE — ¡Sí!

DAZINCOURT — Entonces, vota en contra del tirano mañana. *(A la Raucourt.)* ¿Tienes algún amigo que quieres salvar?

RAUCOURT — ¡Sí!

DAZINCOURT — ¡Entonces mañana hiere al tirano junto con nosotros! *(A Louise Contat, a su hermana Emilie y a Elise Lange.)* ¿Tiene algún familiar en prisión que espera ser ajusticiado?

LAS TRES — ¡Sí!

DAZINCOURT — ¡Entonces, a votar con nosotros! Piensen que sólo les queda el día de mañana.

TALMA — *(Saliendo de su papel de Robespierre. A los actores.)* El 9 thermidor, La convención votó la destitución de Robespierre. La táctica empleada por la nueva mayoría fue simple: impedirle hablar, impedirle que llegara a la

tribuna. ¡Vamos! *(Vuelve a su papel de Robespierre. A Saint-Prix, que hace el papel del presidente de la Convención.)* ¡Señor presidente: pido la palabra!...

VARIOS — ¡Hay otros ciudadanos inscriptos!... ¡Que se calle!... ¡Basta de mentiras!...

TALMA — *(Como Robespierre, tratando de hacerse oir por encima del tumulto.)* ¡Necesito hablar!

OTROS — ¡Estás perdido!... ¡Nada tienes que hacer entre nosotros!...

(Talma se abalanza hacia la tribuna para apoderarse de ella por la fuerza. Varios actores se lo impiden y lo vuelven a su lugar.)

TALMA — ¡Necesito hablar!... ¡Necesito hablar! *(Vuelve a intentar apoderarse de la tribuna. Mismo juego. Escapa de las manos de un grupo para caer en manos de otro.)*

UNOS — ¡Vamos a castigar todos tus crímenes!

OTROS — ¡Abajo el tirano!... ¡Abajo el tirano!... ¡Déspota!... ¡Infame!... ¡Malvado!... ¡Dictador!... ¡Cromwell de pacotilla!...

TALMA — *(Al presidente de la Convención.)* ¡Por última vez te pido la palabra, presidente de los asesinos!

FLEURY — Desgraciado, ¿no ves que la sangre de Danton te sofoca?

SAINT PRIX — *(Como presidente.)* ¡Hay que votar el decreto de detención del ciudadano Robespierre!

TODOS — ¡A votar!... ¡A votar!...

SAINT PRIX — ¡Los que estén por la detención que levanten la mano! *(Todos levantan la mano.)*

TALMA — *(Como Robespierre, gritando para sobreponerse al tumulto de la convención.)* ¡La República está perdida!... ¡Han triunfado los bandidos!

(Dos de los actores, que hacen de gendarmes, se adelantan y se llevan a Talma. Gritos y vítores en la falsa Convención.)

DAZINCOURT — *(Saliendo de su papel. A Talma.)* ¿Y luego, qué ocurrió?

TALMA — La convención retomó la sesión y condenó a muerte a Robespierre. ¿Seguimos? Yo estaré ausente porque he sido llevado a la prisión.

SAINT PRIX — *(Ocupando nuevamente el sitial de la presidencia.)* ¡Se reanuda la sesión! ¡Ahora hay que votar el castigo que se merece el ciudadano Robespierre!

DAZINCOURT — ¡A muerte!

FLEURY — ¡La ley de la sangre del 22 prairial, que el mismo se encargó de hacer promulgar!

RAUCOURT — ¡A muerte!...

EMILIE CONTAT — ¡A muerte!

LARIVE — ¡A muerte, en nombre de todos los inocentes que el monstruo ha enviado al cadalso.

NEUFCHÂTEAU — ¡El final que se merece!... ¡A muerte!

SAINT PRIX — ¡La pena de muerte ha triunfado por mayoría! ¡El ciudadano Robespierre será decapitado mediante la guillotina!

(Gritos, vítores, abrazos, lágrimas. Talma vuelve a escena y todos acuden hacia él.)

ELISE LANGE — ¿Y luego, qué pasó?

TALMA — Sitiado en la Municipalidad, unos dicen que intentó suicidarse y otros que fue un guardia que disparó cuando pretendía huir. El hecho es que tenía una profunda herida en el maxilar inferior. Lo llevaron en unas angarillas al Comité de Salvación Pública donde dos médicos trataron de curarlo. Hoy, a las cuatro de la tarde subirá al cadalzo...

(Talma vuelve a meterse en su personaje, Robespierre. Se retira hacia un costado y simula dispararse un tiro en la boca. Cae sobre una de las tarimas que sirve de camastro a los prisioneros. Dos actores lo levantan y lo llevan al extremo opuesto de la escena donde otros dos comediantes, que simulan ser médicos, lo reciben y tratan de curarlo.)

LARIVE — *(Como médico.)* ¡Trataremos de salvarle la vida!

FLEURY — ¡No veo por qué. De todos modos, mañana será ajusticiado.

LARIVE — Así lo ha decidido el tribunal. *(Los dos "médicos" se inclinan sobre el paciente y comienzan a curarlo. Finalmente le atan un gran pañuelo para sostener su mandíbula destrozada.)*

LARIVE — *(Siempre como médico.)* ¡Ha llegado la hora! ¡Debemos entregarlo!

FLEURY — ¡Pobre infeliz!

(Dos actores que hacen de guardias se presentan y levantan las angarillas donde yace Talma en su papel de Robespierre. Lo llevan al otro extremo de la escena donde los comediantes ya han acomodado la mesa y la silla que hará las veces de patíbulo. Los actores imitan el redoblar de los tambores. El cortejo avanza lentamente. Los actores que simulan ser los guardias ayudan a Talma a subir al patíbulo. Antes de hacerlo extender y poner la cabeza en el cepo de la guillotina, le arrancan de golpe el pañuelo que sostiene el mentón. Talma lanza un grito desgarrador. El redoblar de los tambores cesa con un siseo y un corte en seco. Talma rueda sobre la mesa como si la cuchilla le hubiera segado la cabeza. Gritos de la multitud. Cánticos. Los actores bailan entre ellos festejando la muerte de Robespierre. Entre el público que aplaude lo que cree es el final de la obra, se escuchan gritos hostiles. Varios figurantes, vestidos con ropas de la época, distribuidos estratégicamente entre los espectadores, hostilizan a Talma. Algunos se adelantan por el pasillo hacia el escenario.)

UNO — ¡Abajo Talma!

OTRO — ¡Sirviente de los jacobinos!

OTRO — ¡Talma, al patíbulo!

OTRO — ¡Lacayo de Robespierre!

OTRO — ¡La sangre de los mártires caerá sobre tu cabeza, hijo de la guillotina!

(Talma se adelanta hacia el proscenio y pide calma al público. Éste se va apaciguando lentamente.)

TALMA — ¡Ciudadanos! Reconozco haber amado constantemente a la libertad pero siempre he detestado el crimen y la muerte. ¡El reino del Terror me ha costado muchas lágrimas! Varios amigos míos han perecido en el patíbulo... Haré todo lo posible para que mis faltas, motivadas por la locura de estos tiempos, sean olvidadas! ¡Buenas noches!

APAGÓN Y TELÓN

ÍNDICE

La sombra del padre
Pesadilla en un acto 11

Los gemelos. Les Jumeaux
Pesadilla en un acto y en tres idiomas
Primera parte 47
Segunda parte 59

La verdadera historia del doctor Fausto y como fue vencido por el señor del tiempo
Primer acto 75
Segundo acto 95
Tercer acto 113

Los comediantes
Pieza dramática en tres actos
Primer acto 137
Segundo acto 159
Tercer acto 173

Adquirido a: Donación Prof. Julio Arobles Gay
Precio: $1
Expte: Año 2010

Esta edición se terminó de
imprimir en Artes Gráficas Delsur,
Stgo. del Estero 1961, Avellaneda,
en septiembre de 1993.

Este quinto volumen del teatro de Julio Ardiles Gray incluye, en primer lugar, dos "pesadillas", formas expresionistas creadas por el autor. En **La sombra del padre**, una prostituta paranoica hace un terrible examen de su pasado. En **Los gemelos**, la barrera de los idiomas se interpone entre dos hermanos impidiéndoles todo afecto. **La verdadera historia del doctor Fausto**, el autor agrega otra vuelta de tuerca al mito sobre el cual escribieron Marlowe y Goethe: el conflicto con la temporalidad, *leit motiv* de la mayoría de las obras de Ardiles Gray. Finalmente en **Los comediantes**, sobre un hecho histórico, como es la prisión de los actores de la Comedia Francesa durante el Terror, analiza la psicología de quienes se dedican al teatro y cuya pasión los lleva a representar aun en situaciones límites.

Julio Ardiles Gray nació en Monteros, Tucumán, en 1922. Ha sido maestro rural, profesor secundario y periodista. Formó parte del grupo **La Carpa**, que en 1944 tuvo destacada influencia en la poesía del norte del país. Asimismo ha escrito cuentos y novelas, muchas de ellas de vasta difusión.

CORREGIDOR